ALFONSO PAVÓN BENÍTEZ

Me costó un infierno dejarte

EDITORIAL **FANES**

Capítulo I Reencuentro
Capítulo II Emigrar para subsistir
Capítulo III La solución
Capítulo IV El riesgo
Capítulo V Inesperada sorpresa
Capítulo VI El incidente
Capítulo VII El carro de la carne
Capítulo VIII Enfermó María
Capítulo IX La soledad del zulo
Capítulo X Reencuentro con Juan
Capítulo XI Estela de esperanza
Capítulo XII Sayhueque
Capítulo XIII Cáscara de nuez
Capítulo XIV Punta Brava
Capítulo XV Nunca te amaré
Capítulo XVI Hotel de Inmigrantes
Capítulo XVII Miguel Pepe
Capítulo XVIII Camino a Río Negro
Capítulo XIX Manuela
Capítulo XX La luz y el olor a Cádiz
Capítulo XXI No se lo pudo decir
Capítulo XXII El desarraigo
Capítulo XXIII Paseo entre álamos
Capítulo XXIV La mecedora que acunaba la ilusión
Capítulo XXV Iglesia Mayor parroquial
Capítulo XXVI Los barros de la historia
Capítulo XXVII Las nuevas tecnologías
Capítulo XXVIII Voluntad y perseverancia
Nota del autor

Alfonso Pavón Benítez

Me costó un infierno dejarte

Esta obra, aunque documentada en gran parte con hechos reales, no deja de ser una novela cuya trama y personajes son imaginarios.

Primera edición: abril, 2021

© Fotografías base de las portadas.: Desconocida de Internet, Alfonso Pavón Benítez
© 2021, del texto, Alfonso Pavón Benítez
© 2021, de la edición, diseño y maquetación, Editorial Fanes
Torrelavega, Cantabria
www.editorialfanes.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

A Benito, mi padre, impulsor de esta historia.

A mi familia, de este y del otro lado del Atlántico.

A tantos millones de personas que
tienen que dejarlo todo y emigrar
en busca de una esperanza de vida.

A aquellos que desgraciadamente quedan en el intento.

Vamos a extraño suelo,
no porque la codicia nos impulse
creyendo encontrar montones de oro,
sino a buscar el pan de nuestras familias,
de nuestras mujeres y nuestros hijos,
a cambio de un trabajo penoso y duro
que aquí no encontramos.

Anónimo

(Banco de la Memoria. Proyecto «Madrid entre dos orillas»)

Capítulo I Reencuentro

El maltrecho carro hacía chirriar sus ruedas a cada bache, a cada piedra que encontraba en su cadencioso progresar por el camino que lo traía de vuelta. Sentado sobre una de las varas del carro a Cayetano le cimbreaban sus posaderas y a pesar de ello volvía con semblante feliz. Últimamente la alegría se había instalado en él y provocaba que siempre deambulase con una sonrisa en el rostro. Retenía entre sus brazos una vara de acebuche que utilizaba como fusta para conseguir que el mulo tirase de la pesada carga.

Acababa de dejar en el mercado los productos de la huerta de su padre. En este día había conseguido entregar un cargamento de lechugas, patatas y tomates que para la decadente época que se vivía suponía una gran venta. Venía con esa sonrisa que habitualmente llevaba en su cara desde que volvió del servicio militar y daba cuenta hoja a hoja de una refrescante lechuga, que momentos antes de iniciar el regreso había enjuagado en el grifo del mercado. Era evidente que la compañía que llevaba imbuida en su mente le producía un emporio emocional tan intenso que ridiculizaba la amargura provocada por la profunda crisis en la que estaba sumido el país.

Al llegar a la altura del angosto callejón que entre tunales llevaba hasta la lejana huerta del Lilo, cercana al muelle de Gallineras, y sobre una gran piedra que había en el lado izquierdo del camino, quizás restos de la antigua ermita de la Salud que en otra época se había ubicado allí cerca para prestar sus servicios religiosos a los hortelanos y pescadores del barrio de Las Chozas, le esperaba Manuel el Bizco, que llevaba un buen rato allí sentado.

Se le aproximó dando ostensibles cojetadas, fruto de un pisotón que sufrió de una vaca años atrás cuando se disponía a ordeñarla. Caminaba apoyándose en su bastón hasta llegar al centro del camino, con su pantalón gris de rayas negras, un fajín negro que le apretaba los riñones y una camisa blanca con las mangas remangadas para paliar en algo el calor que como lengua de fuego derramaba el cielo a esa hora, no en vano se estaba a las puertas del verano. Una vez que estuvo a su lado levantó el bastón con actitud agresiva mientras indicaba a Cayetano que parase el carro.

Este, cuando ya estaba lo suficientemente cerca, tiró de las riendas e hizo que el mulo parase y con él el tintineo de los cascabeles que el animal llevaba en la cabezada de sus arreos.

—Buenos días, Manuel. ¿Qué ocurre?

—¿Q…que qué ocurre? Pu…pues… ¿qué va a ocurrir? Q…que ha llegado a mis oídos el rumor de que te estás viendo con mi mujer —le trasladó con una tartamudez muy pronunciada, tic que le hacía repetir sílabas o letras desde su infancia, más acentuado por el nerviosismo y quizás también por el efecto del viento de levante que soplaba suave, en franca retirada en ese momento.

—Venga, hombre. ¿Quién te ha dicho eso? —respondió Cayetano tras unos desconcertantes segundos, suficientes para hacer desaparecer la sonrisa de su cara.

—Pe…Perico, el carnicero —le dijo, acercándole el bastón a la cara, hasta el punto de arrancarle las pocas hojas que le quedaban de la lechuga que aún portaba en una de sus manos.

—¡A mí no me metas el palo por la cara! —manifestó de mala manera Cayetano, apartándolo de un manotazo al momento que se bajaba del carro.

—Si te veo con mi mujer te mato —aseveró Manolo a la vez que ambos empezaban una encarnizada pelea.

Los dos rodaron por aquel polvoriento camino de tierra. Despojado Manolo del bastón se batieron a puñetazos, unos más contundentes que otros, ya que cuando recibió la noticia se fue al *güichi*[1] a tomarse unas *chiquitas*[2] de vino que le hicieran enjugar el desagravio, cometido este que no consiguió. Lo que sí consiguió es que se encontrara algo embriagado cuando fue al encuentro de Cayetano, lo suficiente para golpear más al aire que a su supuesto ofensor.

Tras unas vueltas por el suelo, golpeándose, llenos de polvo y con la ropa hecha jirones, acudieron unos hortelanos que pasaban por allí para tratar de separarlos. Costó algún trabajo, pero al final conseguían que cada uno, con sus magulladuras, tomasen sus respectivos caminos hacia los extrarradios de la ciudad. Manolo hacia su huerta en La Ardila y Cayetano hacia la suya en El Pedroso.

Hacía poco que Cayetano había vuelto de cumplir con la patria. El servicio militar lo había apartado de La Isla, como se conocía popularmente a la ciudad de San Fernando, durante los dos últimos años; se lo llevó a una de las ciudades fronterizas que España tenía en territorio africano, a Ceuta, donde sirvió como legionario. Aunque temeroso —tambores de guerra sonaban al norte del protectorado—, volvía sin incidentes dignos de reseñar.

A pesar de que ese destino endurecía los corazones y envilecía las almas, a él no le afectó mucho su estancia allí. Era una persona noble, legal y leal como le enseñaron sus padres. Tenía pocos estudios, solo lo básico, leer y las cuatro reglas: con eso era suficiente para ayudar a sus progenitores. Vivía en una época decadente y dura y no había tiempo para ir a las escasas escuelas que se repartían por la ciudad. Se dedicaba a trabajar en la huerta para ayudar a su familia a sobrevivir en esta grave crisis.

Y efectivamente, estuvo viendo a la esposa de Manolo. Mercedes y él tuvieron un *affaire* justo antes de que este marchase a cumplir su compromiso con el Estado. Se conocieron en la Velada del Carmen de aquel mismo año. Mientras él trataba de llegar al extremo de la resbaladiza cucaña, una de las atracciones habituales en las plazuelas, ella se divertía contemplando los golpetazos que se propinaban unos y otros. Fue en uno de esos golpetazos, en el que Cayetano cayó de mala manera, cuando ella se acercó a interesarse.

Aún era mocita y sin pretendiente conocido. Solo quedó en un susto pero sirvió para que ambos encontrasen sus miradas y desde ese momento y hasta la marcha de Cayetano a Ceuta pasaron unas semanas en las que estuvieron muy implicados y se vieron con frecuencia.

Pero Mercedes, emparejada por su padre, había contraído matrimonio con Manuel, hortelano que vivía en la huerta de San Agustín, entre La Ardila y El *Caná,* unos meses antes de la vuelta de Cayetano. Manuel era un hombre poco agraciado a la vez que poco afortunado; su físico le ayudaba a ello. Era cojo desde hacía unos años y su estrabismo y tartamudez hacía que no tuviese mucha suerte con las mujeres. Eso llevó a que un día, tiempo atrás, Jacobo, padre de Manolo, y el padre de Mercedes, muy amigos, con unas copas de más y hablando de la desgracia de su Manuel llegasen al acuerdo de casar a sus hijos.

Mercedes, a pesar de esa corta relación con Cayetano, había quedado prendada de él. Con ascendencia genovesa, alto, bien formado físicamente, moreno, era un chico apuesto y a su vuelta de la mili lo evidenciaba aún más. Venía más hecho, más varonil; un perfecto y fino bigote le adornaba su labio superior y su abundante pelo peinado hacia atrás y moldeado con brillantina lo convertían en un joven muy atractivo.

Ciertamente, Manolo llevaba razón, se habían visto. Unas semanas antes de la pelea, tras su vuelta de Ceuta, preguntó por ella, y aun enterándose por su hermano que esta se había desposado, fue a visitarla. Esperó el momento en que el marido abandonó la huerta para llevar las verduras al mercado y aprovechó para colarse en su propiedad. La observaba desde el silencio, medio escondido detrás de unos arbustos, y en uno de sus giros, cuando la vio de frente, quedó petrificado. Allí estaba ella, con una blusa blanca y una falda a media pierna que le resaltaba la perfecta armonía de su cuerpo y con su larga melena recogida en un informal moño para protegerlo de las labores del hogar. Resultaba evidente que los dos años que él estuvo fuera la habían cambiado mucho: ella también había asentado la efervescencia de la juventud, otorgándole el buqué de una hermosa mujer. Boquiabierto y con los ojos como soles quedó prendado de su belleza y tras continuar observándola durante unos minutos más decidió que ya era el momento de presentarse.

—¡Hola, Mercedes!

La mujer, que se encontraba en el lateral de la casa tendiendo la ropa que acababa de lavar, se giró sobresaltada: sabía que estaba sola y no esperaba a nadie allí. Cuando se percató de que era él también quedó impresionada a la vez que una sacudida recorría todo su cuerpo. ¿Qué hacía allí? Alguien podía verlo y traerle problemas con su marido, pensó de inmediato. No sabía que había vuelto, y tras un breve espacio de tiempo en el que consiguió tranquilizarse un poco y después de mirar hacia todos los puntos cardinales de la huerta y asegurarse de que nadie los veía, se atrevió a dirigirle la palabra.

—¡Hola, Cayetano! ¿Qué haces aquí?

—Volví a casa y necesitaba verte.

—¿Ya te licenciaste?

—Sí, hace unos días que llegué. ¡Por fin! No veía el momento. La cosa se estaba poniendo fea allí.

—¡Te veo muy bien! Ese bigote te sienta estupendamente.

—¿Sí? Pensé que era el momento de continuar con la tradición familiar. Sabes que mi abuelo lo lleva y mi bisabuelo lo trajo desde Génova cuando recaló en esta tierra allá por 1807, cuando la guerra contra los franceses. ¿Te gusta entonces?

—¡Sí, sí! Estás muy guapo.

—Tú también lo estás. Llevo un rato observándote porque me has impresionado mucho… ¡Me habían dicho que te habías casado pero aun así necesitaba verte!

—Sí —aseveró ella con una expresión tan triste en su rostro que mostraba con meridiana claridad todo lo que no decía. Mi padre me comprometió con él en una charla con su amigo—. La tristeza la invadió al recordarle la situación en la que se encontraba y el hecho de que él hubiese aparecido de nuevo delante de ella—. Vete por favor, mi marido está al llegar, solo fue a llevar la verdura —terminó suplicando.

Cayetano le dio un beso en la mejilla, no sin antes volver a extasiarse reconociéndola de pies a cabeza con una mirada que hizo estremecer a Mercedes. Después, y muy a su pesar, le hizo caso y se marchó.

Durante unos meses continuaron viéndose. A Mercedes también se le había despertado la mariposa de la ilusión y aprovechaban los momentos en que Manolo iba al mercado a llevar las cosechas del día para estar juntos. Cayetano se colaba por el *vallao*[3] que protegía las lindes de la huerta, justo detrás de las estancias del ganado, y la esperaba en el pajar.

Mercedes, que ya era una mujer guapa y hermosa, le añadió un condimento más a su vida: ilusión. Era joven, tenía cinco años menos que él y diez menos que su marido, morena, de pelo liso y largo que le cubría toda la espalda. Su cuerpo lozano estaba justamente proporcionado y lo más hermoso que tenía era la enorme sonrisa que dibujaba sus labios hasta en los momentos más tristes.

Fue después de ese periodo de tiempo que se llevaban viendo cuando Cayetano se topó con Manolo en el camino que llevaba hacia su huerta; sin duda alguna, tantas veces fue el cántaro a la fuente… que alguien terminó viéndolos y eso dio motivo para que el supuesto ofendido le pidiera rendir cuentas.

Capítulo II Emigrar para subsistir

Muy cerca ya de su huerta, el mismo día de la pelea y justo al pasar por la cancela de hierro que protegía la entrada a la huerta de su tío Domingo, en el pago del Pedroso, lo vio su primo Juan.

—¡Hola, Cayetano! ¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó al verle la cara ensangrentada y la ropa maltrecha.

—Nada, Juan… una tontería.

—¡Venga, hombre! ¡Una tontería te ha dejado la cara hecha un Cristo!

—Nada, primo. Me encontré por el camino a Manolo, el de Jacobo. Se vino para mí, estaba borracho, y trató de darme un bastonazo y así empezó una pelea que terminó como ves.

—¿Pero cuál ha sido el motivo? Porque así por las buenas no la va a emprender a palos contigo.

—Ya te contaré.

—Pues luego cuando termines ven a buscarme. Iremos a tomarnos unas chiquitas… Yo también quiero contarte algo importante que he decidido en estos días.

—Vale, a la tarde me paso a recogerte —dijo Cayetano a la vez que tocaba suavemente con la fusta la grupa de la bestia, que de inmediato arrancó a caminar.

Pasaba de las siete de la tarde cuando Cayetano llegaba a la huerta de sus tíos para recoger a su primo. La huerta estaba situada en el mismo camino y apenas unos cientos de metros más cercana a la población que la suya. La temperatura ya había refrescado un poco como ocurría siempre que el viento rolaba a poniente al atardecer. En esta zona alta del extrarradio de San Fernando todo eran huertas, a excepción de los restos de la antigua fábrica de tejidos y sombreros que se ubicaba en la hacienda de Cetina, de la que solo quedaban en pie algunos muros principales y que recordaban la actividad industrial que tuvo aquella zona de San Fernando algunos decenios atrás.

Mientras subía por el camino que llevaba hasta la casa vio a su tía sentada a la puerta de la misma, entre dos altas palmeras, dos atalayas que servían como medidor temporal para indicar cuánto hacía que administraban aquella huerta. Esas palmeras fueron sembradas por el bisabuelo de Juan.

—Buenas tardes, tía. ¿Está Juan por ahí?

—¡Holaaa, Cayetano! ¿Cómo están tus padres?

—Bien, tía… bien.

—Juan está detrás de la casa, aseándose.

—Voy a verlo… ¿Y el tío? —preguntó a la vez que se desplazaba hacia la parte trasera de la vivienda.

—Anda allá al fondo. Fue a comprobar las *tajeas*[4] para el próximo riego.

Al llegar a la parte trasera, donde se ubicaban el gallinero y la cochinera, vio a su primo, que había terminado las tareas de ordeño hacía un rato y estaba aseándose, pues trataba de eliminar el olor a ganado que lo impregnaba tras un día de duro trabajo. Prácticamente ya había acabado de acicalarse. Solo hubo tiempo de saludarse para de inmediato emprender la marcha. Pasaron por delante de su madre y le dijeron que iban un rato al güichi.

Salieron al camino que hacia el sur llevaba hasta la ermita de los Mártires, cerca de la loma de Campo Soto, y pausadamente, como corresponde al final de la jornada de trabajo, se dirigieron en sentido contrario, hacia la ciudad, al encuentro de la avenida de la Constitución. Por aquellos caminos de extrarradio no habían llegado aún los montañeses con sus ultramarinos, por lo que había que adentrarse en la ciudad para encontrar algún güichi.

Dejaron a un lado el pago de Las Chozas y unos centenares de metros más adelante llegaban a su destino. Después de saludar a algunos hortelanos y salineros que estaban en la puerta, entraron y se sentaron en una mesa junto a la ventana, que estaba abierta para aprovechar un poco el frescor de la tarde que se colaba por ella. A pesar del fresco que proporcionaba el poniente, la cercanía del verano hacía que se empezase a notar ya la subida de las temperaturas. El güichi era muy típico de esta zona y casi siempre se trataba de un apéndice del ultramarino, con el que se comunicaba a través de una pequeña puerta que separaba los mostradores de ambos, puerta que solo disponía de una cortina para proporcionarle algo de intimidad. En él había un corto mostrador y algunas mesas; solo se servía vino por lo que el olor que flotaba en el ambiente siempre era una mezcla de madera de roble y vino, aunque con un tinte algo avinagrado. Tras pedir media botella de fino Chiclanero, Juan empezó a contarle a su primo:

—Cayetano, lo que quería trasladarte es que he decidido marcharme. Me voy a trabajar a Argentina.

—¡Qué dices! ¿Cómo que te vas? ¿Y tu mujer y tus hijos?

—Aquí lo estamos pasando mal. La huerta de mi padre no da para toda la familia. Ya sabes cómo están las cosas. Desde que se perdió Cuba no hacemos otra cosa que empeorar, al menos esa es la justificación que dan los entendidos y los periódicos, y así no podemos continuar.

—¿Pero así sin más? ¿Dónde vas? ¿Llevas ya concretado algún trabajo?

—¡Sí! Leí en el *Diario de Cádiz* hace unas semanas un anuncio que publicaba el gobierno argentino en el que pedía colonos. Te pagan el billete del barco, te dan alojamiento gratis al llegar y tierras y aperos para trabajarlas. Mucha gente se está marchando. Aquí la ruina es total.

—No había oído nada de eso. ¿También te llevas a María y a los niños?

—No, ellos se quedarán aquí. Ya cuando me establezca allí vendré a por ellos.

—Piénsalo bien, Juan. Por lo poco que pude aprender en la escuela sé que Argentina está muy muy lejos, casi en el otro extremo del mapamundi.

—Ya lo tengo decidido, Tano —así lo llamaban familiarmente—. A principios del mes que viene embarco. No creas que ha sido fácil tomar esta decisión. Desde que lo decidí no pego ojo por las noches y la sola idea de ir tan lejos me bombardea cada día, pero no tenemos otra opción. Resulta muy duro dejar a tu gente y tu tierra y marchar tan lejos para enfrentarte a lo desconocido solo con la intención de encontrar una situación mejor para tu familia. Me dijeron que son miles los que embarcan en cada barco.

—Sí, lo imagino, primo... Pues no puedo hacer otra cosa que desear que tengas mucha suerte y que pronto puedas venir a por los tuyos… y escríbenos para saber de ti.

Juan era algo mayor que su primo y la situación del país, por la que había tomado esa decisión, pero más concretamente de esta zona, era nefasta y decadente. Llevaba más de una década en la que el escenario no hacía más que empeorar progresivamente. Desde la pérdida de las últimas colonias bajo la regencia de María Cristina y ahora bajo el reinado de un joven Alfonso XIII, que relevó a su madre en el trono al cumplir los dieciséis años, España dilapidaba su poder a nivel mundial, y no solo su reputación como país que fue dueño de medio mundo, sino que económicamente había entrado en una gran crisis sin precedentes que provocaba que esta no tuviese los suficientes recursos y por ese motivo la población era por días más pobre. Cádiz, que otrora llegó a ser el emporio del mundo, el único puerto desde el que zarpaba y arribaba todo el tráfico de barcos con las Indias Occidentales, pasó a ser una ciudad decadente y sumida en la miseria.

—¿Y a ti qué te ocurre con Manolo? —inquirió Juan para darle otro rumbo a la conversación.

—Problema de faldas, Juan… problema de faldas.

—Pero hombre, ¿cómo se te ocurre liarte con su mujer?

—Yo conocí a Mercedes hace tiempo. Tú lo sabes. No estábamos ennoviados pero nos gustábamos los dos. Esperábamos mi vuelta de la mili para formalizar nuestra relación y cuando he regresado me he encontrado que la han casado… ¡porque la han casado, Juan! —gruñó a la vez que apretaba los dientes—… ¡Obligada!

—Cayetano, ya sabes que la vida es así. Ahora es una mujer casada.

—Sí, y nos cuesta aceptarlo. Ese es el problema. Pero bueno, dejémoslo y achiquemos la botella.

Mientras volvían a sus respectivas casas, ya de noche y oscuro como boca de lobo no había salido aún la luna y el alumbrado de gas no llegaba al extrarradio de La Isla, Juan aconsejaba a su primo:

—Tano, deja de ver a Mercedes o te traerá más problemas y ya sabes que al final afectará también a las familias. Tu padre y su suegro son muy buenos amigos.

—No te preocupes, dejaré de verla… un tiempo. Aunque no entiendo por qué la han casado con alguien que no quiere y además mucho mayor que ella.

—Pero ese no es tu problema, Cayetano —apuntilló con un tono más severo.

—Me dio mucha pena cómo me lo daba a conocer, Juan. Se notaba en su semblante la amargura que le ocasionaba ese casamiento.

—Quizás lleves razón. Pero como te he dicho, la vida es así.

—Me cuesta aceptarlo… nos cuesta aceptarlo —reiteró Cayetano a su primo mientras caminaba de regreso por aquel lóbrego camino.

—Tano, no quiero comprometerte —le expuso Juan a la vez que daba un giro a la conversación— pero me iría más tranquilo sabiendo que si mi familia necesita ayuda tú se la proporcionarás.

—Tranquilo. Cuenta con ello.

A pesar de que conocían bien el camino, ya que incluso alguna de las noches que salían de juerga volvían a altas horas y con algunas copas de más, Juan dio un tropezón que lo llevó casi a darse de bruces contra el suelo. Hacía relativamente poco que la Empresa Eléctrica Popular de San Fernando se había hecho con los derechos para llevar energía eléctrica a toda la población y a las líneas del tranvía, para el que en esos momentos se construía la fábrica en un trozo de la huerta de la iglesia conventual del Carmen, y aún no habían iluminado aquella zona del extrarradio de La Isla.

Capítulo III La solución

Pasado el caluroso verano el otoño había presentado sus credenciales. Lluvias copiosas habían descargado desde mediados de septiembre, situación esta que endulzaba el agua de las salinas, lo que favorecía que el pescado de *estero*[5] engordase y cubriese su cuerpo con esa grasa amarillenta que hacía que su sabor fuese especial. Los dueños del molino de San José, fieles a su cita anual cuando terminaba la temporada de laboreo de la sal, invitaron a la fiesta del *despesque*[6] a muchas personalidades de la ciudad como ocurría cada año: políticos, militares y eclesiásticos y también a algunos amigos, dueños de huertas cercanas. Entre ellos se encontraba la familia de Cayetano, parientes lejanos, y también los familiares de Mercedes; su huerta estaba muy cercana a la vereda que llevaba hasta el molino.

Al aproximarse al principio de la senda que llevaba hasta el molino, el carro de Cayetano coincidió con el de Mercedes. Hacía unos meses que, tal y como le comentara a su primo, había dejado de verla. De hecho, este encuentro ocurrió de manera circunstancial. No se apartaron la vista durante todo el camino hasta llegar a la puerta principal de entrada al viejo molino. Una vez que llegaron, los padres de Cayetano y de Manolo se saludaron efusivamente y entraron juntos, ya que tenían que atravesar todas las construcciones, incluida la capilla, para llegar a la gran compuerta del enorme estero que tenía San José, puesto que para mover ocho piedras necesitaba mucha agua.

Manolo les dedicó una tenebrosa mirada a Cayetano y a Mercedes con la que venía a decir: *Os estaré vigilando*. Mientras, los hermanos menores recogían de los carros las vituallas que cada uno había llevado para acompañar al pescado, frutas y verduras que servirían para preparar ensaladas y un gran lebrillo de gazpacho con el agua fresca de las grandes tinajas que tenía esa salina como aljibe. El despesque de San José era el más sonado de la ciudad, el que más invitados llevaba y el más solemne.

Al cabo de unas horas comenzaron a preparar la hoguera. Algunos críos, casi todos ellos *hormiguillas*[7], se dedicaron a arrancar el suficiente *salao*[8] para poder asar el pescado que tenía que alimentar a tanta gente.

Una vez que los rescoldos estaban en su punto comenzaron a echar pescado a la hoguera: zapatillas, lisas y serranillos que inmediatamente empezaron a inundar el aire del aroma que producía ese rico manjar cuando pasaba por el infierno de las brasas. Muchos vasos de vino habían corrido ya entre los invitados, que al complementarlo con la cantidad de comida ingerida hacía que la mayoría de los invitados mayores estuviesen sentados en sus sillas, hablando de noticias y chismes populares, mientras aguantaban como podían el sopor de la sobremesa.

El momento de letargo que llegó por el efecto de los caldos de Chiclana

mezclados con la gran ingesta fue el que aprovechó Cayetano para hablar con Mercedes a la que de forma sigilosa le indicó:

—Da un paseo hasta el cargadero. Yo iré en un rato.

—Me da miedo, no sea que nos vea Manolo.

—Están a lo suyo y a él lo veo bastante bebido.

—Está bien, no tardes.

Cayetano estuvo un rato dando vueltas alrededor de las mesas y cuando se aseguró de que al marido de Mercedes le había podido el sopor de la sobremesa se apresuró hacia el muelle que utilizaban para cargar los candrayes[9] de sal.

—Hola, Mercedes. ¿Cómo estás?

—Hola. Bien… estoy bien.

—Me ha alegrado mucho verte, he dejado pasar este tiempo para que a tu marido se le pasase el enfado.

—Sí, hace tiempo que no habla de eso.

—Necesito volver a verte. Algo tenemos que hacer. Tendremos cuidado.

—No me atrevo. Se llevó un tiempo muy violento.

—Tendremos cuidado —le repitió.

—Ya veremos —aseveró algo temerosa—. Ahora me voy a la mesa, no quiero que me eche de menos.

—Vale.

Mercedes marchó temblorosa, como si su cuerpo temiese que la descubrieran, en dirección a donde estaban los comensales mientras él se quedó sentado en el borde del muelle. Le daba una pensada a la situación al mismo tiempo que observaba el paisaje, muros y caños y el azul del cielo con la bahía al fondo. En momentos como este el molino dejaba de moler pero por los cárcavos de sus ocho piedras aún escurrían caños de agua hacia la bahía, que eran estupendos puntos de encuentro de aficionados a la pesca con caña, pues esas chorreras de agua hacia la bahía atraían a enormes y voraces robalos y bailas.

Deambulaba por el eral siempre que pensaba en Mercedes. Resultaba insoportable vivir así. Él ya marchó a la mili ilusionado con la muchacha, aunque no llegaron a comprometerse, pero a la vuelta del servicio militar y sobre todo después de saber que la casaron sin ella desearlo y la forma en que esta se lo hizo saber, despertó aún más su interés por la joven.

La situación era difícil; los celos del marido complicaban cualquier acercamiento a Mercedes, pero aun así él no paraba de pensarla: trataba de encontrar una solución para los dos. Caminaba por la soledad de la huerta con el aroma de la hierbabuena recién cortada en sus sentidos hasta que llegó a un enorme olivo apostado cerca del camino. Se sentó, aprovechó el fresco que su sombra proporcionaba, reposó la espalda en el centenario tronco, dubitativo, mientras sentía el frescor del agua correr por la acequia quedó adormilado. Al despertar, un rayo de esperanza le deslumbró su interior para mostrarle de

forma clara la solución a su problema. Una sonrisa se derramó sobre su cara: estaba tan radiante que pensó hacérselo llegar a Mercedes lo antes posible. Otra cosa sería cómo llevar a cabo su plan, ya que Manolo no la dejaba salir de la huerta para nada. Esa dificultad provocó que de inmediato se le transformara de nuevo el semblante. Tendría que seguir maquinando sobre cómo llevar a cabo la solución que se le había presentado tras el sueño, como si de una aparición divina se tratase.

Su hermano José María, que era unos años más joven que él, lo vio sentado bajo el olivo mientras se dedicaba a cerrar y abrir tajeas para distribuir el riego, según ese perfecto sistema que nos dejaron en herencia los musulmanes, y le llamó la atención la actitud de Cayetano. Era una persona muy activa y le pareció raro verlo allí sentado, así que se acercó a preguntarle:

—¿Tano, qué te ocurre?

—Nada, José… nada.

—Pues parece que te ocurra algo y grave. Tienes un semblante muy serio y parece como si no estuvieras aquí. Algo debe ocurrirte. ¿Se trata de Mercedes?

Cayetano quedó mudo durante unos interminables segundos mientras pensaba qué decir, para al final claudicar.

—Sí, José, sí… Me va a estallar la cabeza, tengo que verla.

—Tienes que dejar ese tema, nos traerá problemas. Es una mujer casada y ya sabes cómo actuará padre si se entera de que continúas rondándola; conoces su integridad y la importancia que le da a la amistad.

—Sí, ya sé. ¿Cómo no voy a saberlo? Cuando se enteró de la pelea que tuve con Manolo me dio dos bofetadas que me hizo rodar por el camino y me recriminó el daño que le había hecho a su amigo.

—Por eso te lo advertía, si vuelves a tener problemas no sé cómo reaccionará.

—Tengo que verla, José… Tendré cuidado. Se me ha ocurrido una solución y tengo que hacérsela llegar.

—¿Qué solución es esa?

—Ya te la contaré. Ahora voy a tratar de verla.

Sin más palabras y sin siquiera darle una pensada más a sobre cómo iba a comunicarle a Mercedes la solución que se le había presentado, se levantó y tomó el camino de la cancela de entrada a la huerta.

Capítulo IV El riesgo

La solución no era fácil y menos trasladársela a Mercedes. Habían vuelto a pasar varias semanas desde que la vio en el molino y necesitaba hacérsela llegar cuanto antes. Apremiaba una solución rápida o terminaría por enloquecer. Después de un tiempo transitando por aquel camino de tierra lleno de baches la cabeza no le daba más de sí. Continuaba sin encontrar la manera de hacerlo hasta el punto de dudar si dar el paso o no. Se encontraba ya en las cercanías de Las Chozas y decidió parar a ver a sus tíos y así darle un poco más de tiempo a su mente. Hacía mucho que no los veía a pesar de estar justo en el mismo camino que recorría casi todos los días para ir al mercado. Sus tíos José y Enriqueta vivían allí junto a otros hortelanos. Estuvo un rato dándoles conversación, interesándose por ellos, mientras se tranquilizaba y una vez que lo consiguió decidió retomar el camino.

La tarde comenzaba a caer y se arriesgó, no quería perder más tiempo. Se acercaba la hora a la que podía resultarle más fácil acceder a Mercedes. Poco le importó que la tarde amenazase lluvia y que el fresco se hiciera ostensible: era finales de octubre y tanto una como la otra resultaban habituales en esas fechas.

Esperó a una distancia prudencial, suficiente para no ser visto, y aguantó hasta el momento en que vio salir a Manolo para repartir la leche recién ordeñada, labor esta que se solía realizar a la caída de la tarde, cuando las vacas estaban más tranquilas. Cuando se aseguró de que aquel había cruzado la cancela de su huerta a lomos de la vieja burra con los serones cargados con un par de jarras de zinc, saltó el portillo y se acercó por detrás de la estancia, como otras veces. Con el sigilo necesario para que nadie advirtiese su presencia allí, silbó de forma suave a Mercedes que se encontraba sentada en una silla a la entrada de su casa. La puerta de la vivienda estaba en la fachada principal, justo enfrente del camino y la estancia y el pajar estaban en el lateral derecho de la misma. Ella se dio cuenta y su reacción inmediata fue ponerse de pie, y muy nerviosa miró en todas las direcciones. Estaba bastante preocupada y con el corazón que le golpeaba muy fuerte el pecho. Aun así se acicaló un poco el pelo y decidió acercarse al lugar desde el que le silbó Cayetano; ella también ansiaba verlo.

—Hola, Cayetano. ¿Qué haces aquí? ¡Pueden verte!

—¡Entra, entra!… Aquí dentro no nos verán y Manolo acaba de salir, tardará en llegar.

Mercedes le hizo caso y entró al pajar con él. Fue adentrarse un poco y cuando el muchacho consideró que nadie podría verlos la atrajo hacia sí y le dio un ardoroso beso, al que ella correspondió con un apretado abrazo. Cuando por un momento se separaron él le dijo:

—Estás temblando, tranquilízate. No pasará nada.

—Tengo mucho miedo.

—Manolo acaba de salir, ¿cuánto tiempo suele tardar?

—Una hora u hora y media.

Cayetano no la dejó terminar y volvió a abrazarla con fuerza, con tanta fuerza que la distancia entre sus bocas desapareció hasta tal extremo que los carnosos labios volvieron a fundirse en un apasionado beso. Él la hizo retroceder hasta caer los dos sobre la paja. En ese momento no había vuelta atrás: como posesos habían convertido un simple pajar en una lujosa estancia del palacio del deseo. Las impacientes manos, temblorosas, se apresuraron para eliminar las murallas que suponían las ropas y así poder entregarse sin ataduras al placer. Hicieron el amor de manera efusiva y precipitada. Como si el tiempo les debiera ese momento y lo quisieran cobrar sin dilación. No les importó que esa precipitación les robase el encanto de paladear el momento.

Después de una sensual batalla en la que los dos quedaron extasiados y sudorosos, aún jadeantes relajaban sus excesos tumbados boca arriba sobre la urticante paja, y miraban el techo del cobertizo bajo la atenta mirada de las arañas que tenían en sus rincones montadas sus adherentes trampas. Fue en ese momento cuando Cayetano le pidió:

—Quiero que te vengas conmigo a América. Deja a Manolo y marchémonos a iniciar una nueva vida.

—¿Qué dices? ¡Estás loco! ¿Cómo voy a hacer eso?

—Yo lo planearé todo y el día que esté preparado te aviso para que hagas un hatillo con alguna ropa y nos vamos hasta Cádiz a coger el vapor.

—No puedo hacer eso. Me da miedo.

—Tú déjalo en mis manos. Yo te quiero y quiero que vivamos juntos.

El silencio se adueñó del espacio como si la nada lo hubiese ocupado todo; ni el vuelo de una mosca se atrevía a quebrantarlo. Se observaron durante unos interminables minutos y al ver que la joven no se decidía le preguntó:

—¿Es que no me quieres?

Ella continuaba callada mientras miraba hacia la cancela desde la entrada al pajar. Estuvo así durante unos minutos que a Cayetano se le hicieron eternos, hasta que respondió:

—¡Sí, sí!… Pero tengo mucho miedo. Manolo me dijo que si nos cogía juntos otra vez nos mataba a los dos, y este es capaz de hacerlo.

—Tú déjalo en mis manos —le decía Cayetano con los pinceles de la ilusión pintándole cada rincón de la cara. Era joven y le arengaba esa fuerza que le hacía ver que era el momento oportuno para luchar por sus sueños—, yo lo planearé.

—Vete, por favor, él está al volver —suplicaba Mercedes mientras el temor se adueñaba de su cuerpo.

Se acomodaron como pudieron las vestimentas y mientras Mercedes se sacudía la ropa con las manos, Cayetano removió un poco la paja con la *bierga*[10] para que no delatase lo allí ocurrido. Después de ordenar un poco el

pajar y volver a besarla marchó por donde había venido. La falta de luz que proporcionaba el anochecer y las nubes le ayudaron a pasar inadvertido.

Ella corrió a lavarse antes de que llegase Manolo, no fuese que el olfato de este advirtiera las marcas que le había dejado esa batalla de amor. Mientras frotaba de forma delicada y suave su piel con la pastilla de jabón Heno de Pravia, que le sustituiría los efluvios del amor por un agradable y fresco aroma a heno recién cortado, volvía a revivir las caricias que su amante le había dedicado. Con los ojos cerrados para no entretener los sentidos se deleitaba con el momento que había vivido hacía escasamente quince minutos y dejaba que sus manos volasen a su antojo, algo que provocó que de nuevo se le erizasen todos los vellos de su lozano cuerpo. Por supuesto también en las palabras que le trasmitió Cayetano. Trataba de digerirlas. Decidir qué hacer, aunque en su contra penaba el que ella era una persona muy temerosa e indecisa.

Jugaron con el riesgo y ganaron porque apenas había terminado de vestirse ella, después de eliminar el aroma del amor de su cuerpo con agua y jabón, escuchó a Manolo pasar con la burra en dirección al establo. Esta vez los juegos de la pasión estuvieron a punto de pasarles factura.

Capítulo V Inesperada sorpresa

Acababa de pasar la Navidad cuando Cayetano decidió pasar por casa de María para ver cómo estaba la familia de su primo, y de paso saber si tenían noticias de Juan. Lo hacía con alguna frecuencia, ya que su primo le hizo prometer que cuidaría de ellos en su ausencia, ausencia que si en cualquier momento era dolorosa, en esas fechas tan entrañables y familiares lo había sido aún más.

—Hola, María. ¿Cómo estáis?

—Hola, Cayetano. Dentro de lo que cabe, bien. Es muy duro vivir separados y más aún al saber que está tan lejos. Se hace insoportable el tiempo que pasa hasta que llega la siguiente carta y nos agarramos a ella como única forma que tenemos de saber de él.

—Lo imagino, María. Ya le comenté que se lo pensase, que Argentina estaba muy lejos. ¿Hace mucho que no tienes noticias de él?

—No, hace una semana que recibimos su última carta.

—¿Y cómo está?

—Según nos cuenta, trabaja muy duro. Dice que en breve vendrá a por Domingo, allí hay mucho trabajo.

—¿Y los niños? ¿Y mi ahijada? Cayetano fue padrino de Manuela, la hija pequeña de Juan.

—Bien. Los niños estuvieron resfriados pero ya están bien. Y Manuela en el colegio. Es una niña muy aplicada.

—¡Qué bien! Me alegro mucho. Espero que más bien pronto que tarde venga a por vosotras. Bueno, me marcho ya, María. Tengo cosas que hacer.

Y despidiéndose de ella tomó el camino de La Ardila, se dirigía como estaba siendo habitual a la huerta de Mercedes. Apenas había caminado unos metros cuando se volvió y le dijo: «Envíale recuerdos de mi parte en tu próxima carta», para inmediatamente reanudar el camino. Hacía meses que Cayetano y Mercedes, dadas las circunstancias de lo retirada que estaba la huerta de la ciudad y de que Manolo tenía que salir con frecuencia para tratar de vender sus productos, se veían con asiduidad.

—Manolo… Estoy encinta —anunció Mercedes a su marido mientras, sentados en la mesa de la cocina, daban buena cuenta de la merienda.

—¿Sí? ¿E… e… estás segura? ¿Có… có… cómo lo sabes? —contestó, aseverándose en él, fruto del nerviosismo por recibir tan magna sorpresa, la tartamudez.

—Esas cosas se saben, Manolo. No sangro desde hace dos meses y tengo mucha ardentía.

—¡Qué… qué alegría! Se… lo diremos a todos. E… e… espero que sea un niño.

La alegría invadió la casa. A Manolo la ilusión le había arrebatado la

expresión seria que habitualmente lucía. Llevaba buscando ese niño desde la boda y ya empezaba a, con su pronto machista, pensar que su mujer era la culpable, que pudiera ser estéril.

Esa tarde salía más contento que nunca a vender la leche. Los clientes lo veían extraño; entre sus defectos y su forma de ser resultaba difícil verle sonreír y esa tarde saludaba efusivamente a todas las personas que encontraba sentadas a la puerta de sus casas.

Cayetano, como siempre desde hacía meses, aprovechó el momento en que aquel salió de la huerta para coger el camino del molino y entrar por el portillo que siempre utilizaba, detrás de la estancia. Allí estaba Mercedes, fiel a su cita. También a ella se le notaba en la cara la buena nueva.

—Hola, Cayetano. Estoy preñada —le soltó de sopetón en cuanto lo vio. Se le notaba a leguas que esa preñez le hacía mucha ilusión.

—¿Qué dices? ¿De quién es?

—¡Cayetano! ¿Qué dices?

—Eso, ¿que de quién es? Hemos tenido muchas relaciones durante estos meses.

—¡No sé! ¿Cómo puedo saberlo?

Cayetano se percató de su inapropiada actitud. Quedaba claro que la noticia le había sorprendido y de qué manera. Reaccionó de inmediato, se acercó a Mercedes y la abrazó con mucha ternura. La posibilidad de que fuese hijo suyo le llenaba de satisfacción, aunque para saberlo tendría que esperar al menos hasta que viniese al mundo.

Trató de apartar de su mente la noticia y dedicarse solo a ella, pero le resultaba imposible. Quería llenarla de cariño, de ternura, de caricias, de amor, pero la sorpresa le saturaba por completo el pensamiento. Las dudas lo inquietaban: ¿Sería su hijo? ¿Qué harían si así fuese?

Entre pensamientos y dudas fueron dejando espacio para su ratito de charla y su momento romántico; la noticia provocó que la ternura hiciese acto de presencia en mayor medida y las caricias inundaran el pajar. Esa tarde fue especial, casi todo el tiempo lo pasaron hablando sobre el futuro y sobre el niño entre caricias y embelesos. La mayor parte de los besos se los llevó el vientre, aún llanura aunque sembrada ya de amor, de Mercedes. Cuando se les agotó el tiempo Cayetano inició el camino de vuelta pletórico de felicidad, felicidad que le hacía caminar sin pisar, navegar sin rumbo: dejaba que sus pies lo llevasen sin preguntarles siquiera ni cómo ni por dónde.

Manolo, muy satisfecho por la noticia, esa tarde no paró a la vuelta en el güichi, donde solía descansar un rato de todo un día de trabajo mientras se tomaba unos vinos y hablaba con los amigos o jugaba alguna partida de cartas. Deseaba ver a su mujer cuanto antes. La buena nueva recibida poco antes de salir a vender sus productos le había impactado mucho. Venía sobre su vieja burra por la vereda del Canal en dirección al camino de la carne. Casi a la mitad había un portillo, que estaba más cerca que la cancela de entrada, por el que a veces accedía a su huerta.

Casi desde el principio del camino divisó a alguien que venía acercándose por la vereda y se quedó observando fijamente, ya que por el bamboleo que le producía la grupa de su montura le costaba divisar fielmente quién era. Estaban ya muy cerca el uno del otro cuando el individuo en cuestión bajó a la depresión que formaba El Canal y Manolo quedó extrañado así que cuando lo creyó oportuno hizo que la burra se parase al borde de la pendiente y allí abajo descubrió al transeúnte.

—¡Cayetano! —gritó, tras hacer acto de presencia los temidos celos— ¿Eres tú? —La oscuridad que amenazaba con tragarse toda la luz del día le dificultaba una identificación clara del individuo.

Este no hizo caso y continuó con su caminar en dirección a la cueva del Canal para volver a subir una vez llegado al final. Manolo echó a andar a la burra, castigándola con la vara de acebuche que siempre llevaba en uno de los serones. Esa visión le trajo recuerdos que sirvieron para borrarle cualquier atisbo de alegría de su cara y apresuró su marcha clavando los talones en la barriga del animal.

En cuanto llegó a su casa llevó la burra a la estancia y tras desmontarle los aparejos se dirigió a la casa. Entró en ella a grito limpio mientras reclamaba la presencia de su mujer.

—¡M… Mercedes! ¡M… Mercedes!

—¿Qué ocurre, Manolo?

Salió muy preocupada, por las voces y por lo temprano que había vuelto.

—He… he visto a ese desgraciado por… por la vereda del Canal. ¿Ha… ha estado aquí?

—¿A quién has visto?

—D… demasiado bien lo sabes. A… a Cayetano. ¿Ha… ha estado aquí?

Mercedes quedó en silencio, sin saber qué decir. El miedo delataba lo que pretendía ocultar al reflejarse este inmediatamente en su cara.

—¡Lo… lo sabía, sabía que era él y q… que venía de aquí!

Indignado, se desabrochó la correa de cuero que agarraba su pantalón bajo el fajín y tomándola en doble se acercó a Mercedes y descargó toda su ira sobre su cuerpo.

—T… te dije que os mataría si os veía juntos otra vez —la abroncaba una y otra vez mientras le llenaba el cuerpo de correazos.

Mercedes se protegía como podía y él exhalaba ira, rabia y odio por todos los poros de su piel; el sudor empezaba a correr mejillas abajo mientras continuaba con su particular castigo.

—E… ese hijo que esperas… ¿E… es mío o es de él? ¿Habéis estado viéndoos?

Ella lloraba de miedo, pero también de dolor: el cuerpo se le amorataba por todas aquellas zonas en las que él descargaba su correa. La ira hizo que Manolo no parase de castigar a su mujer, la golpeaba y empujaba con saña hasta que esta caía al suelo totalmente inerte, sin sentido, amoratada por algunas zonas a la vez que sangraba por otras. Allí quedó desmadejada en el

suelo mientras él, sin importarle mucho el verla allí caída y sin moverse, se volvía a marchar. La oscuridad que proporcionaba la joven noche y que podía dificultarle el caminar tampoco le importó, conocía bien el sendero. Salió muy enfadado, bufando como un toro al que le acababan de clavar dos banderillas de fuego: la cólera continuaba tiñendo de rojo sus ojos a la vez que, aun sin tener muy claro hacia dónde dirigirse, cogía el camino de la civilización. Sus manos iban manchadas de sangre, sangre del odio que quedó impregnada en la correa.

Capítulo VI El incidente

La noche se adueñó del momento y varias horas después de que Mercedes recibiera la paliza, la oscuridad se desparramaba por todos los rincones de la casa. En el exterior, el claro de luna que proporcionaba el plenilunio según le daban permiso las nubes, permitía ver algo, pero en el interior de la casa la oscuridad era total. Mercedes continuaba tirada en el suelo. Había despertado pero era incapaz de mover un solo músculo, ni siquiera cuando un ratón se había acercado a interesarse por ella.

Manolo había caminado de manera errante por caminos y veredas hasta que terminó con sus huesos en el güichi de Pepe el Gallego. Allí bebió y bebió para enjugar su desgracia y lo hizo hasta quedar totalmente ebrio. Pepe le hizo ver con buenas palabras que ya no le servía más vino, y que lo mejor era que cogiese el camino de su casa, que Mercedes estaría preocupada.

—M… Mercedes es una puta —le respondió desde lo más profundo de su borrachera.

—Vamos, hombre… vete ya a tu casa.

Con estas palabras del tendero y con el gesto de este que disimuladamente lo agarró por el brazo y lo condujo al exterior, Manolo cogió el camino de vuelta, no tenía consciencia alguna de sus actos y los tumbos que iba dando por el camino daban fe de ello. La luz de luna le ayudaba a seguir por el sendero, sendero que tenía grabado en su subconsciente de tantas veces como lo había recorrido. Después de un buen rato dando tumbos y de alguna que otra caída, Manolo llegó a su casa, y tras empujar la puerta se dirigió automáticamente al dormitorio para caer sobre la cama. Quedó dormido. La habitación, rápidamente, quedó inundada de un fuerte olor a agrio, fruto de la mezcla de vino, vómitos y orines que llevaba incrustada en su vestimenta.

Mercedes lo oyó llegar pero no hizo comentario alguno, atemorizada aún por la paliza que había recibido y que la había dejado traspuesta en el suelo desde entonces. Dejó pasar un rato para que él se durmiera y como pudo comenzó a incorporarse en la oscuridad de la cocina. Su temor era hacer algún ruido que pudiera atraer de nuevo a su marido, así que con el mayor sigilo del que era capaz buscó la mariposa de aceite y tras prenderla, le sirvió de faro para navegar a la par que daba tumbos al ritmo que le marcaba la oscilación de su frágil llama. Así logró llegar hasta el comedor, y al acercarse a la mesa consiguió colocar la mariposa sobre ella. Se sentó en un sillón, dejó caer el cuerpo hacia adelante y apoyó la cabeza sobre sus brazos cruzados a la vez que los descansaba sobre la tapa de la mesa. Ahí, entre sollozos y quejidos, quedó dormida hasta el amanecer.

Cayetano volvió preocupado a su casa aquella tarde, pues temía lo que pudiera hacerle Manolo a su mujer. Solo le tranquilizaba la posibilidad de que

la penumbra le hubiese servido para pasar de incógnito y que no lo hubiera reconocido. La huida de la luz en el atardecer podía haberle echado una mano, al menos eso pensaba para tratar de conformar a su conciencia.

La noche se hizo larga, interminable: no conseguía conciliar el sueño y no se le caían del pensamiento ni Mercedes ni la malévola amenaza de Manolo. Su cabeza, una y otra vez, le daba vueltas al asunto. «¿Cómo podía haber cometido ese fallo?» se preguntaba, con lo cuidadoso que había sido durante tantos meses. Parecía claro que la noticia recibida le ayudó a bajar la guardia, hasta el punto de cometer ese error. El alba ya clareaba la mañana pero aún tendría que esperar a horas más tardías para tratar de enterarse de si le había ocurrido algo a su amada.

Manolo se levantó al venir el día, pues a pesar de la borrachera el reloj biológico funcionó. Era el horario habitual de los hortelanos para aprovechar al máximo la luz del sol y las horas tempranas de mayor frescor, ya que a mediodía resultaba muy duro coger el azadón. Ni se preocupó de cómo podía estar su mujer; salió y se dirigió huerta abajo hacia los tableros de hortalizas.

Mercedes despertó con el ruido que hizo su marido y volvió a sentir uno a uno los correazos que marcaron todo su cuerpo. Los moretones la invadían y la sangre de algunas heridas, provocadas por la hebilla de la correa, se había coagulado durante la noche y le provocaba tirantez. No sabía cómo reaccionar, qué hacer. El temor era grande pero la paliza fue tan brutal que ella necesitaba a alguien que la valorase y curase. Estaba encinta y temía perder a su bebé. Por eso aprovechó que Manolo estaba lejos y a duras penas cogió el camino de la ciudad. Caminaba con dificultad mientras se dirigía hacia El Canal. Apenas podía ver, su marido no tuvo contemplación y repartió a diestro y siniestro: piernas, cuerpo, pechos, cara… toda ella sufrió el castigo, y de hecho uno de sus ojos iba totalmente negro por el derrame que le había provocado y cerrado por la hinchazón.

Justo al llegar a la avenida de la Constitución, se dio de bruces con Cayetano, que esperaba abatido el momento en el que pudiera saber algo de ella, ya que no se atrevía a bajar, y allí hacía tiempo, caminando de un lado a otro hasta que alguien lo sacase de dudas. Justo fue ella misma la que apareció por allí.

—¡Mercedes! —exclamó al verla aparecer en esas circunstancias— ¿Qué te ha ocurrido? ¿Quién te ha hecho eso? ¿Tu marido?

No encontraba el momento de parar de preguntar. Quería respuestas mientras encolerizaba por momentos.

—Sí. Fue anoche, cuando volvió de repartir la leche. Me dijo que te había visto —entre sollozos le contaba tal cual ocurrió—. Me preguntó de muy mala manera que si el hijo que esperaba era suyo o tuyo, se ensañó conmigo… Estoy muy mal, Cayetano. Necesito que me vea el médico.

—¡Maldito malnacido! Lo voy a matar. A ese malnacido lo mato yo.

—No, por favor… Llévame al médico.

Apenas habían caminado unos metros hacia la iglesia del Carmen cuando se encontraron con Juana, la vecina de huerta de Mercedes, que se alarmó al verla y que una vez se enteró de lo ocurrido la acompañó sin dudarlo hasta el hospital de San José. Cayetano se volvió y dirigió sus pasos hacia la huerta de Manolo. Iba demasiado enfurecido, en su mente no cabía en estos momentos otra cosa que la venganza por la paliza a su amada. Entró en la huerta sin cuidado alguno, era la primera vez que lo hacía por su cancela de hierro, la entrada principal. Manolo ni se apercibió del hecho.

—¡Maldito cabrón! ¿Cómo has sido capaz de pegar así a tu mujer? Has estado a punto de matarla —le reprochó en cuanto lo vio en la huerta aireando la tierra con la azada.

—D… d…de matarla a ella y d…de matarte a ti le amenazó en cuanto se dio cuenta de quién era— ¡Ya os advertí! ¡T… t…te voy a abrir en canal con la *zoleta*[11]*!*

Se dirigió hacia Cayetano con el azadón y se dispuso a golpearle con saña. Iniciaron una tremenda pelea. Cayetano agarró como pudo la herramienta y se la arrancó de las manos. Ya en igualdad de condiciones se golpearon con inquina. Imposible separarlos., Rodaron por el suelo bajo la atenta mirada del perro que ladraba sin cesar a la vez que tensaba la cadena que lo retenía atado a su caseta. Hubo un momento en el que ambos se habían separado y en el que Manolo aprovechó para correr hacia un árbol a coger una hoz que solía colgar de una de sus ramas. Cayetano corrió. Vio el peligro que una herramienta así tenía en manos de una persona enfurecida, así que fue a buscar algo con lo que defenderse. Al llegar al pajar agarró la bierga que tantas veces sirviera para recomponer el montón de paja y la colocó en posición de defensa para evitar que aquel se acercase demasiado.

En uno de los movimientos del forcejeo, Cayetano tropezó mientras reculaba y cayó al suelo. Manolo, que se había lanzado hacia él, también cayó con tan mala suerte que lo hizo sobre la bierga que había quedado tendida en el suelo con las puntas hacia arriba. El destino quiso que esta se le clavase en el abdomen. Se retorcía a la vez que gritaba de forma descompasada. Cayetano se asustó mucho al ver tanta sangre. Vio que se había herido de gravedad y trató de buscar ayuda, por lo que corrió y lo dejó tirado en el suelo; sangraba como un cerdo recién sacrificado.

Capítulo VII El carro de la carne

Mercedes volvía con la vecina después de que la atendiesen en el hospital. Del embarazo poco pudieron decirle; en principio parecía que no le había afectado pero sería el paso de los días lo que dictaría la sentencia. Tampoco parecía que tuviese nada roto, pero sí moretones y trozos de piel arrancada de los correazos. Dolorida y curada estaba a punto de llegar a su casa cuando escuchó:

—¡Ha sido un accidente! ¡Ha sido un accidente! repetía Cayetano, con la cara descompuesta.

—¿Qué ha sido un accidente? —preguntaba ella muy asustada.

—Se cayó sobre la bierga y se le ha clavado en la barriga.

—¿Qué dices? ¡Vete!... ¡Vete!

Las dos mujeres corrieron hacia donde yacía Manolo malherido. Entonces, la vecina se apresuró hasta la linde con su propiedad y llamó al marido, que estaba con sus labores y no se había enterado de nada, para que les ayudase.

—¿Qué ocurre?

—¡Manolo ha tenido una pelea y al caer se ha clavado la bierga! ¡Habrá que llevarlo lo antes posible al hospital de San José!

El marido de Juana cogió el carro y lo subió en él, tras sacarle los pinchos de la bierga con cuidado. Fustigó todo lo que pudo al mulo para llegar cuanto antes al hospital. La estampa resultaba impactante: el carro sin varales, solo el cuerpo mórbido de su vecino tumbado sobre el tablero gritando de dolor al tiempo que se desangraba. Por un momento y ante esa vista el campesino rememoró los recuerdos que le trasladaban los mayores sobre el carro de la carne. Un carro que en la epidemia de vómito negro que hubo en la ciudad tiempo atrás, recorría esta para encargarse del traslado de los cadáveres hasta el cementerio que habilitaron en el camino de la batería. Un traslado de personas que debido a la cantidad de decesos no iban ni en ataúd, simplemente apilados sobre el carro.

Así veía a Manolo. Temía por su vida. Perdía mucha sangre. Todo hacía pensar que exhalaba los últimos suspiros.

Cuando el médico observó las condiciones en las que Manolo llegó al hospital precipitó lo más posible la intervención, acompañado por las monjas que prestaban sus servicios como enfermeras del cuerpo y del alma. Hizo todo lo que estuvo en sus manos por salvarlo, pero parecía que lo tenía muy complicado. Las heridas habían atravesado la pared abdominal. Habían afectado ligeramente a los intestinos, pero esas lesiones encerraban una gravedad tremenda, ya que se trataba de una zona muy delicada y la más que probable infección jugaba en su contra.

Una vez terminada la operación, el cirujano don José Buendía pensó que

era necesario dar parte a las autoridades ya que la vida de una persona estaba en juego. Envió a una de las monjas enfermeras al Cuerpo de Guardia del ayuntamiento para solicitar a los agentes que se personasen en el hospital. Una vez que estos llegaron les comunicó que se había producido una trifulca entre dos hombres y que uno de ellos había resultado herido de gravedad.

—He hecho todo lo posible para salvarlo pero realmente está en manos de Dios, solo Él podrá concederle el que continúe con nosotros en este mundo.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Le clavaron una bierga en el abdomen.

—Tomamos nota y pasaremos el parte al comandante, él decidirá qué hacer. En cuanto asignen la investigación vendrán los inspectores de nuevo por si pueden interrogar al herido.

La preocupación inundó el alma de Mercedes que, muy dolorida aún, esperaba sentada en un banco del patio porticado del hospital la evolución de su marido. En esos momentos ignoraba el dolor y ni se preocupaba por la paliza que había recibido, solo esperaba que Manolo mejorase y que ello sirviese para limpiar de culpas a Cayetano. Por la justificación que le había dado el doctor a los guardias sabía que lo iban a incriminar, pues en ningún momento dijeron que la herida había sido causada de manera accidental.

Continuaba sentada en el banco cuando los guardias se marcharon. Aún permanecían allí sus vecinos, hasta que un rato más tarde estos le trasladaron que tenían que volver a la huerta, y se ofrecieron a ayudarles en lo que necesitasen. Mercedes tomó a Juana del brazo, la apartó a un lado y en voz baja le pidió que de alguna manera le hiciera llegar a Cayetano que se escondiese, que los guardias estaban al tanto y que Manolo estaba muy grave. A lo que su vecina y amiga accedió.

Cuando llegaron a la altura del callejón del Santo Entierro Juana vio a Carmen y Josefa, hermanas de Cayetano, y le pidió a su marido que parase el carro un momento. Después de bajarse le sugirió a este que continuase para la huerta, que ya bajaría ella en un rato. Una vez que el carro reemprendió la marcha se acercó a las muchachas.

—¡Carmen! ¡Carmen! —gritó para que esta parase.

—Hola, Juana… ¿Qué ocurre?

—Tu hermano Cayetano ha tenido una pelea con Manolo, el de Jacobo, y lo ha herido gravemente.

—¿Qué dices? —le preguntó a la vez que se le reflejaba en la cara la expresión de temor y sorpresa.

—El médico dice que probablemente no salga de esta. Me ha pedido Mercedes que se lo dijera a tu hermano para que se vaya o se esconda. Seguramente vendrán a buscarlo.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué ha hecho este chiquillo?

Juana las acompañó durante un buen trecho, las vio muy preocupadas. Carmen no se quería creer que su hermano hubiese sido capaz de hacer lo que

su conocida le había transmitido, así que Juana trató de hacerle ver que no había sido él, que había sido una desgracia fortuita en medio de una pelea.

Llegadas a la altura de Las Chozas, donde tenía que coger el camino de la batería para llegar hasta su huerta, le dijo:

—Carmen, me tengo que marchar… ¡Dale el recado!

—Sí, sí… Gracias, Juana. ¡Ve con Dios!

Carmen iba acompañada de su hermana Josefa, una niña aún que se asustó mucho cuando oyó lo que dijeron de su hermano mayor. Apretaron el paso para anunciarle a Cayetano la noticia que le acababan de trasladar antes de que los inspectores viniesen en su búsqueda. Marchaban las dos muy preocupadas. La pequeña, bastante asustada, lloraba por lo que acababa de oír, y la mayor porque, a pesar de la situación de su hermano, sabía el disgusto que este incidente iba a ocasionar en la familia en cuanto llegase a oídos de su padre.

Había pasado escasamente media hora desde que el doctor dio el parte a los guardias cuando hizo acto de presencia en el hospital una pareja de inspectores que reclamaban al doctor Buendía.

—¡Buenos días! ¿Puede usted decirme qué le ha ocurrido a Manuel Bustillo?

—Sí, desde luego. Por lo que ha contado su mujer, ha tenido una pelea con otro hombre y ha llegado al hospital malherido. Muy grave. Le han clavado una bierga en el abdomen, y es una herida muy gravosa, porque al margen de las hemorragias que ya hemos conseguido detener… la infección es lo más preocupante. Veo muy complicado que este hombre pueda superarlo.

—¿Podemos interrogarlo?

—No es conveniente. Está muy débil… perdió mucha sangre.

—Será solo un momento, necesitamos saber algo más.

—Su mujer está sentada en un banco del patio. ¿Les puede servir la información que ella aporte?

—Lo intentaremos. ¿Quién es?

—Aquella mujer morena que está sentada entre las columnas —señaló con el dedo índice.

La pareja marchó hasta Mercedes y la interrogaron durante un buen rato. Ella, temblorosa, declaró que no había visto qué había ocurrido. Les explicó que venía del hospital, de curarse las lesiones que le provocó su marido la noche anterior, cuando le comunicaron que estaba herido.

Los inspectores volvieron a la habitación donde se encontraba Manuel y le preguntaron si sabía quién le había hecho aquello, e ignoraron totalmente el comentario que les había hecho ella sobre la paliza recibida, como si eso no tuviese la mínima importancia.

A duras penas, por lo débil que estaba, Manolo balbuceó el nombre de quien había sido. Con ello se dieron por satisfechos: no necesitaron forzar más

al recién operado e inmediatamente pusieron rumbo al Pedroso para buscar al criminal.

Carmen llegó a la huerta algo alterada y preguntó por su hermano. La madre contestó que hacía rato lo había visto andar hacia los sembrados de pimientos, que andaría por allí abajo. Carmen se apresuró a localizarlo y efectivamente allí lo vio, sentado bajo el mismo olivo de siempre. Los rayos del sol, muy cercanos a su escapada nocturna, pintaban de color naranja las ramas de los frutales.

—¡Tano! ¡Tano! —gritó Carmen, como si así fuese a llegar antes hasta su hermano.

—¿Qué ocurre, Carmen?

Llegó jadeante hasta donde estaba sentado este, que se incorporó rápidamente cuando oyó el tono de voz de su hermana. Tras los interminables segundos que esta necesitó para recuperar el aliento, le dijo:

—Tienes que marcharte. Me ha hecho llegar un recado Mercedes. La policía ha estado indagando sobre el altercado con Manolo, que está muy grave. Así que vendrán a por ti.

—Me lo temía. Qué mala suerte. Fue un accidente. Cayó sobre la bierga.

—Sí, pero a ellos eso no les importa mucho, vendrán y te meterán preso. ¡Vete!

Cayetano se movió rápido, fue a su casa a recoger algunas cosas y algo de dinero y sin tener muy claro qué hacer, cogió el camino. Apremiaba quitarse de la vista.

Capítulo VIII Enfermó María

Juan acababa de llegar de Argentina. Malas noticias llegadas desde España sobre la salud de su esposa hicieron que no lo dudase un momento y embarcase con rumbo a Cádiz lo más rápido que pudo. La dureza de la emigración volvía a arañarle el alma con sus garras.

Cuando enviaron el cablegrama aún no tenían muy claro qué enfermedad sufría María, aunque parecía que podía ser una pulmonía, dato que corroboró Juan en cuanto habló con el médico. En estos momentos se encontraba mucho mejor que cuando le enviaron el aviso. Al parecer reaccionaba de forma positiva a los preparados que le habían prescrito.

Su hijo Domingo hacía poco que había llegado a la Argentina y a pesar de su juventud quedó allí encargado de todas las labores mientras su padre venía a visitar a su madre y hermanas. En él también quedaron marcadas a fuego las señales de la migración, la dureza de quedarse allí, solo, sin saber qué le ocurría a su madre.

Tras constatar Juan pasados unos días la mejoría de su mujer, decidió volver a Argentina, ya que no podía desatender el trabajo tanto tiempo. Por fortuna las cosas le iban bien y en poco tiempo podría volver a por su familia. Antes de marcharse quiso saludar a su primo y otros familiares de los más allegados.

—¿Y el primo Cayetano? ¿Y sus padres, cómo están? —le preguntó a su hija Manuela.

—Sus padres están bien, papá, aunque preocupados y mi padrino anda desaparecido, hace semanas que no sabemos de él.

—¿Preocupados? ¿Por qué?

—Mi padrino tuvo una pelea con un hortelano de La Ardila y lo dejó muy malherido, cuando vinieron los inspectores a por él ya había desaparecido. No sabemos dónde está.

Juan se preocupó mucho por la situación de su querido primo, y decidió ir inmediatamente a ver a los tíos: quizás ellos pudieran decirle algo más.

Semanas antes, una vez advertido por su hermana, Cayetano buscó a dónde ir o al menos dónde esconderse hasta que pasase la tormenta provocada por su altercado. No tenía muy claro qué hacer y marchó desde su huerta por el camino del Campo de Soto hacia el centro. Al llegar a Las Chozas, asustado, se acercó a casa de su tío a pedirle consejo. Allí, bajo los eucaliptos realizaba sus labores su tía Enriqueta.

—Hola, *tata*[12]. ¿Y el tío José?

—Está dentro, Cayetano. ¿Lo llamo?

—No, deja, ya entro yo —contestó, y después de traspasar el umbral de la puerta se encontró a su tío sentado en la mesa de la cocina reparando

algunas de sus herramientas.

—Buenas tardes, tío.

—Hola Tano, ¿dónde vas por ahí?

—No sé, tío. Tengo un problema y no sé qué hacer.

—Dime, ¿qué te ocurre?

—Ayer tuve una pelea con Manolo, el hijo de tu amigo Jacobo, y quedó malherido… Fue mala suerte, cayó sobre la bierga y se la clavó en la barriga. Y ahora me busca la policía. No sé qué hacer ni dónde ir.

—Chiquillo, ¿qué has hecho?

—Me encontré a su mujer en la calle Real, amoratada y herida de la paliza que le había dado su marido, y sin más fui a buscarlo. Perdí los nervios.

—Pues en buena te has metido. Se me ocurre que puedes esconderte aquí unos días, nadie te buscará en mi casa.

—No quiero crearos problemas.

—No te preocupes, tengo un compartimento ahí dentro que nadie conoce, te esconderás en él mientras no se solucione esto. No se hable más.

—Gracias, tío.

Juan se acercó a El Pedroso, a la huerta de su abuelo Ramón, a saludarlos y preguntar por Cayetano, que vivía allí junto a sus padres, pero estos, al margen de la preocupación que tenían, no sabían nada de su hijo desde que, unas semanas atrás, se marchara un día al atardecer. Desde entonces no volvieron a saber de él. Tenían claro que no le habían apresado. Que estaría oculto en algún escondite o que se habría marchado a Cádiz o a algún otro pueblo de las cercanías, porque los inspectores de policía venían con frecuencia para ver si había vuelto. Después de un buen rato de conversación con ellos y muy preocupado por la circunstancias se despidió de sus tíos y abuelos. Él conocía bien los motivos que habían llevado a Cayetano a aquella situación, aunque los comentarios de sus padres lo dejaron más tranquilo. Adujo que tenía que preparar la partida:

—Tíos, abuelos, me marcho muy preocupado por el primo, pero es que tengo que partir. Gracias a Dios María ha mejorado de la enfermedad que me hizo venir y debo volver a la Argentina.

—Gracias, Juan. ¡Que tengas buen viaje! Y escribe cuando llegues. Si sabemos algo de Cayetano te lo haremos llegar por carta.

Sin más —le apremiaba el tiempo—, Juan tomó el camino de su casa muy desasosegado aún. En un par de días embarcaba en el vapor rumbo a América.

Capítulo IX La soledad del zulo

La paliza que la hizo zozobrar quedó anclada en su alma, pero a pesar de ella Mercedes hacía de tripas corazón y cuidaba a su marido que todavía continuaba grave. Se resistía a la muerte y aún así nadie daba un real por su recuperación. Las heridas se le habían infectado y las fiebres no cedían.

En cualquier otra circunstancia una herida de esas características habría terminado con la vida del herido. Los pinchos de la bierga siempre sucios de estar en contacto con la paja, con los excrementos del ganado y con todo lo que se necesitase amontonar o airear en la huerta provocaban graves infecciones que difícilmente podían sanar, pero Manolo resistía, al menos por el momento.

La investigación criminal continuaba su curso; los inspectores de policía se encargaban de las pesquisas. La pareja de guardias en bicicleta recorrían también todos los recovecos de La Isla: molinos abandonados, salinas y almacenes recibieron su visita en diversas ocasiones. Era cuestión de días que lo capturasen.

Mientras todo esto ocurría, Cayetano, prisionero de sus miedos y de su soledad, se mantenía oculto en el zulo de un par de metros que tenía su tío tras la casa, al que se entraba por un hueco que tenía justo detrás del armario de su dormitorio. Solo salía de él para comer cuando su tía Enriqueta le avisaba, después de haberse asegurado esta de que nadie extraño andaba por los alrededores. Las Chozas era un grupo de siete u ocho viviendas humildes para hortelanos y pescadores que a pesar de estar en la conjunción de los caminos que llevaban a la ermita de los Mártires y a la batería de La Ardila, no estaban a pie del camino, pues había que entrar en una especie de patio grande, alrededor del cual se encontraban estas pequeñas casas a la sombra de un eucaliptal.

Fue uno de esos días, cuando su tía le avisó para almorzar, que Cayetano decidió contarles el motivo de la pelea. Aún no había revelado nada, pocos sabían realmente el motivo y tantas horas de reclusión entre cuatro paredes lo volvían loco. Eran horas y horas de pensar solo en la situación que estaba viviendo y en que la pesadilla terminara para que hiciese su irrupción la vida normal. Ese día salió con la necesidad de saber de Mercedes, ya que la dejó muy maltrecha y encima embarazada. Temía por ella y por su gestación.

Su tía había hecho un guiso de anguillas[13] con patatas, una comida muy típica de La Isla, sobre todo en la época de despesques de los esteros. A media comida Cayetano se dirigió a sus tíos.

—Tía, la comida estaba muy rica, hacía mucho que no las comía.

Tras una breve pausa continuó.

—Ahora quiero comentaros algo.

—Tú dirás —le respondió su tío.

—El motivo de la pelea con Manolo ha sido porque su mujer y yo llevamos tiempo viéndonos. Estamos enamorados y él lo ha descubierto. Mercedes está preñada y aun así, cuando Manolo pensó que me había visto, porque aunque realmente era yo el que venía de su casa no pudo reconocerme por la oscuridad, le dio tal paliza que hubo que llevarla al hospital de San José. Perdí los nervios y fui a buscarlo. Ese fue el motivo.

—Pero hijo, ¿qué has hecho? ¿Cómo te has metido en ese lío con lo guapo que eres y la de mujeres que hay? —le preguntó su tía.

—Ya nos conocíamos de antes de irme al servicio militar, tía. Cuando me licencié fui a buscarla y aunque se había casado, a la fuerza, nos volvimos a enredar casi sin darnos cuenta. —Hizo una breve pausa y añadió—: No me voy a llevar toda la vida metido en el zulo. Necesito saber cómo está Manolo, pero sobre todo, cómo está Mercedes, si continúa con su embarazo a pesar de la paliza que le dio su marido. Necesito que os enteréis.

—No sé cómo podemos hacerlo sin levantar la liebre —respondió José.

—Ignoro si aún estarán en el hospital o si ya han vuelto a la huerta. Pero podríais pasar por el hospital como quien no quiere la cosa y ver si está por allí Mercedes.

—Bien, trataré de acercarme, a ver si hay suerte —dijo su tía.

—Gracias, tíos, pero tened cuidado. Nunca os agradeceré lo suficiente esto que hacéis por mí.

Y con esa efímera alegría se volvió a enclaustrar en su zulo.

A la mañana siguiente, la de un día crudo y lluvioso de invierno, Enriqueta se pertrechó de lo necesario para no mojarse y fue a tratar de localizar la información solicitada por su sobrino político. Con el pretexto de ir al mercado pasó por el hospital y fisgoneó un poco por el patio. Había personas sentadas en los bancos de la zona porticada pero por mucho que miraba no localizaba a Mercedes. El color gris que adornaba el día la invadió. A pesar de ello su inquietud le hizo acercarse a una monja que se aproximaba a la puerta de entrada y le preguntó:

—Hermana… ¿Sabe usted cómo está Manolo, un hortelano que trajeron porque se había herido con una bierga y estaba muy grave?

—Ya no está aquí, hija —le respondió la monja que por casualidad sabía de él porque le había estado atendiendo durante el tiempo que estuvo allí—, precisamente ayer lo enviaron a su casa. Continúa grave pero después de un tiempo en el hospital no podíamos tenerlo más tiempo ingresado. Habíamos hecho por él todo lo que estaba en nuestras manos y los médicos ya no podían hacer nada más.

—Muchas gracias. Quede usted con Dios.

—Que Él la acompañe.

Enriqueta inició el camino de vuelta al compás que le marcaban los chaparrones. No iba muy conforme con la información recibida, pues de poco le serviría a su sobrino, así que decidió acercarse a las lindes de la huerta para

ver si conseguía ver a Mercedes; si Manolo continuaba grave estaría en la cama y no la descubriría. Tuvo que arremangarse el traje durante todo el camino ya que la lluvia lo había llenado de charcos… Y en efecto, allí estaba Mercedes, arreando al burro para que continuase dándole vueltas a la noria. Ante la ausencia de su marido tenía al menos que mantener la alberca llena para poder regar los sembrados cuando se marchase la lluvia. Enriqueta se puso a hacerle aspavientos para llamar su atención, hasta que por fin lo consiguió. Mercedes, extrañada, se apresuró a acercarse hasta el portillo para ver qué quería aquella mujer.

—Hola, Enriqueta. No le había reconocido de lejos.

—Hola, Mercedes. Cayetano está muy preocupado por tu marido y sobre todo por ti. Hace mucho que no sabe nada sobre vuestra salud. ¿Cómo estáis?

—¡Dios mío! Yo también estaba muy intranquila por él. Mi marido está bastante mal. Ayer vinimos del hospital. Nos dijeron que allí ya no podían hacer más por él, que le aplicase los remedios que me dijeron y le curase las heridas aquí en casa, y a ver lo que Dios quiere.

—Él se encuentra bien, donde está no lo van a localizar. Me dijo que estabas preñada, ¿sigues adelante con el embarazo?

—Sí. Temí por el niño después de la paliza, pero parece que no ha ocurrido nada malo… el embarazo continúa. Al menos por ahora.

—Así se lo diré, que os mejoréis. Queda con Dios.

Capítulo X Reencuentro con Juan

Afloraban los primeros pétalos que aprovecharon el respiro que les daban las nubes a una primavera que comenzó como había terminado el invierno: con cortinas de agua que decoraban el horizonte, como si se hubiese rajado el firmamento. Era una de las primaveras más húmedas desde hacía muchos años y ello provocó que María no pudiese resistir y terminara sucumbiendo a la pulmonía con la que peleaba desde hacía varios meses, una guerra en la que ella ganó algunas batallas pero no las suficientes y que al final terminó llevándosela. Cayetano en su encierro no pudo cumplir lo que le prometió a su primo, estar atento a las necesidades de su familia en su ausencia.

Juan, que fue avisado unos días antes, ante la gravedad que tomaba la enfermedad de su esposa, acababa de llegar de nuevo a España. Demasiado tarde. Dos semanas de travesía supusieron demasiado tiempo para su mujer. Cuando apareció por la casa María ya había fallecido y había sido inhumada. Sus hijas quedaban huérfanas de madre y solas ante el mundo y la miseria que existía en España en aquella época. Manuela, con apenas doce años, era la más espabilada. Josefa, la más pequeña, apenas tenía siete años y las dos mayores ya jugueteaban con el amor.

Enriqueta le alegró el día a Cayetano al trasladarle las averiguaciones que había hecho sobre la salud de Mercedes. Supuso un ungüento para la herida que le causaba la ansiedad de no saber de ella, pero continuaba igual de preocupado por su libertad al continuar muy grave el marido. A esa preocupación se le sumó la mala noticia que le proporcionó su tío José en ese mismo momento, el fallecimiento de María. Tenía gran aprecio por el primo y su familia, y a su grado de ansiedad fue fácil cargarle una pena más, la de haberle fallado a Juan. Quedó en cuidar de su mujer e hijas y hacía ya mucho que estaba recluido, por lo que no pudo hacer nada para ayudarlas. Esta situación y el hecho de estar encerrado entre cuatro paredes le provocaron distintas fobias. Ya le obsesionaba demasiado ese zulo. Pensaba y pensaba en cómo salir de aquella situación. No podía estar encerrado allí toda la vida.

Pasadas unas semanas desde que falleciera María, Juan pasó por Las Chozas a visitar a sus tíos. Hacía mucho que no los veía y estaba a punto de marcharse, quizás de manera definitiva, a Argentina con algunas de sus hijas. Manuela se quedaría aquí con los abuelos.

—Hola, tío.

—Hola, Juan. Sentimos mucho lo de María. ¿Cómo estáis?

—Muy mal, tío. Ha sido un golpe muy fuerte, sobre todo para las niñas. Ya se nos hizo muy duro tener que separarnos, muy difíciles los primeros

momentos en Argentina. Os podéis imaginar la amargura en tierra extraña y a la vez tan lejana. Pero todo era soportable por el mero hecho de saber que en breve vendría a recogerlas para irnos todos allá. Pero si cabe es mucha más dura aún la ansiedad que te corroe el alma cuando sabes que los tuyos están mal y tú estás tan lejos sin poder hacer nada por ayudarles. Ansiedad que se hacía insufrible cuando en la travesía en barco cada día parecía que durase meses.

—Aunque nunca viví nada parecido me lo imagino, Juan… Supongo que las niñas se irán contigo. Ellas aquí solas ya no hacen nada, estarán mejor allí contigo y con Domingo.

— Sí. En unos días nos marcharemos a Argentina, y Manuela se quedará aquí con mis padres.

Cayetano, tras el fondo del ropero oía la conversación y no pudo resistir más, necesitaba hablar con su primo.

—Toc, toc, toc —golpeó con los nudillos el fondo del armario—… Tío, déjeme salir.

—¿Quién es? —preguntó Juan.

—¡Baja la voz!… Es tu primo Cayetano.

—¿Tanto tiempo lleva ahí encerrado?

—Sí, mucho ya… Ven, ayúdame —y entre los dos apartaron el armario para que saliese de su escondite.

Tras salir se fundieron en un abrazo. Cayetano lloró sobre su hombro la muerte de María y se disculpó por no haber estado cuando más lo necesitaron.

—No te preocupes —le dijo Juan—. Ya sé por lo que estás pasando. Te advertí de que no te traería nada bueno esa relación. ¿Qué harás ahora?

—No sé, pero no estaré toda la vida encerrado. La cabeza me va a estallar, todo el día aislado entre cuatro paredes, obsesionado con el discernir entre las distintas opciones para salir de este embrollo; son cuatro meses ya.

—Yo me voy en unos días. Vente conmigo. Allí hay trabajo y nadie te preguntará.

Cayetano quedó en silencio durante unos segundos mientras valoraba la salida que le había propuesto su primo.

—Si tenemos cuidado al salir de aquí no creo que nadie te busque en Cádiz. Vamos, decídete —le volvió a insistir Juan—. El gobierno argentino te paga el billete de embarque en tercera clase y después al llegar te da alojamiento hasta que encuentres trabajo.

—No sé qué hacer. No quiero dejar a Mercedes a su suerte con esa bestia. A saber cómo la va a tratar. Si fue capaz de darle semejante paliza aun sabiendo que estaba preñada, es capaz de cualquier cosa.

—Todavía estaré unos días por aquí, hasta el día siete no sale el vapor: piénsatelo. Pasaré un par de días antes por si has cambiado de opinión.

—Gracias, Juan —y tras fundirse en un fuerte abrazo volvió a su húmedo y solitario zulo, ahora con un compañero más alojado en su cabeza, la propuesta que le acababa de hacer Juan.

Capítulo XI Estela de esperanza

El vapor Infanta Isabel de Borbón se encontraba en el muelle Reina Victoria, un muelle de reciente construcción que tenía reservado para sus paquebotes transoceánicos la Compañía Trasatlántica Española en el puerto de Cádiz.

La enorme chimenea negra del buque escupía una densa columna de humo gris al cielo gaditano, y se mezclaba con los nubarrones que amenazaban tormenta como despedida de la húmeda primavera. Al verano le quedaban unos días para hacer su entrada triunfal. La jornada se presentaba muy cruda, impropia de una primavera habitual, pero esta no lo fue. Al trasatlántico aquello le resultaba del todo indiferente. Calentaba sus motores. Su partida hacia Buenos Aires era inminente. Antes de arribar al muelle bonaerense tenía que hacer escalas en Tenerife y Montevideo. Le quedaban por delante muchas millas, las suficientes para dejar una imborrable estela de esperanza en el inmenso mar.

Cayetano, después de mucha elucubración, se había decidido a abandonar el zulo y acompañar a su primo. Le costó tomar la decisión, pero no veía la luz al final del túnel en el que se había metido y pensó que si se alejaba una temporada podría volver a por Mercedes pasado un tiempo. Aprovechó la oscuridad de la noche para acercarse a su casa, a despedirse de su familia y de paso solicitarle algún dinero a su padre. A la mañana siguiente se acercó con su primo hasta la parada del tranvía. Iba con sumo cuidado, mirando a diestra y siniestra, no quería ser descubierto.

Horas más tarde se encontraba en el muelle junto a él y sus sobrinas. La cantidad de gente que había en el muelle le sirvió para pasar inadvertido. Había conseguido reunir unas pesetas y algunas prendas que metió en una vieja maleta de madera que le dio su tío José. Lo que no pudo fue acogerse a las facilidades que le proporcionaba el gobierno argentino. Para ello necesitaba presentar una cédula personal de identificación y demostrar su buena conducta para que le aportasen el billete de embarque en tercera clase, y Cayetano, por el temor a ser detenido, no estaba por la labor de personarse en la comisaría para solicitarla.

Así que tuvo que encomendarse a embaucadores que siempre merodeaban por las cercanías de los barcos para ofrecer billetes falsos o el embarque de polizón a cambio de una importante suma de dinero. Fue uno de estos quien conseguía convencer a un marinero del barco que, tras ofrecerle una suma importante, lograba subirlo metido en un saco mezclado con el cargamento de patatas.

—Ve hacia allá —le ordenó el marinero con suma precaución en cuanto subieron al buque y aquel lo liberó del saco, a la vez que con el dedo índice le indicaba el lugar hacia el que tenía que dirigirse—. Encontrarás la bodega de proa, baja al entrepuente, allí verás a los de clase tercera, a los emigrantes, es

tu sitio, y en el exterior del recinto hay un gran comedor para vosotros. Mézclate con ellos y si no haces algo que llame la atención nadie te dirá nada. Si tienes problemas para conseguir comida localízame y yo te la proporcionaré.

Cayetano recorría con angustia la cubierta del barco por babor mientras miraba al muelle repleto de gente. Él no tenía nadie de quien despedirse. La inmensa mayoría de los allí presentes, además de pasajeros que venían de la cornisa cantábrica en otros buques de la compañía, eran gaditanos que despedían a los suyos y otros muchos que tenían como entretenimiento acercarse al muelle y a la muralla de la Puerta del Mar a despedir a esos enormes paquebotes. Los pueblos del interior no se podían permitir enviar a nadie para decirle adiós a los suyos. Sus familiares le desearon mucha suerte en casa, antes de partir hacia Cádiz, con un fuerte abrazo y llantos que más que proporcionarle seguridad y confianza lo inundaban de dolor y tristeza. Totalmente comprensible. Sus padres y hermanos sabían que aquella partida tenía todos los ingredientes necesarios para convertirse en un adiós sin retorno.

Se dirigía a proa como le habían indicado. Trataba de encontrar a su primo Juan. A pesar de que el barco era de reciente construcción —apenas llevaba un año navegando—, la cubierta, los respiraderos de la ventilación, las escotillas, todo presentaba marcas de óxido; quedaba claro que navegar tantas millas mensuales hacían que la sal del mar estropease las zonas externas del buque.

Antes de bajar al entrepuente, que se encontraba ya repleto de emigrantes, se acercó a la barandilla de estribor, junto al mástil de proa, y echó una mirada a Cádiz. Quizás en otro momento se habría inundado de bellas sensaciones, pero las circunstancias de aquel viaje llenaban su corazón de amargura: las murallas, la Puerta del Mar, el ayuntamiento y la catedral mezclaban sus lágrimas con la lluvia para despedirse de él. El llanto se desbordó por un momento de los ojos y después de unos minutos de ahogo producido por la congoja se decidió a bajar a la bodega, a babor los hombres y a estribor las mujeres. Unos escuetos catres habilitados en el costado del barco constituirían el único confort que iba a disfrutar en su travesía, y quizás tendría que compartirlo con otras personas: dependería del número de emigrantes que embarcaran en ese viaje y además había que tener en cuenta que él no llevaba billete de embarque.

Mercedes, después de haber hablado con Enriqueta, quedó algo más tranquila. Según le dijo la tía, su amado estaba a salvo y ella solo esperaba acontecimientos en la evolución de la salud de su marido. Ahora en casa dicho progreso sería más complicado, pues la infección que se había adueñado de su cuerpo era muy grande y temía por su vida. Ella mantenía la esperanza de ser fuerte, y de estar lo suficientemente capacitada para ayudarlo según las directrices que le dieron en el hospital. Aunque ahora, más que en sus manos

y según le dijo el doctor Buendía, «estaba en las manos de Dios».

Mientras se bañaba acariciaba su vientre que empezaba a mostrar ya la preciosa curva de la vida, apenas perceptible aún para los demás, pero esperanzadora para ella. Aunque no estaba del todo segura, pensaba que el crío que esperaba era de Cayetano, lo que le aportaba un plus añadido a la felicidad que ya sentía.

Aunque hacía relativamente poco tiempo de la boda, aquel matrimonio de conveniencia no le había hecho feliz y solo le quedaba soportarlo, ya que Manolo, aunque buen hombre, no era atento con ella, la había tomado como una adquisición más, un mercadeo propio de hortelanos, como si de un mulo o una vaca se tratase. El hombre, aislado de la sociedad desde muy niño, trabajaba en la huerta de su padre desde pequeño. Tanta labor y tan escasa relación con los demás lo habían embrutecido bastante y no podía ni quería dar más de sí. Para él, ese era el correcto modo de comportarse en esta vida, el que le había enseñado una sociedad machista y la santa madre Iglesia que asignaba a la mujer el rol de obediencia sumisa y servidumbre total a su marido.

A partir de ahora, si conseguía salvarse, Mercedes no tenía seguro cómo se comportaría con ella, si volvería a pegarle o si le perdonaría aquella ofensa. Era la enorme duda que ahora le inquietaba.

Cientos de personas se hacinaban en ambos costados del buque. Cayetano se había sentado en la cubierta con la espalda apoyada sobre unos de los puntales de la bodega. Allí lió un cigarrillo con picadura y salivaba con la punta de la lengua el filo del papel de fumar mientras pensaba en la situación a la que se había visto arrastrado. También evocaba a Mercedes y al escenario en el que ella se quedaba. Estaba triste; en el fondo tenía un enorme sentimiento de culpabilidad, de preocupación, la había abandonado a su suerte ante aquel energúmeno que estuvo a punto de matarla, y todo por su culpa, por su insistencia en modificar el rumbo que les había marcado graciosamente la vida. Inspiró profundamente una bocanada de humo con la mirada perdida Dios sabe dónde, cuando al expulsarla se le cruzó delante su primo. De un salto se puso de pie y abrazó a Juan: ya pensaba que no lo encontraría entre tanta gente.

Capítulo XII Sayhueque

Era siete de junio cuando los remolcadores, bajo un fuerte aguacero, tiraban del Infanta Isabel de Borbón hacia el centro de la dársena gaditana. Las sirenas de los barcos sonaban casi al unísono para advertir de la maniobra. En el muelle los marineros soltaban amarras y dejaban huérfanos a los noráis hasta el arribo en un par de semanas de su vapor gemelo, el Reina Victoria Eugenia que venía desde Buenos Aires.

El práctico dirigía al enorme transatlántico fuera de la dársena del muelle. La fina lluvia que caía sobre Cádiz hacía que esta a duras penas se divisase, tan gris como el futuro que se cernía sobre ella. Justo ahí afuera, en el preciso momento en que surcaba la punta de San Felipe para poner proa al sur, el remolcador soltó las estachas y dejó que el Infanta Isabel de Borbón navegara por sí mismo. Una ruta imaginariamente recta y siempre en esa dirección que lo llevaría hasta la Argentina.

Cayetano y sus parientes subieron a cubierta, como una gran mayoría de pasajeros, a despedirse de su gente, de su tierra, de su España, en definitiva de su historia. Trataban de atravesar el inmenso océano para lanzarse a la aventura. Dejaban su vida en esta tierra y marchaban a un país desconocido para intentar encontrar un mundo mejor, al menos que les permitiese subsistir. No iban con la ilusión de enriquecerse. Simplemente embarcaban porque les empujaban la miseria, la hambruna y la ruina. La mayoría partía por no poder alimentar a sus familias, otros por motivos políticos. Las lágrimas inundaban, como arroyo después de una crecida, las mejillas. Sabían, al menos muchos de ellos, que jamás volverían a pisar tierra española. Momentos muy crueles que a duras penas podían retener en sus retinas debido a la broma que el final de la primavera les obsequiaba en forma de agua que derramaban las nubes sobre Cádiz, y que hacían que este apenas se divisase a pesar de haber navegado poco más de una milla.

Cayetano miraba la silueta de Cádiz en la que solo destacaba ya el contorno de la catedral. Entonces, con gran énfasis, soltó una expresión que le salió del alma mientras derramaba lágrimas de sangre: «Me costó un infierno dejarte», lo que generó una tremenda angustia en Juan y sus hijas, algo que permitió a las lágrimas fluir de nuevo a la vez que las sobrinas le miraban con pena. Juan comprendía bien lo que aquella frase encerraba, pues a él le ocurrió la primera vez que embarcó con rumbo a Buenos Aires. Sabía que uno de los motivos era abandonar su tierra y que el otro era dejar a Mercedes aquí, como él tuvo que hacer con María y sus hijos.

Las máquinas funcionaban ya a pleno rendimiento mientras lanzaban al buque por su ruta. La normalidad volvía a la tripulación y al pasaje. Los viajeros de clase tercera o emigrante buscaban acomodarse lo mejor posible ya que les quedaba un largo viaje por delante. Quince duros días, la mayoría

de ellos divisando solo agua y cielo. Juan y Cayetano se ubicaron en su cubierta, la del entrepuente de proa, prácticamente abarrotada ya de emigrantes a pesar que aún tenían que recoger más pasajeros en Tenerife.

Al sufrimiento de la partida Cayetano le sumó otro más. Juan tuvo que abandonar a sus hijas en el costado de estribor, solas y sin apenas saber de ellas durante todo el trayecto. A los migrantes que subieron en Cádiz había que añadir también los que venían desde Barcelona. Miles de personas escapaban de la ruina en la que estaba sumido el país.

Cayetano, una vez que se habían acomodado en la fría cubierta del barco, preguntó a su primo:

—¿Cómo es que los argentinos necesitan tantos trabajadores?

—Es una larga historia, primo. Si quieres te voy contando, el viaje será largo y tendremos tiempo de trasmitirte todo lo que a mí me contaron.

—Sí, por favor. Me gustará saber de la tierra que me voy a encontrar y tú ya llevas el suficiente tiempo allí para saber a dónde vamos.

—Verás, es una historia dura. Desde mi llegada a Buenos Aires entablé amistad con un indígena mapuche, Sayhueque, así se hace llamar en honor a uno de los últimos caciques tehuelches que falleció hace unos años. Los caciques son como los jefes de las tribus. Este amigo me contó lo que recordaba de lo que les pasó, él era muy pequeño, y de lo que sus mayores les relataban una y otra vez para que su historia pasase de viejos a jóvenes.

»Hubo un tiempo no muy lejano en el que Argentina era la provincia de Buenos Aires y algunas más hacia el norte y entonces decidieron ampliar sus fronteras. Agrandar el país a costa de la vasta Patagonia y para ello tuvieron que realizar incontables campañas militares para exterminar a cientos de miles de indígenas, hacer presos y esclavos, en definitiva para robarles su territorio, y como última opción hacerlos migrar a terrenos más inhóspitos y lejanos. Decía mi amigo, de cosecha propia, que los mataron e hicieron migrar a ellos para traer inmigrantes extranjeros a poblar sus tierras.

—¿Qué es mapuche?

—Los mapuches forman una de las tribus indígenas del norte de la Patagonia, de la zona de la Pampa, cercana a Río Negro, que es a donde voy yo. Había cientos de tribus indígenas, la mayoría nómadas, y una de ellas era esta de los mapuches. También se encontraban entre las cercanas los tehuelches, que también eran del lugar, los mocovíes, los chiriguanos y muchas más, que fueron masacradas por el ejército argentino. Llevadas casi a la extinción la mayoría de ellas. A los hombres les mataron sin piedad e hicieron prisioneros a mujeres y niños, a los que trataron de borrarles su identidad, para regalarlos como esclavos o sirvientes a la alta sociedad argentina, o incluso a los colonos para que les ayudasen en las labores del campo. A este mismo cacique, por el que él se apoda así, lo llevaron a Buenos Aires para ser objeto de observación y burlas de gringos y criollos, y lo vestían con atuendos ridículos con el único fin de mofarse de él.

»Se produjeron, según me contó mi amigo Sayhueque, muchas campañas, pero la más sangrienta y la que consiguió por fin delimitar la frontera en Río Negro fue la campaña Conquista del Desierto, llevada a cabo por el general Julio Argentino Roca, que después fue presidente del país.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con necesitar trabajadores?

—Pues porque no servía de nada ganarles batallas a los indios originarios del lugar si después esos terrenos no se poblaban. Ese es el motivo por el que solicitan tantos hortelanos y otras profesiones, para poblar el desierto y así mantener a raya a los pocos indios que aún quedan desperdigados por el árido desierto. Para ello crearon algunos fuertes, uno de ellos el fuerte General Roca, que después sería el asentamiento para crear el pueblo del mismo nombre para los inmigrantes. Allí es donde tengo yo la huerta, ellos la llaman chacra.

»Al principio, cuando viajó Ramón, era mucho más duro. Ten en cuenta que aquello es un desierto, una zona con unos cambios de temperaturas enormes, tanto en verano como en invierno. Fuertes y fríos vientos que llegan desde las altas montañas andinas y que arrasan toda la superficie de la Patagonia hasta llegar al océano Atlántico, fundamentalmente son vientos del suroeste. Tuvieron que construir canales de regadío para utilizar el agua desde el Río Negro y con ella crear zonas fértiles, para lo que utilizaron también a los indígenas esclavos. Al poco tiempo de construir el pueblo hubo unas grandes riadas que desbordaron los márgenes del Río Negro y arrasaron el poblado, circunstancia esta que obligó a reconstruirlo de nuevo unos kilómetros más al oeste. De hecho, me comentó Sayhueque que los indígenas conocen aquel lugar como «Tisque Menuco» que más o menos quiere decir algo así como «Agua donde el que entra se hunde», parecido al fango que tenemos nosotros en los caños aunque más arenoso.

—Entonces… ¿vamos a una buena zona? Por lo que cuentas es más bien dura y complicada. ¡Me asustas!

—Ahora es distinto… Continúa siendo duro, pero al menos ya no existe ese problema y los conflictos con los indígenas son mínimos. En aquella fecha eran frecuentes las incursiones de los indígenas desplazados. Si bien no era para recuperar los terrenos robados, sí para sustraerles productos que les sirvieran de sustento. Pero con el tiempo eso ha cambiado y ahora los pocos que quedaban en estado de libertad fueron empujados a marcharse hacia el sur, a tierras aún más desérticas, ralas e inhóspitas desde donde les costaba más trabajo crear problemas a los colonos de la zona conquistada. Por eso ahora estamos mejor…

Así continuaron durante horas, trasladándole Juan a su primo lo que le había trasmitido Sayhueque sobre el país de la plata. Les faltaba el conocimiento general de todo el operativo que se llevó a cabo en Argentina en aquellas fechas, pero para ellos era suficiente. La incorporación de la Patagonia al Estado nacional se consumó gracias a la violencia genocida de todos los

pueblos originarios, la inmensa mayoría nómadas. Violencia que se soportó en descarados criterios racistas.

Como ocurre en todas las operaciones de fuerza, sea en la parte del mundo que sea y en la época de la que se trate, intentan capturar y poner a su servicio bajo dictaduras militares a una serie de personas de las más débiles mentalmente, como les ocurrió a ellos, fáciles de convertir en «indios amigos», a los que después de los servicios prestados en los *malones*[14], batallas contra sus congéneres, les concedían tierras para poder alimentar a los suyos. Pero también como ocurre la mayoría de las veces, estos pobres desdichados que no pertenecían a su clase social, se encontraban en condiciones inestables porque por su nomadismo se desplazaban a otras tierras a buscar recursos, momento ese que utilizaban otros grupos más afines a la administración y en mejores condiciones sociales o económicas para reclamar esas tierras, que al final les terminaban expropiando. Generaron ese mal ambiente incluso entre los colonos inmigrantes, que también veían y ven al indio como un ser menor que debían erradicar.

Capítulo XIII Cáscara de nuez

La rutina resultaba tediosa y la comodidad nula. Sentados en la cubierta del buque sentían cómo la frialdad de las planchas de acero se les incrustaba hasta la médula.

Llevaban algo más de una semana de navegación cuando, ya superado Cabo Verde, el Infanta Isabel de Borbón se acercaba al ecuador y comenzaban a notarse los primeros síntomas del cansancio y de las malas condiciones higiénicas en las que viajaba parte del pasaje, al menos este importante grupo, los de tercera clase, los emigrantes.

El vapor, a pesar de desplazar más de catorce mil toneladas, de sus ciento cuarenta y cinco metros de eslora y de las excelentes condiciones marineras que este poseía, se movía de babor a estribor y de proa a popa como si se tratase de una cáscara de nuez que navegaba por un riachuelo que baja crecido de la montaña. Atravesaba en esos momentos un temporal de vientos huracanados que había provocado en la costa africana de Senegal olas de seis o siete metros de altura.

Ellos en realidad desconocían la magnitud del temporal, ya que no les dejaban subir a cubierta y donde estaban no había ojos de buey hacia el mar. Solo les habían advertido de que se apertrechasen bien porque había mala mar. Y la mayoría hizo caso, porque durante esas circunstancias era habitual ver a los pasajeros rodar de un sitio a otro. Los excesivos bamboleos les hacían vomitar hasta la primera papilla que habían tomado. La cubierta del entrepuente se encontraba en unas condiciones realmente asquerosas, el hedor provocado por tanto vómito hacía que en toda la superficie hubiese un ambiente totalmente irrespirable.

A muchas millas del Infanta Isabel de Borbón la tormenta amainaba y parecía que las aguas volvían a su cauce. Manolo había dejado atrás las fiebres y era patente que esta la iba a poder contar. Mercedes seguía preocupada; antes porque este muriera y apresaran a Cayetano y ahora porque no sabía cómo reaccionaría su marido cuando sanase. No tenía claro cuál de las dos opciones le preocupaba más.

Aprovechó que este aún se encontraba convaleciente para salir con la excusa de comprar algunas vituallas que necesitaba. Realmente lo que pretendía era informarse de la situación en la que se encontraba Cayetano, ese amor que la tremenda paliza no había conseguido erradicar de su corazón, así que procuró acercarse a casa de los tíos de Cayetano. Con sumo cuidado cogió por el extrarradio hasta La Ardila, y después subió por el callejón de la Batería hasta llegar a Las Chozas. Solo había huertas y el callejón era muy solitario, habitualmente poco transitado.

—¡Pssh! ¡Pssh! —siseó para llamar la atención de la tía de Cayetano

que se encontraba en el patio.

Cuando esta la vio se apresuró hasta el camino a darle el encuentro y se distanciaron unos metros por el callejón para evitar ser vistas.

—¿Qué haces aquí, chiquilla? ¿Qué ha ocurrido? ¿Y tu marido como está?

Fueron muchas preguntas seguidas, todas ellas porque Enriqueta se puso nerviosa. El hecho de que viesen allí a Mercedes podría traerle nuevos problemas.

—Solo quería saber de Cayetano y darle la buena nueva. Mi marido está mejorando. Hace unos días que le han desaparecido las fiebres así que pronto dejarán de buscarle. ¿Cómo está Cayetano? —soltó de manera aturullada e igualmente nerviosa.

—Cayetano ya no está por aquí —contestó un poco contrariada la tía ya que la vio llegar con mucha ilusión—. Marchó lejos. Llevaba muchos meses escondido y no podía continuar así, con esa inquietud. Sabía que estaba en busca y captura. Hace algunos días que no sabemos de él.

A Mercedes aquellas palabras se les clavaron en lo más profundo del corazón. Frunció el ceño y la invadió una enorme tristeza. Sus ojos que llegaban radiantes a aquel encuentro, se transformaron de inmediato y ahora los párpados casi cerrados apenas los dejaban ver. Se desmoronó, aunque trató de mantener la compostura delante de la tía de Cayetano.

—¿Sabe dónde ha ido? ¿Volverá pronto? —intentó sonsacar a Enriqueta con la esperanza de que esta le dijese que sí.

—No creo que vuelva pronto, marchó a Argentina, pero no se lo digas a nadie. Lo siento mucho, Mercedes.

—Muchas gracias, Enriqueta… Quede con Dios —le dijo con la voz entrecortada, se giró rápidamente y comenzó a caminar por el mismo callejón camino de su casa. Si se hubiese quedado más tiempo habrían visto como la amargura desbordaba sus negros ojos y no estaba dispuesta a que la viesen así.

¿Qué haría ahora? Se echó las manos al vientre como queriéndole trasmitir amor a su futuro retoño y que no le afectase lo que este acababa de oír. Se había enamorado locamente de Cayetano y ahora lo perdía. Quizás definitivamente. Sus dudas la corroían. *Tendría que haberle hecho caso cuando me propuso que me fuese con él,* se decía una y otra vez mientras derramaba por los ojos el dolor de su roto corazón.

Capítulo XIV Punta Brava

Casi dos semanas de navegación desde que el Infanta Isabel de Borbón saliera de Cádiz y el viaje se hacía insoportable. Muchos habían enfermado, gravemente algunos de ellos. Habían pasado el ecuador y si unos días antes habían partido bajo una cortina de agua, ahora padecían un tiempo caluroso y sofocante que convertía en ominosa la estancia en las bodegas. Solo unos tubos de lona que subían hasta la cubierta principal les servían para poder respirar algo mejor y así ayudar a la renovación del aire viciado que campaba a sus anchas por ese espacio de hacinamiento que era la cubierta de emigrantes.

Las condiciones higiénicas en tercera clase no eran las más adecuadas. Nada que ver con el lujo que tenía el resto de viajeros, salones decorados con muebles de estilo Luis XVI, cuadros, cortinas, lámparas y alfombras. Mamparos forrados de maderas nobles, comedores de ensueño, salas de música, con grandes ventanales que permitían una mejor ventilación además de facilitar ver el mar, o camarotes con todas las comodidades. Las clases primera y segunda vivían el viaje a otro nivel, no solo en cuanto a calidad sino que también de manera más saludable. A ellos les correspondían las cubiertas más altas del buque.

En estas condiciones infrahumanas el pánico corrió como la pólvora por el costado de babor de la bodega de proa; habían aislado a alguien en uno de los catres. Los propios pasajeros hicieron un enorme círculo en su derredor que provocaba que todos tuvieran que apretarse aún más. Si antes iban como piojos en costura ahora parecían sardinas enlatadas.

—¿Qué ocurre? —vociferó Cayetano, a la vez que dirigía la consulta a su primo y a todos los que se encontraban cerca.

—Hay un viajero que viene desde Barcelona que tiene fiebre alta. Llevaba todo el trayecto tosiendo pero ahora ha esputado sangre al toser y han pensado que puede ser tuberculosis —le respondió uno de los viajeros que estaba ubicado cerca de él.

—¿Qué dices? ¡Habrá que avisar urgentemente a los servicios médicos del barco!

—Ya han ido a llamarlos, pero mientras tanto yo no me acerco por nada, esa enfermedad es muy contagiosa.

Cayetano miró a su primo con cara de preocupación, ya que aún quedaban muchos días para llegar a destino.

—Juan, vamos a subir a cubierta. Estaremos más seguros ahí arriba.

—Vamos, pero si confirman la enfermedad nos recluirán aquí. Nos pondrán en cuarentena para que no se extienda por el resto del barco. En todos los viajes siempre hay algún problema de este tipo, a veces mueren personas por un motivo o por otro. Pero vamos... mientras nos dejen, subamos.

Ubicados bajo el pasillo lateral que conformaban en la zona central del buque los camarotes de segunda clase, continuaban hablando:

—Como íbamos diciendo, cuando lleguemos a Buenos Aires tendrás que registrarte y te darán los papeles y unos tiques para hospedarte en el Hotel de Emigrantes —le informaba Juan desde el banco en el que se habían sentado en la cubierta principal. Mientras, para relajarse miraban el mar y así trataban de olvidar lo que acababan de vivir en la bodega.

Cayó la tarde y la puesta de sol en el mar resultaba espectacular, tanto o más que las que Cayetano estaba acostumbrado a disfrutar en su Isla natal, pero esta vez, motivado por las lágrimas que les hacía aflorar la fuerte brisa marina, más bien parecía una acuarela que había desteñido sobre el lienzo del horizonte.

—Tano, también te darán un billete de tren para desplazarte a la provincia de Río Negro cuando encuentres trabajo. Yo marcharé a General Roca. Si tienes problemas para encontrar trabajo coge el tren y ve a buscarme.

—Vale. Pero háblame algo más del sitio al que vamos, no quiero ni pensar en lo que tenemos ahí abajo.

—Realmente no es oro todo lo que reluce, nos lo pusieron muy bonito pero no ha sido totalmente así. Nos ofrecieron el billete del barco, el alojamiento, y nos lo dieron. Pero también prometieron que nos darían tierras, aperos y animales para trabajarlas y no fue así. Trabajamos para terratenientes que se adueñaron de las tierras. Al menos hay faena y se puede medio vivir. No tenemos más remedio si queremos alimentar a nuestras familias.

»La estepa patagónica es un territorio árido y desértico, excepto en las riberas de los ríos. Han creado unos canales de regadío junto al Río Negro para facilitar la agricultura, pero eso no empequeñece lo duro que resulta vivir allí. Una zona olvidada del mundo. Nada que ver con nuestra tierra. Cuando estás allí la añoranza te invade por completo. Se echa mucho de menos a tu gente y sobre todo las bondades de nuestro clima. Solo el paso del tiempo es capaz de acabar con esa morriña. Pero cuesta.

—¿Y sus billetes? ¿Qué pasaje tienen? —interrumpió la voz de un marinero que se había acercado a ellos sin estos advertirlo.

Apresurándose para no dejar al descubierto a su primo, Juan sacó su billete y se lo mostró al reclamante, que al verlo les conminó de inmediato:

—Son de clase emigrante, deben ustedes volver rápidamente a su cubierta. No pueden estar aquí.

El marinero no quiso alertarlos, pero habían dado orden de que el pasaje emigrante permaneciese en cuarentena.

Ellos se levantaron y despacio caminaron hasta su bodega. En esos momentos no sabían que esa velada puesta de sol sería la última que verían hasta llegar a Argentina. Bajaron por la escotilla de babor y apenas pusieron los pies en la cubierta se les acercaron otros pasajeros y les dieron la mala noticia. Habían estado allí los médicos y tras reconocer al enfermo de inmediato determinaron que todo ese pasaje se mantuviese en cuarentena. El

riesgo de extender la enfermedad al resto del buque era real y había que contenerlo aislado.

Los primos se miraron y en sus rostros se podía vislumbrar el miedo que les había invadido. Aún quedaban unos días para llegar y el riesgo de contagio les obsesionaba. Procuraron no acercarse a la ubicación donde estaba el enfermo, pero todos sabían que en un ambiente tan cargado eso no era suficiente.

Pasados unos días la preocupación continuaba creciendo: algunas personas más habían enfermado. El caso es que la falta de higiene, agravada por los días que duró el temporal, podía facilitar más infecciones o nuevos contagios. Hacía unos días que habían atravesado ese tremendo temporal y las consecuencias del mismo aún eran visibles en la cubierta. De hecho les habían llegado rumores de que en el entrepuente de estribor, el ocupado por las mujeres, había alguna enferma de cólera. No sabían si adquirido allí o si ya embarcaron con él. El caso es que también a ellas las pusieron en cuarentena.

Juan se descompuso: sus hijas viajaban en esa zona del buque, la más pequeña con solo siete años. ¿Sería alguna de ellas la afectada? ¿Habría más? Eran preguntas que se hacía y que provocaron que le invadiera un sentimiento de angustia insoportable. Acababa de perder a su mujer y no podía permitir que la vida le jugase otra mala pasada.

En esos momentos de pesadumbre fue inevitable que los recuerdos de Cayetano atracaran de nuevo en el muelle de Cádiz, que cogiese el tranvía hasta su Isla, hasta la huerta de Mercedes. ¿Cómo estaría? ¿Qué habría sido de Manolo? ¿Lo seguiría buscando la policía? Demasiadas preguntas que no tendrían respuestas. Le pesaba el haberse separado de ella, le pesaba el saber que quizás no volvería a verla, le pesaba —la congoja se apoderó de él—… saber que sería de su futuro hijo; daba por hecho que era suyo. Todas estas incógnitas le carcomían aún más su espíritu, muy maltrecho en estas últimas semanas.

Solo habían pasado dos días, cuarenta y ocho interminables horas y habían muerto dos personas. Ese hecho provocó una revuelta entre el pasaje. Se sentían acorralados por un enemigo invisible y querían que los trasladasen de ubicación, que los llevaran a las bodegas de popa. Aún quedaban dos días, otras cuarenta y ocho interminables horas para llegar, y sentían temor ante la situación. Los más decididos y quizás también los más asustados encabezaron la revuelta y subieron a cubierta a pesar de la prohibición. Los responsables del pasaje les negaron esa posibilidad. Tuvieron que hacerles frente con armas de fuego que, con algunos disparos al aire, pronto consiguieron disipar la rebelión al tiempo que volvían a atrincherar a todos en la bodega. Las otras estaban repletas y además cabía la posibilidad de que alguno llevase el contagio a ellas. De hecho, para prevenir, habían tomado medidas: llevaron a los enfermos al lazareto que tenían en proa.

La situación anímica de Juan y Cayetano andaba desparramada por la cubierta del barco. El clima era irrespirable, al calor insoportable había que sumarle ahora el miedo. Ni cortos ni perezosos decidieron saltarse la prohibición cuando la situación de la revuelta ya se había normalizado y con mucho sigilo subieron a cubierta a tomar aire fresco.

La brisa era intensa, unas rachas de fuerte viento procedente de tierra rizaban la mar y les sirvió para refrescar un poco su espíritu. Pero más importante que el hecho de respirar aire fresco fue la alegría que se llevaron cuando en el horizonte por babor divisaban a lo lejos una línea de costa. Les supuso una tremenda ilusión, un respiro, porque aunque ellos no supieran a qué país correspondía —se trataba de la costa brasileña—, se acercaban a tierra. Sin duda estaban a punto de llegar. Aquella dura travesía parecía que tocaba a su fin con una mar rizada por el viento que pintaba con pinceladas de espuma el final del trayecto. Se sentaron sobre un baúl de salvavidas mientras contemplaban la costa, por momentos navegaban más cerca de ella. Al poco divisaron un faro. También desconocían que se trataba del faro de Punta del Este en el departamento de Maldonado, al este de Uruguay. Montevideo se encontraba a la vuelta de la esquina. Estaban allí. Habían conseguido llegar, solo les quedaba unas horas y rezaban por no haber resultado contagiados.

Bordearon Punta Brava y pusieron rumbo a las dársenas del muelle de pasajeros de Montevideo. Atracaron y desde la cubierta vieron cómo desembarcaban todos los migrantes y pasajeros que tenían como destino Uruguay. A algunos de ellos los tuvieron que bajar en camillas, incluidos los fallecidos. A estos el ir a una tierra extraña a buscar la solución a sus problemas les había resultado demasiado caro.

Poco tiempo después soltaron amarras y navegaron por el delta del río de La Plata, rumbo a Buenos Aires. Apenas les quedaba unas cien millas para llegar a su destino por un agua color chocolate. El arrastre de tierras que se acumulaban en las desembocaduras de los ríos Uruguay y Paraná les proporcionaba ese particular color. En estos momentos Juan ya había conseguido su paz interior, esa que perdió durante la travesía y que lo mantuvo sobre ascuas todo el tiempo. En la parada de Montevideo se enteró de que sus hijas estaban sanas y salvas, no habían sufrido problema alguno.

Para él era diferente, su meta era llegar a puerto y coger el tren con destino a su casa. A Cayetano todavía le quedaban otras historias, como le pasara a Juan la primera vez que viajó. Aún tenía por delante unas duras semanas de carencias y de inseguridades.

Capítulo XV Nunca te amaré

La miseria y la hambruna continuaban campando a sus anchas, se desparramaba como lava ardiente por todo el territorio español y quemaba cuanto encontraba a su paso. Esta persistente situación provocaba que un gran número de *cañaíllas*[15] continuasen haciendo las maletas. Pesadas maletas cargadas con mucho dolor porque no se iban a la busca de El Dorado, sino a un país lejano y desconocido a por el pan de sus familias, a las que tenían que dejar en España totalmente desamparadas.

Manolo había mejorado mucho en las últimas dos semanas y ya hacía pequeñas labores en la huerta. Mercedes le ayudaba en las faenas que estaban a su alcance, fundamentalmente el riego, la noria, darle la comida al ganado y ordeñar las vacas. Ella había quedado muy tocada con la marcha de Cayetano y era habitual encontrarla por cualquier rincón, cabizbaja o con la mirada perdida Dios sabe en qué punto del universo, porque no sabía siquiera dónde se ubicaba Argentina para así poder dirigir sus enormes ojos hacia ese lugar.

Este era uno de esos momentos. Después de recoger el fregado de los utensilios y cubiertos del almuerzo se encontraba sentada en una mecedora de mimbre que tenía Manolo en el comedor y que pertenecía a la difunta de su madre. Mientras se balanceaba en ella perdía su mirada en la desesperanza a través de la ventana que tenía los tragaluces abiertos para permitir la entrada de la luz del sol, al que le pesaba ya el deambular del día pero que aún mantenía la suficiente fuerza para calentar un poco la estancia.

Pensaba en la mala suerte que había tenido, primero al casarla su padre con un hombre mayor que ella al que no quería y después con la pérdida del que la ilusionaba, que la había enamorado y posible padre de la criatura que llevaba en su vientre. Así pasaba horas, absorta en su tristeza de amor… Imaginaba que Cayetano había dejado de amarla y se culpaba por ello, porque si no fuese así, cómo había podido abandonarla y además dejar a su futuro hijo, al que probablemente no conocería jamás.

Manolo la veía día tras día en esa situación. Apenas hablaba con él, solo lo indispensable. La encontraba llorando en silencio en cantidad de ocasiones y siempre se preguntaba lo mismo: ¿era por la paliza o era por Cayetano? Esa duda lo carcomía pero no se atrevía a preguntarle. Otras ocasiones en que sí lo hizo ella dio la callada por respuesta.

—¿Te vas a llevar toda la vida así? —se atrevió a preguntarle una vez más.

Tras un largo mutismo ella rompió el silencio y con lágrimas en los ojos pero sin dejar de mirar al infinito, le respondió:

—¿Cómo quieres que esté? Me diste una paliza que casi me matas, sabiendo como sabías que estaba embarazada. Poco te importó… Ha pasado

mucho tiempo y no has sido capaz de pedirme perdón, y quieres que esté como unas castañuelas.

—Me pusiste los cuernos con otro, ¿cómo querías que reaccionase?

—No sabías nada, ni si eso que te dijeron era cierto, ni si el hijo que espero es tuyo y aun así me golpeaste con saña hasta dejarme inconsciente.

—Te veías con él, me lo dijeron y lo vi merodear por la huerta.

—Aunque así hubiese sido, no tienes derecho a maltratarme. No te quiero y tú lo sabes. El nuestro fue un casamiento de conveniencia entre nuestros padres. Ni siquiera nos preguntaron, y a él lo amaba desde antes de conocerte a ti. Así que no me pidas lo que no te puedo dar. Creo haberme portado bien contigo, te he cuidado todo este tiempo, he pasado noches enteras en vela junto a la cabecera de tu cama mientras te debatías entre la vida y la muerte y, al final, mis cuidados son los que te han dejado aquí, en este mundo, ya que los médicos dijeron que no podían hacer nada más por ti.

—¡Lo confirmas entonces! —rugió Manolo en un tono muy agresivo y amenazante—. Te moleré a palos si te vuelvo a ver con él.

—No te preocupes. No lo veré más. Se ha marchado muy lejos para no volver, pero no me pidas más: él se ha llevado mi corazón. Te respetaré y te ayudaré lo que pueda para llevar la huerta adelante, pero nunca te amaré —concluyó Mercedes sin dejar de mirar hacia afuera y de derramar la rabia por sus ojos.

Capítulo XVI Hotel de Inmigrantes

Los marineros, con una actividad tremenda recorrían todo el costado de estribor y lanzaban las guías para hacer llegar a tierra las estachas que servirían para que el Infanta Isabel de Borbón quedase bien fijado a los noráis del puerto bonaerense. Puerto Madero acogió al Infanta Isabel de Borbón que después de quince duros días arribó a su destino. Miles de personas llegaban en busca de trabajo, confiaban en encontrar lo que les prometieron en la prensa y en la oficina argentina de inmigración allá en Cádiz, junto a la Puerta del Mar… La solución a sus problemas.

Desde que Juan Bautista Alberdi sentenciase que gobernar era poblar, allá por 1850, se desató una fiebre por llenar de inmigrantes todas las tierras arrancadas a los indios originarios, algo que había provocado que llegasen a la Argentina millones de seres de muchos puntos de Europa.

En contra de las preferencias de los gobernantes, la inmensa mayoría eran españoles e italianos. Desde puertos de los cuatro puntos cardinales de España habían llegado ya más de un millón de personas, la mayoría trabajadores, socialistas y anarquistas que huían de la hambruna y de la falta de trabajo, o del servicio militar que suponía ir destinado a guerras que no eran las suyas, y que en la mayoría de los casos se convertían en una sentencia de pena de muerte.

Les hicieron bajar en fila y les dirigieron a las oficinas de la Dirección Nacional de Migraciones para regularizar su entrada al país. Cayetano caminaba temeroso; los papeles que le consiguieron en Cádiz eran falsos y temía que allí lo detectasen, así que sufría la larga cola con dos deseos: uno, el de que este momento pasase pronto para poder empezar a trabajar cuanto antes y el otro, el de que no avanzase la cola por el temor a que lo descubriesen y lo embarcasen de vuelta en el mismo buque.

Los emigrantes que se encontraban en cuarentena fueron llevados inmediatamente a un lazareto que había en el mismo Hotel de Inmigrantes. El aspecto personal de Cayetano le ayudó a pasar el control sin problemas; un hombre apuesto, joven y fuerte. Llegó allí con treinta años. Una edad óptima para lo que necesitaba el país. Estos detalles hicieron que el funcionario no le prestase demasiada atención a los documentos que temerosamente aquel le ofreció, y tras registrarle y proporcionarle la tarjeta de identidad le dieron un boleto para que fuese al Hotel de Inmigrantes y un billete de tren para viajar a la provincia de Río Negro, en la frontera patagónica. Eso le garantizaría alojamiento y comida durante al menos cinco días, mientras encontraba trabajo. En ese momento, con los papeles en la mano, emitió un profundo suspiro de tranquilidad, de satisfacción. Para él era demasiado importante pisar tierra argentina con todos los beneplácitos de la legalidad.

Caminó unos cientos de metros hasta alcanzar el hotel. El día estaba

radiante y miles de personas deambulaban por el recinto en todas las direcciones, unos trabajadores, otros, carceleros de la amargura que traían encerrada en la prisión de su maleta. Desde que salió de la Dirección Nacional de Inmigración la sonrisa se había instalado de nuevo en su cara, y cuando llegó a la puerta del establecimiento encontró apostados en un lateral a sus familiares que lo esperaban para despedirse de él. Juan ya tenía todos esos trámites hechos de la primera vez que viajó. Ahora solo tenía que justificar que las jóvenes que viajaban con él eran sus hijas, para luego desplazarse unos cientos de metros y coger el tren que lo llevaría hasta la población de General Roca, a la orilla del Río Negro. Aún le quedaban unos mil kilómetros en dirección sureste, cruzar la Pampa en unos trenes incómodos y lentos por unos territorios inhóspitos para llegar a las tierras que le tenía arrendada a uno de los herederos de aquellos que contribuyeron con su dinero a la guerra contra los indios, a la conocida como Conquista del Desierto, que supuso casi la exterminación de todos los originarios desde la Patagonia hasta Tierra del Fuego, cerca de la Antártida.

Tras darse un emotivo abrazo Juan le deseó suerte a su primo para que encontrase trabajo, y le hizo ver, con el fin de tranquilizarlo, que si tenía problemas y no conseguía encontrarlo en unos días que utilizara el billete de tren y marchase a Roca, que ya se encargaría él de buscarle algo.

Cayetano quedó impresionado cuando entró en el hotel. Era enorme. Cientos de personas de muchas nacionalidades se apiñaban en un gran comedor lleno de bancadas de madera y mesas larguísimas donde desayunaban y comían. Casi acababan de inaugurarlo, y vino a sustituir al anterior que se encontraba a las afueras del puerto. Era un lugar para proporcionarles techo y comida pero sin intimidad alguna. De características similares al comedor eran los dormitorios, también comunitarios. Para dormir lo hacían en otra gran nave llena de catres y literas de hierro apiladas.

Apenas había podido pegar ojo esa noche. Aún sentía en su cuerpo las vibraciones que producían los motores en las planchas de acero del barco cuando, recién dieron las seis de la mañana, se personaron los funcionarios a despertarlos. Tenían que desayunar y abandonar el hotel hasta la hora del almuerzo. Era la norma habitual. Llevaba una semana en el establecimiento y cada día la misma rutina provocaba que se levantase muy cansado. Salía temprano a una explanada cercana donde los empresarios se aproximaban con sus camiones o carruajes a solicitar mano de obra. Pero resultaba complicado, eran muchos los que buscaban y pocos los que ofrecían. Ello le suponía bastante cansancio, no tanto físico como mental. Sabía que tendría que dejar el alojamiento en unos días y la vida se le complicaría un poco más. Necesitaba asentarse ya y empezar a pensar en su futuro y en la posibilidad de ofrecerle algo interesante a Mercedes para que esta se decidiera a acompañarle a la Argentina.

El día amaneció con una bonita combinación de tonalidades pastel cual paleta de colores de un romántico pintor. Salió del hotel con la esperanza de que ese fuese el día. Se dirigió a la oficina de colocación, pero tampoco hubo suerte, por lo que tuvo que volver como jornadas anteriores a la plaza y acercarse a unos y a otros, pero el día pasaba con el mismo sino que los anteriores. A la vuelta al establecimiento hotelero para el almuerzo le llamaron a la oficina para comunicarle que llegaban nuevos inmigrantes y que tenía que dejar el Hotel la mañana siguiente. Sintió una araña tejer a su antojo por el estómago mientras se dirigía hacia el comedor.

Cuando tocaron diana recogió sus escasos enseres, su ropa, alguna manta y poca cosa más. Tomó su pesada maleta de madera y salió del local. En las afueras estaban, como siempre, los promotores de los *conventillos* con sus camiones; esperaban a los que a diario tenían que abandonar el hotel. Los conventillos, que así los llamaban, eran las casas de inquilinatos. La mayoría de las veces eran propiedades abandonadas por jueces de paz, abogados y otros patricios bonaerenses durante la época en que se produjo la epidemia de fiebre amarilla, muchos años atrás. Las adecentaron un poco y aprovecharon el auge migratorio para alquilar sus habitaciones; el resto de la vivienda —cocina, retrete, patio y lavadero— se compartía entre todos los inquilinos. Allí convivían en condiciones de hacinamiento y una tremenda falta de higiene, motivos más que suficientes para la proliferación de enfermedades, pero era lo menos que se podía esperar de aquella situación.

Uno de los camiones que aún tenía espacio en su cajón llamó la atención de Cayetano. Consultó con el representante, un fornido italiano que había sepultado sus ilusiones tras el volante del camión de un hacendado bonaerense. Él le confirmó que tenían alguna habitación libre en el conventillo Las 14 provincias, en la calle San Juan del barrio de San Telmo, no muy lejos del hotel. Así que cargó sus escasas pertenencias y marchó al nuevo alojamiento.

Cuando llegó y vio el interior del inquilinato un gran vacío se apoderó de él y dos lágrimas grises le recorrieron el alma. Las condiciones que este tenía eran deplorables. Era enorme, cerca de 500 inquilinos compartían aquellas instalaciones. El estado de la antigua casona ahora convertida en conventillo le trasmitía malas sensaciones. No era solo su habitación, era toda la vivienda la que se encontraba en total estado de abandono. De no ser por los inquilinos repartidos por doquier daba la sensación de ser un patio abandonado; todo era viejo, sucio y tenebroso, paredes sin pintura y llenas de desconchados, el suelo del patio de tierra, repleto de charcos, un par de barreños de zinc en el centro del corral que servían de piletones y un grifo ubicado en un rincón que resultaba un verdadero lujo, ya que la mayoría de ellos no disponían de agua potable y esta les era suministrada por los carros de los aguateros. Unos aposentos que le tiñeron de gris la ilusión.

Se apresuró a dejar sus pertenencias en él y marchó a buscar empleo; le habían comentado que la compañía de tranvías había comenzado la

construcción de los túneles para el subterráneo. Caminó hacia el centro en busca de las obras. El cielo se pintaba de algodones de azúcar para endulzarle el amargor provocado por la desilusión.

A pesar del desánimo con el que caminaba Cayetano, ese resultó ser un día afortunado. Lo contrataron de peón. Sintió una gran tranquilidad en su interior, por fin empezaba a trabajar. Aunque él llevaba desde España algún dinero que le cedió su padre, necesitaba reunir algo más. Según le contó su primo precisaba engordar su cartera si quería arrendar o comprar una chacra, que era como llamaban a las divisiones que habían hecho en las riberas del Río Negro para la repoblación, una extensión de terreno que variaba en el número de hectáreas en función de la capacidad económica de los propietarios.

Su pensamiento sobrevoló rápidamente el río de la Plata y atravesó el Océano Atlántico y, como ocurre con las anguilas que nacen en los caños de su Isla y emigran hasta el mar de los Sargazos para esperar allí el momento de su retorno, no paró hasta llegar a La Isla. Ese era el primer paso para poder llevarse a Mercedes. Suponía un momento muy feliz y quiso trasladárselo a sus padres, por lo que decidió escribir una carta, compró papel y lápiz y de regreso al conventillo entró en el bar El Federal que le cogía de paso. Caminaba junto a la barra a través de un aire viciado, tan denso que hacía remolinos con el humo generado por tanto cigarro, se sentó en un rincón, en una mesa redonda con tapa de mármol junto a la ventana para aprovechar mejor la luz del día, ya que el ambiente del bar, sobre el cual había un burdel, era oscuro, y después de pedirse un vaso de vino se puso a escribir sus cartas.

Esa tarde volvía muy contento cuando, al llegar al conventillo, se encontró a todos reunidos en el centro del patio, cerca de la escalera que llevaba a la primera planta. Había un gran revuelo y no tenía claro qué ocurría. En ese, como en todos, había personas de diversas nacionalidades, que rápidamente habían desarrollado suficientemente los sentidos para entenderse entre ellos. Se acercó a escuchar lo que desde la mitad de la escalera algunos gritaban.

Capítulo XVII Miguel Pepe

Cuando ya desesperaban los padres de Cayetano por no tener noticias de su hijo desde que marchó, tuvieron la alegría de recibir una carta. Hacía más de dos meses que había marchado y, aunque iba con su primo, no dejaban de estar preocupados. Durante todo ese tiempo Cayetano solo podía trasmitirles tristezas y amargura y prefirió no hacerlo. Carmen se apoderó de la carta, y tras reunir a todos en el comedor, la abrió y comenzó a leérsela a sus padres.

Palabras que les sirvieron para dejar la zozobra y navegar en un mar de tranquilidad. Les decía que había encontrado trabajo en Buenos Aires, en la construcción del subterráneo y que estaba bien. Les explicaba que en cuanto se hiciese con algo más de dinero para comprar una huerta marcharía a General Roca con su primo. Fueron varias hojas mintiendo cariñosamente, trasladándoles a sus padres las bondades del viaje y el estupendo recibimiento al llegar a Argentina. Quizás por no hacerles ver el fracaso que en cierto modo sufría o para que estos quedasen tranquilos, pero nada que ver con las penurias pasadas ni con las condiciones de hacinamiento en las que se hospedaba en estos momentos.

La última hoja era para Mercedes. Les pedía a sus padres que se la hicieran llegar. Que era muy importante para él. Le contaba sus sentimientos y sus pensamientos:

Hola, Mercedes. Espero que al recibo de esta os encontréis bien, tú y el futuro bebé.

Tuve que tomar la decisión de marcharme, no podía quedar toda la vida entre cuatro paredes. Al final terminarían cogiéndome.

Me costó un infierno dejarte, me costó un infierno dejar a mi gente, me costó un infierno dejar mi tierra, pero no tuve otra opción.

Espero encontrar un buen trabajo aquí en Argentina para que te vengas conmigo. Podemos empezar una vida nueva los dos, bueno, los tres. Juan dice que hay buenas perspectivas. Ya te contaré más adelante.

Sin más se despide de ti este que te ama.

Cayetano

Carmen, que leyó esa hoja para sí, se quedó con ella, y a pesar de que les produjo una tremenda alegría el recibirla, su padre prohibió que se la entregase a Mercedes. Es más, no quedó tranquilo hasta que rompió en mil pedazos esa última hoja. Ramón pensaba que su hijo ya le había hecho bastante daño a aquella familia amiga para continuar hurgando en las heridas.

Al mismo tiempo en el barrio de San Telmo de Buenos Aires algo se estaba cocinando.

—¡Secundaremos la huelga que han empezado en La Boca! —gritaba uno de los vecinos dirigiéndose al resto que escuchaba atento y a la vez encolerizado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cayetano a los que tenía cerca.

—El gobierno de Alcorta le ha subido los impuestos a los dueños y estos nos han subido los alquileres. ¡Un disparate! Una subida de más de un tercio. No podremos pagarlo —le respondió Bustelo, un gallego que estaba a su lado.

—¿Y qué han hecho en La Boca?

—En La Boca se han puesto en huelga todas las familias. Nadie pagará el alquiler hasta que vuelvan a bajar todo lo que subieron y les hagan unos arreglos en las habitaciones.

El ambiente se enrarecía por momentos, apenas llevaba unos meses allí y ya se veía envuelto en una revuelta. La alegría de haber encontrado un primer trabajo se disipó rápidamente. Una vez que los inquilinos se dispersaron subió la escalera y fue a su cuarto. Un habitáculo minúsculo, de paredes mugrientas y un catre sucio con un colchón de lana le hacían pensar si había sido buena idea hacerle caso a su primo Juan. Se desprendió de la chaqueta y la camisa y bajó de nuevo al patio, se acercó a uno de los piletones y empezó a asearse, sudoroso después de todo un día caminando de un sitio para otro. Sus manos llenas de agua fría le servían para dar una bocanada de frescor a la cara y a la cabeza, proceso que repitió en diversas ocasiones hasta que se percató de que el agua le había arrebatado el sudor del rostro y continuó con el aseo para dar por terminada la jornada.

Días más tardes, a la vuelta del trabajo, Cayetano se encontró con un jolgorio en el patio del conventillo. Giuseppe, un genovés que vivía frente a él se había comprometido con una italiana que vivía en la planta baja. La música inundaba el patio, el bandoneón y una guitarra flamenca ponían la música para un tango que bailaban Giuseppe y Antonella.

Un baile nacido precisamente allí, en las zonas más desfavorecidas de Buenos Aires, fruto de la mezcolanza de inmigrantes, entre ellos andaluces e italianos junto al aporte multiétnico de su pasado colonial. El tango andaluz unido a la milonga y otros bailes dieron origen a este sensual ritmo que les servía a los menos favorecidos de la sociedad para hacer visible sus penas.

Él pensaba: «Esta gente pasa de la contienda al jolgorio en un santiamén» refiriéndose a la huelga. Giuseppe y Antonella no dominaban muy bien los pasos del baile, ni tenían el garbo que lucían los que llevaban ya más tiempo practicándolo. Aunque no llevaban mucho en Argentina, parecía que sí el suficiente como para celebrar su compromiso atreviéndose a bailarlo. Cayetano, recién llegado a Buenos Aires, aún no había tenido ocasión de ver este tipo de danza y quedó prendado de ella. Desde aquella tarde procuraba ir a los cabarets a disfrutar de los tangos. Aunque no tuviese mucho parecido

con el tango gaditano, ni con las alegrías ni bulerías de su tierra natal, sí le recordaba el rincón donde nació. En el fondo tenían el mismo cometido, externalizar la tristeza y los problemas de esa sociedad marginada. Así que puso mucho interés en aprenderlo.

Varias semanas más tarde la huelga de los inquilinos trajo consecuencias nefastas.

—Se han unido a la huelga cientos de conventillos —llegó diciendo Miguel Pepe, joven anarquista de solo quince años que había recorrido la mayoría de ellos por todo el centro de la ciudad. Al barrio de La Boca pronto se le unieron los porteños de San Telmo y de Montserrat.

—Pues poneos a cubierto. Vienen los cobradores acompañados de la policía —avisó Giuseppe, que venía de unas calles más abajo.

—Tendremos que plantarle cara —aseveró Miguel Pepe—. Ya han estado en otros conventillos y huyeron con la cola entre las piernas.

—Pero si vienen acompañados de la policía poco podemos hacer —concluyó Cayetano.

—En La Boca los han combatido ni os figurás cómo, dotaron a todos los niños con las escobas de sus casas y con el gesto de barrerlos los empujaron hasta la calle, no se atrevieron a dispararles. Aquí podemos hacerlo también —insistía Miguel Pepe.

—No conseguirán arrancarnos lo único que trajimos de nuestra tierra: la esperanza y la ilusión —aseveraba el gallego Bustelo.

Los inmigrantes, en su mayoría hortelanos y pobres, no estaban dispuestos a abandonar a las primeras de cambio. Asumían que el enfrentamiento era inevitable cuando por la puerta del conventillo Las 14 provincias hacían acto de presencia los cobradores acompañados por la policía que traía orden de desalojo.

El grupo que debatía qué hacer subió a la primera planta y se apertrechó bien.

—Tenés que desalojar los cuartos de inmediato —amenazó el jefe de la Policía desde el centro del patio.

Los inquilinos respondieron que de allí no los echaba nadie y comenzaron a tirar todo tipo de objetos, lo que produjo una verdadera batalla campal. Ante la lluvia de proyectiles y el hecho de que la noche se colaba por las rendijas del atardecer y amenazaba con ponérselo aún más difícil, tanto policía como cobradores optaron por retirarse. Ya volverían a la mañana siguiente.

Cayetano se vio atrapado en aquel desatino. Algunos policías y cobradores resultaban heridos por algún bote o cacerola que les llovía del cielo por lo que era seguro que a la mañana siguiente volverían, si cabía, con más ímpetu.

—Hagamos como en La Boca, cojamos las escobas y salgamos a darles el encuentro antes de que lleguen al conventillo —sugirió Miguel Pepe al

amanecer del día después.

Les hicieron caso y niños y jóvenes salieron con las escobas a la calle para barrerlos de forma simbólica; se adelantaron unas calles, hasta las inmediaciones de la parroquia de San Telmo y justo allí se dieron de cara de nuevo con la policía.

—¡Cuidado! ¡Cuidado! Escondeos que están disparando —avisaba Bustelo.

El miedo se apoderó de todos, niños y jóvenes corrían a ponerse a salvo ya que en la lucha desigual de balas contra escobas ellos tenían las de perder. Esta vez la policía venía dispuesta a proporcionarles un correctivo.

—¡Pssss, piouuu, pssss!...

Cayetano, escondido en el zaguán de una de las viviendas próximas, oía como silbaban las balas delante de él y como caían heridos algunos de ellos.

—¡Cayetano! ¡Cayetano! ¡Ven! ¡Rápido! ¡Han matado a Miguelito Pepe! ¡Le han dado un disparo en la frente! —vociferaba Giuseppe para que fuese a ayudarles. Había que retirar a los heridos.

Una vez que la policía se dio cuenta de la gravedad que tomó el enfrentamiento —pretendía darles una lección, pero no matar—, se replegó y dejó de hostigar por ese día.

Estos hechos hicieron que Cayetano desistiese de seguir en la disputa. En esas condiciones aquella lucha no tenía visos de triunfo, así que empezó a darle vueltas a la posibilidad de utilizar el billete de tren que le proporcionaron y dirigirse hacia el sur, a Río Negro, donde trataría de encontrar a su primo Juan.

Capítulo XVIII Camino a Río Negro

Algunas lunas más tarde el vientre de Mercedes ya mostraba una pronunciada curva de vida. Era lo único que le proporcionaba algo de alegría ya que su existencia le continuaba destilando amargura. Curva que ya le resultaba pesada para subir desde la huerta hasta la avenida de la Constitución, un camino agreste y con un pronunciado desnivel, lo que provocaba que saliese a la ciudad aún menos de lo que ya lo hacía.

Se acercó al ultramarino de los gallegos para comprar algunos productos que les hacían falta. Dejó pasar el tranvía que marchaba con dirección a Cádiz cuando al cruzar la carretera vio venir a lo lejos a Carmen, la hermana de Cayetano. El corazón le dio un vuelco, por fin iba a poder saber algo de él. Hizo tiempo hasta que esta llegó a su altura.

—¡Hola, Carmen! ¿Sabéis algo de Cayetano? —preguntó con voz entrecortada, ansiosa y temerosa a la vez.

—¡Hola, Mercedes! ¡Qué gorda estás! Ese crío va muy rápido. Tiene pinta por lo picuda que tienes la barriga de que va a ser una niña.

—No sabes las ardentías que me está provocando, creo que tendrá mucho pelo. Yo también pienso que será niña.

—Mi hermano está bien, al menos eso nos cuenta en la carta que recibimos no hace mucho. Acaba de encontrar trabajo en Buenos Aires.

—¿Y qué os cuenta? ¿Cómo es aquello? ¿Cómo está?

—De eso no nos ha dicho mucho, solo que está bien y que más adelante nos irá contando más cosas.

Mercedes quedó unos segundos en silencio, como si no se atreviera a preguntar nada más aunque realmente lo estaba deseando.

—Me alegro de que esté bien. Voy a los gallegos a comprar. Me ha dado mucha alegría verte.

—Adiós, Mercedes —se despidió Carmen mientras reanudaba su camino.

Había recorrido unas decenas de metros y el remordimiento no la dejaba tranquila. Se paró y tras girarse rápidamente gritó:

—¡Mercedes! ¡Mercedes!

Esta se volvió al escuchar su nombre a gritos y vio a Carmen que volvía apresuradamente.

—¡Dime! ¿Qué ocurre?

—En la carta venía una última cuartilla para ti. Mi padre no quiso que te la entregase y la terminó rompiendo, pero no puedo callármelo. Tienes derecho a saberlo.

—¿Y qué decía?

—Te escribía que tuvo que tomar la decisión de marcharse porque no podía estar encerrado en un zulo toda la vida, también que le costó un infierno dejarte, a ti y también a su familia y a su tierra.

»Que trataría de encontrar un buen trabajo para venir a por ti y por tu niña… porque será una niña, estoy segura. Decía también que te quiere mucho.

Mercedes, a la que al principio se le iluminó la cara, terminó llorando a lágrima viva, y se le quedó una cara incapaz de hacer mostrar ni un gesto, ni siquiera palabra alguna. Quedó en silencio, roto solo cuando Carmen le dio un abrazo. Fue entonces cuando dijo:

—Por favor, avísame si vuelve a escribir. Quiero saber de él.

Semanas después del asesinato del joven anarquista Miguel Pepe, Cayetano, con sus brazos reposados sobre la barandilla de la planta alta del patio, miraba con gesto serio el fluir del tiempo. Contemplaba cómo una mujer rusa lavaba sus ropas en el piletón mientras los críos correteaban de una esquina a otra del patio. Giuseppe, desde la base de la escalera hablaba con Antonella, que se encontraba unos escalones más arriba que él, ambos apoyados sobre el pasamano; seguramente hacían planes de futuro para ir dándole forma a su reciente compromiso. Pero Cayetano veía en aquel ambiente mucha oscuridad, mucha más que la que irradiaban esas paredes desconchadas y sucias y ese suelo enfangado, y no precisamente porque el cielo estuviese nublado ya que ese día ofrecía un azul radiante, ni por la huelga en la que estaban metidos. Era una oscuridad que nunca esperó encontrar en esta nueva tierra, en la que ansiaba descubrir esa luz de la que hablaba su primo para poder mitigar un poco la amargura que se trajo de España.

Aunque aceptaba pasar un infierno para alcanzar el paraíso pensó que no era ese el futuro que vino a buscar, así que terminó de decidirse, metió en la maleta sus prendas e hizo un hatillo con el resto de las escasas pertenencias que tenía… y a buscar nuevos aires. Se plantó en la impresionante estación Constitución. Remodelada hacía poco tiempo; se le había proporcionado un estilo barroco afrancesado para el que se tomó como referencia la Maisons-Laffitte, un castillo francés del siglo XVII. Estaba muy cerca del puerto y de su barrio y era la estación desde la que partían todos los trenes con destino a la frontera patagónica.

Hizo valer el billete de tren que le proporcionaron a su llegada y que guardaba como oro en paño, y esperó sentado en el andén a que su tren partiese con dirección al sur. Le aguardaban muchas horas de duro traqueteo hasta llegar a Bahía Blanca y desde allí poder continuar por el reciente camino de hierro a General Roca y Neuquén, con apenas unos años de construcción.

Durante esas horas dio un repaso a su vida desde aquel fatídico día en que un ataque de ira le hizo pelear con Manolo. Pensaba que lo que ocurrió fue inevitable, enamorado de Mercedes como estaba y ella de él. Maldijo el servicio militar que lo llevó a Ceuta y le apartó de ella durante veinticuatro meses, meses que consideró primordiales ya que justo antes, durante la Velada del Carmen de aquel año habían iniciado una relación que seguro habría fructificado en un noviazgo. El hecho de que su padre la

comprometiese con Manolo sin gustarle ni quererlo le pareció una total aberración más propia de épocas pasadas.

Su estado de ánimo se resentía a la vez que crecía la ira en su interior en la medida que recordaba momentos. La visión tras las ventanillas del tren le mostraba unas extensas llanuras que se perdían en el horizonte, kilómetros y kilómetros de terrero absolutamente llano que, como si de un mar se tratase, le provocaba una sensación de monotonía tal que lo hacía volver de inmediato al motivo principal de sus divagaciones… la brutal paliza que Manolo le propinó a su mujer gestante que pudo provocar la desgracia de su embarazo. Ese fue el motivo principal por el que perdió los nervios, aunque se lamentaba de que a pesar de todo, fue la suerte la que lo abandonó, ya que si no hubiese sido por la postura en la que quedó aquella bierga en el suelo no le habría ocurrido nada, salvo algunos moretones como ya había ocurrido en otra ocasión. Pero los dados estaban echados y ahora se veía montado en un tren a miles de kilómetros de su tierra, por una enorme llanura que ahora se parecía aún más al mar. Ondeaban al viento las extensas superficies de dorados trigales que convertían a Argentina en un enorme granero. Estampa plena de monotonía que se rompía al observar a unos jinetes que galopaban sobre corceles españoles; eran gauchos que boleaban al ganado en los potreros.

En cuanto volvió a percatarse de las inquietas olas que producían las espigas de trigo recordó lo mal que lo había pasado en la travesía por el océano Atlántico; dos semanas de dura navegación, con temporales que hacían que el Infanta Isabel de Borbón se moviese como cáscara de nuez a merced de las olas; la tuberculosis y el cólera, el miedo a morir, el miedo por su primo y por sus sobrinas… Un sufrimiento indescriptible y todo para poder continuar con la ilusión de rehacer su vida en Argentina con Mercedes.

Aún quedaban unas horas para llegar y seguía dándole vueltas al cambio que había dado su vida en unos meses. La estancia en los conventillos, la podredumbre que se respiraba en ellos, la miseria y las enfermedades, brotes de cólera que también le preocuparon sobremanera y por último y más decisivo, la huelga de inquilinos y el asesinato de Miguelito Pepe, anarquista porque tenía que serlo, pero un crío aún de apenas quince años. Eso fue la gota que colmó el vaso de su paciencia y el motivo por el que ahora estaba subido en un tren a punto de llegar a Bahía Blanca. Unas horas más y estaría en General Roca.

Cayetano desesperaba durante la hora que estuvo parado el tren en Bahía Blanca, donde se realizaba el cambio de máquina y el llenado de los tanques de agua de los coches, como ya ocurriera en Olavarría, una población a mitad de camino entre Buenos Aires y este lugar. Todavía quedaba para llegar a la estación Fuerte General Roca, que se encontraba a algo más de quinientos kilómetros.

Mientras, seguía pensando... El trabajo no aparecía como él imaginaba. Le hicieron ver que había necesidad de mano de obra, que le darían tierras y

maquinaria, y nada más lejos de la realidad. Quizás años atrás fuese así, pero ahora, con la cantidad de inmigrantes que habían decidido ir a Argentina todo se había desvirtuado, devaluado. De trabajos dignos pasaron a ser trabajos esclavistas con sueldos de miseria y condiciones de vida paupérrimas. Nadie se encargaba de conseguir el arraigo del trabajador a la tierra ya que enterraban el arado en surcos que no eran suyos, que eran de los terratenientes, nacionales y extranjeros, que financiaron las operaciones del desierto. Esto le hizo pensar una vez más si había merecido la pena embarcarse en esta aventura, aunque al mismo tiempo se decía que si su primo Juan lo había conseguido, él también lo haría.

Como estaba previsto Cayetano ponía los pies en la tierra de General Roca al atardecer. Abordó a un transeúnte y preguntó por las señas que le había dado su primo Juan.

—Tenés que caminar hacia el sur —le contestó al tiempo que le indicaba la dirección con la mano extendida—. Aproximadamente a media hora, muy cerca de uno de los recodos del río.

—Gracias —respondió Cayetano e inició enseguida el camino con dirección al río. La suave pendiente descendente del mismo le favorecía para que le fuese más llevadera la carga que portaba, la maleta y un par de hatillos, que eran todas las pertenencias que tenía en la nueva tierra. Ya se había puesto el sol cuando llegó a la chacra de su primo, pero las nubes violetas del crepúsculo aún proporcionaban una bonita claridad. Suficiente para poder caminar sin problemas entre chacras del extrarradio del pueblo.

Capítulo XIX Manuela

El cambio de luna de septiembre hizo que Manuela llegase a este mundo un poco antes de lo previsto. Tal y como le presagiaron algunas mujeres, que de eso saben mucho, incluida Carmen la hermana de Cayetano, fue una niña preciosa, morena y con mucho pelo. A Mercedes no le gustaba mucho ese nombre pero fue una imposición de su marido; su madre se llamaba así y él también, y todo esto a pesar de que desde que ocurrió aquel percance, hacía ya muchos meses, él había perdido toda la ilusión por el crío. Ella no pudo hacer otra cosa que aceptarlo.

Fue inevitable que a Mercedes le aflorasen los recuerdos. Para ella era un momento especial. Sin duda alguna el más especial en la vida de una mujer. Poder tener entre sus brazos… poder ver… poder sentir junto a ella el milagro de la vida que durante muchos meses había estado formándose dentro de sus entrañas, alimentándose de su propia existencia, de sus alegrías y sus tristezas, y del amor que solo una madre sabe dar, supuso la mayor de las alegrías. Por ello estaba tremendamente feliz pero a la vez la minaban los temores: cada vez que miraba a Manuela veía en ella los rasgos de Cayetano y pensaba en lo lejos que este se encontraba, a la vez que le angustiaba no volverlo a ver nunca más. Temía por Manuela. Que su padre la rechazase si, como ella pensaba, la cría a medida que creciese se fuese pareciendo más a Cayetano.

Hacía dos meses que había dado a luz y Mercedes aprovechó que se tenía que acercar a la población para, venciendo sus temores, aproximarse hasta Las Chozas, que era su punto de información más cercano, y así ver si los tíos de Cayetano tenían noticias de él. Trató de hacerlo de forma apresurada porque, si bien su marido estaba con sus labores en la huerta, no quería que la viesen por allí y pudiera llegar a oídos de él.

Iba pavoneándose con su niña cada vez que salía a la calle, orgullosa de su bebé, mostrándola a todos y con ella en el cochecito llegó hasta Las Chozas.

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta!

Enriqueta, que se encontraba dejando los nudillos en la tabla de lavar mientras realizaba la colada en el callejón que había al fondo del patio, donde se ubicaba el lavadero, salió al escuchar su nombre y se dio cuenta de que era Mercedes. Se acercó a ella y tras prestarle una primera atención al regalo que llevaba en el cochecito le preguntó:

—¡Hola, Mercedes! ¿Cómo tú por aquí? al tiempo que le decía—: Qué monería de niña, es preciosa.

—Gracias, Enriqueta. Pues venía a ver si tenían ustedes noticias de Cayetano, hace mucho que no sé de él.

—Solo sabemos que está bien y que ahora trabaja con su primo Juan. En

la última carta así se lo contó a sus padres. Es todo lo que puedo decirte.

Poco provecho sacó de tanto riesgo. Sí, se enteró de que estaba bien, pero poco más. Tras despedirse de Enriqueta se encaminó de nuevo a su casa. Por el trecho fue pensativa y con sentimientos encontrados que hicieron que se le escapase alguna que otra lágrima. Ella era una persona temerosa y muy indecisa y no paraba de reprocharse, una y otra vez, la ocasión que tuvo de haberse ido con él, y en la otra cara del sentimiento… él había enviado una nueva carta y no se acordó de enviar una hoja para ella. Eso pensaba, porque de lo contrario, Carmen, la hermana de Cayetano, se la habría llevado o al menos se lo habría comentado; así se lo pidió la última vez que la vio. Pensaba que su rechazo le había afectado demasiado y que por ello se había olvidado de ella.

Mientras tanto, Enriqueta se decía para sus adentros: «Sí que tiene que querer a mi sobrino para continuar arriesgándose de esa manera, y la niña tiene un cierto parecido a él».

Mientras que en La Isla estaban a las puertas del invierno, en General Roca se esperaba la llegada del verano. El calor y el fuerte viento del norte hicieron que Cayetano llegase a la chacra de su primo entre la sinfonía permanente que le brindaban las hojas de los álamos mientras arañaban al aire y el sudor que lo empapaba totalmente. Aun así le proporcionó una tremenda alegría el verlos de nuevo. Venía de pasar unos oscuros meses en la capital y hacía tiempo que no se veían. Había transcurrido un año desde que Domingo vino a Argentina y el resto hacía ya unos meses desde que hicieron el viaje con él.

Ahora tendría una ardua tarea. Tratar de encontrar una chacra para arrendar ya que hacía unos lustros, desde que iniciaron la tarea de poblar el desierto, que aquello ya no era lo que habían prometido. La totalidad de las tierras de la Pampa y Patagonia se repartieron entre un pequeño grupo de terratenientes y comerciantes de Buenos Aires, incluso extranjeros, en definitiva entre aquellos que aportaron ayudas económicas para las campañas militares. Las tierras que prometían para los colonos que acudiesen a poblar el desierto quedaron convertidas en una carga de desánimo ya que el arado quebraba y surcaba la tierra a manos de los inmigrantes y los beneficios de las cosechas se los llevaban otros. Aun así no podían hacer otra cosa que afianzarse allí y en un futuro intentar comprar su propia tierra.

Cayetano escribió a sus padres para informarles de que se encontraba bien de salud y que estaba a la espera de encontrar su tierra, y a Mercedes continuaba escribiéndole la última cuartilla. Una tiernas palabras para recordarle lo que la amaba y que hacía todo lo posible para asentarse con seguridad y poder venir a por ella y su criatura. Porque allí, sentado en la mecedora, junto a la balaustrada del porche de su primo Juan y mientras caían las últimas lluvias de la primavera, con un halo reminiscente miraba hacia el sur, contemplaba el muro de rocas que conformaba la frontera con la meseta del árido y ralo desierto. Hacía sus cálculos. Él sabía que lo que tuviera que

nacer ya lo habría hecho y ansiaba el poder tenerlo entre sus brazos.

Algún tiempo después Cayetano firmaba el documento que lo convertía en chacarero[16] de cinco hectáreas de terreno que podrían proporcionarle lo que necesitaba. Aunque no tenía una buena ubicación, ya que estaba en la zona del pueblo viejo, en esos terrenos que años atrás resultaron inundados.

Hacía solo un par de meses desde que llegó a General Roca y ya lo había conseguido. Distaba unos cientos de metros al norte de la de su primo Juan. Ahora tenía ante sí una dura tarea… Había que desmalezar el terreno, arrancar los espinosos alpatacos[17], alambrar y sustituir el pasto silvestre por otros más productivos, maíz o trigo, ya que por aquellas fechas Argentina aprovechaba estos nuevos recursos para suministrar al mundo sus productos.

Fueron unos meses muy duros: su primo no podía ayudarle y tuvo que afrontar solo todas las labores de su chacra. Pero la ilusión le ayudó a pasar el invierno de su calvario, porque justo después de recoger las primeras siembras, aprovechó que durante el mes de septiembre se paraba la actividad con el fin de airear las tierras para viajar a su casa. Estaba deseando ver a sus padres y por supuesto traerse a Mercedes y al crío.

Capítulo XX La luz y el olor a Cádiz

Aprovechó el parón de septiembre, tras el invierno argentino, un tiempo que resultaba el más apropiado para dejar descansar la tierra antes de las nuevas siembras, para realizar un viaje cargado de ilusión. A pesar de tener que pasar por las mismas calamidades que sufrió en su anterior viaje, esta vez las sobrellevaría de otra manera. No obstante también se le hizo eterno, primero el tren hasta Buenos Aires y después, aprovechando un dinero que le prestó su primo, conseguía embarcarse de polizón y realizar la travesía a bordo del vapor Reina Victoria Eugenia, gemelo del que utilizó para hacer el viaje de ida a Argentina, el paquebote Infanta Isabel de Borbón. Los pocos ahorros que había conseguido reunir los reservaba para la vuelta junto a Mercedes.

Resultaba ser un viaje demasiado largo en distancia y tiempo para conseguir estar en su tierra apenas unos días, pero la recompensa era grande. Volver a ver a su familia, y sobre todo a Mercedes y a su hijo. Cuando el buque entró remolcado por el práctico en la dársena del puerto de Cádiz miró con ternura lo que había dejado atrás hacía ya un año, la luz y el olor a Cádiz. Le produjo una tremenda sensación de felicidad y aunque los ojos le brillasen tanto que quedaban al borde del derrame, esta vez era por otro motivo: si en aquella ocasión fue por la amargura, en esta era por la alegría.

Era tal el ansia por llegar que hasta el camino desde Cádiz se le hizo largo. Cuando observó la cancela de hierro de entrada a su huerta la ilusión le hizo correr al encuentro de los suyos, que no sabían de su viaje, ya que la correspondencia tardaba casi el mismo tiempo que él en llegar. Al verlo, corrieron todos a fundirse en un abrazo colectivo y después de unos minutos entre besos y abrazos se sentó a responder algunas de las preguntas con las que le bombardeaba su familia.

Les contó la situación actual, que tenía una chacra de cinco hectáreas, un poco más pequeña que la de su padre, pero suficiente, de la que ya había conseguido una cosecha y les contó lo contento que estaba… pero se le olvidó detallarles la cantidad de problemas, de miserias, que había pasado hasta llegar a General Roca. Pensaba que para qué los iba a preocupar, no quería que dedujeran que aquella aventura había resultado un fracaso.

Les hizo una lectura muy rápida de los muchos meses pasados y les prometió que ya hablarían con más detenimiento, que aún estaría unos días antes de volver a marchar. El motivo de las prisas no era otro que el ansia que tenía por acercarse a ver a Mercedes y contarle su proyecto, máxime cuando se enteró por Carmen de que no le habían entregado las cartas que para ella envió.

Por amor ignoró el riesgo que corría, no sabía si todavía estaba en busca y captura y aun así decidió verla. Bordeó los carriles para evitar ser visto por transeúntes y hortelanos y así poder acercarse sin problemas a su portillo, y

esperar tras el chumbal el momento adecuado para saltarlo y acercarse raudo y veloz hacia el pajar de la huerta de Mercedes, ese sitio cómplice que con su más absoluto silencio presenció tantos momentos de amor entre ellos. Corrió a ver a su amada y su retoño. Estaba desesperado, deseaba contarle todo sobre su viaje y estancia en Argentina y cómo era el sitio que había elegido para vivir los tres.

Mercedes se encontraba en la mecedora de su suegra y arrullaba sobre el regazo a Manuela a la vez que miraba por el ventanal como hacía desde tanto tiempo atrás, cuando se sentaba después de la sobremesa a esperar que se marchase el día. Por un momento Mercedes abrió todo lo más que pudo sus ojos porque pensó que estaba viendo un espejismo cuando al mirar hacia el portillo lo vio saltar. Le provocó tal impresión que se le iluminó el alma, un alma que llevaba algo más de un año apagándose sin remisión. Se apresuró a levantarse y temblorosa colocó a la pequeña Manuela en la cunita de mimbre, la cubrió con la gasa que colgaba del dosel para que los insectos no la molestasen y corrió al exterior. Su corazón palpitaba como si este quisiese llegar antes que ella al nido de amor.

—¡Hola, Cayetano! —gritó y sin esperar respuesta alguna se agarró a su cuello en un fuerte abrazo. Sus lágrimas se derramaban ya sin control.

—¡Ho…!

Solo esto le dio tiempo a pronunciar a Cayetano, que de inmediato se vio abordado por un apretado abrazo y un sensual beso que lo dejó sin capacidad de reacción. Parecía que Mercedes había aparcado sus miedos. El tiempo que llevaban sin verse y la sensación que ella tenía de que lo perdería para siempre hicieron que sin mediar palabra se entregasen a los actos más lascivos de cuantos encuentros habían tenido. El temor a perderlo provocó que, sin dudar ni un momento, dejase de lado su tremenda timidez. En esta ocasión, a pesar de la ansiedad motivada por las dudas, disfrutaron pausadamente de los juegos que sus mentes deseosas les proponían. El deleite de observar los cuerpos desnudos los elevaba a la cúspide una y otra vez, necesitaban integrarse el uno con el otro y se entrelazaban sin descanso mientras las manos, necesitadas de acariciar, no dejaron promontorio ni depresión sin explorar, ni los labios trozo de piel sin besar. Un prolongado beso hizo que sus entrañas ardieran como volcán en erupción, el colchón de paja que tantas veces acurrucara su amor resistía los envites de tanta pasión contenida. Sus jugos se mezclaron en una interminable sinfonía de amor… Perdieron la noción del tiempo y el temor a ser descubiertos.

Sudorosos y extasiados retomaron la compostura mientras volvían las preguntas.

—¿Y el niño? ¿Está bien? ¿Cómo se llama? —Una batería de preguntas que ponía de manifiesto la ansiedad que sufría Cayetano por ponerse al día.

—Niña. Es una niña y se llama Manuela.

—Manuela, qué nombre más bonito. Como mi hermana. ¿Puedo verla?

—Ahora está dormidita. Se parece mucho a ti.

Ese comentario llegó al alma de Cayetano, al que se le pintó la cara de una alegría desbordante, como ocurría antes de la fatídica pelea.

—¡Quiero verla! —insistió con vehemencia.

—Espera un momento, voy a por ella.

Mercedes la cogió con dulzura y suavidad para evitar que se despertase y la llevó en brazos hasta el trasero de la casa. Cuando se la mostró a Cayetano a este le pudo la emoción. Le costaba poco poner de manifiesto una y otra vez lo sensible que era. La niña era preciosa y se veía reflejado en ella. Para él no había dudas. Era su hija.

Mercedes le pidió que se marchase, llevaba mucho tiempo allí y el temor de que alguien los viese volvió a sobrepasarla.

—Tenemos que hablar. Tengo mucho que contarte.

—En otro momento. Ahora vete… ¡Por favor!

Él atendió su ruego y procurando que nadie lo viese volvía a casa con la alegría instalada en su rostro; un halo de luz iluminaba allá por donde pasaba. No esperaba ese recibimiento ya que en un año ni siquiera le había escrito ni una sola nota que le hiciera atesorar alguna esperanza. Venía con las dudas de ser él solo el que estaba ilusionado con este amor.

Cerca de su casa se encontró en el camino a su hermana Carmen que al verle tan feliz le preguntó:

—¿De dónde vienes con esa cara de felicidad?

—Es igualita a mí, hermana… igualita a mí.

—¿Quién? ¿De dónde vienes?

—Manuela, la hija de Mercedes. Es preciosa y se parece mucho a mí.

—¡Chiquillo! ¿Otra vez has ido a verla? Con riesgo a que te cojan, porque aunque Manolo se puso bien no sé yo si la orden de busca y captura seguirá activa.

—Quiero que se vengan conmigo. No se lo digas a nadie.

Su hermana le contestó que estaba loco al tiempo que reanudaba su marcha. Pero en su pensamiento iba instalada la felicidad que había contemplado en el rostro de Cayetano.

Mercedes, cuando volvió a entrar en la casa, se sentó de nuevo en la mecedora con la niña entre los brazos. La apretaba contra su pecho como queriéndole trasmitir algo de la felicidad que aún irradiaba.

No se podía creer lo que le acababa de ocurrir. Llegar así, de improviso, fue una gran sorpresa que trataba de digerir mientras miraba a su retoño con dulzura, trataba de trasmitirle sus sensaciones para que ella las fuese asimilando. «Tu padre está aquí, ha venido a conocerte», le susurró en su diminuto oído.

Capítulo XXI No se lo pudo decir

El encuentro fue tan codiciado, tan anhelado, que estuvieron todo el tiempo absortos en los sentidos, tan sumidos en desfogar su amor que no dedicaron ni un segundo en hablar absolutamente de nada más.

Pero poco dura la alegría en casa del pobre y por un momento, mientras seguía meciéndose, a Mercedes le surgieron dudas. No habían hablado de nada más y en consecuencia no sabía si había vuelto de manera definitiva, ahora que Manolo ya había sanado, o si por el contrario se volvería a marchar. Las dudas hicieron que desapareciera la tremenda ilusión que le produjo la visita y rápidamente la alegría se convirtió en tristeza, cuando menos en preocupación, y le acució la necesidad de abrazar con más fuerza aún a Manuela.

Al final del día, dentro de su cabeza comenzaron a revolotear los fantasmas que durante tantos meses camparon a sus anchas. Mientras tanto, Cayetano tenía en la suya una algarabía en el lugar que previamente ocupaban los fantasmas. Ahora mismo su cabeza solo le daba vueltas a cómo encontrar de nuevo un momento para volverla a ver y así poder contarle el proyecto que tenía pensado para los tres. Aun así debía moverse con sumo cuidado ya que todos desconocían si la orden de búsqueda todavía se mantenía en vigor, aunque hacía ya mucho tiempo que los comisarios no venían a preguntar por él.

No disponía de mucho tiempo ya que debería volver a coger el mismo barco que lo trajo desde Argentina. Tras llegar este hasta Barcelona volvía a iniciar la ruta hasta Montevideo y Buenos Aires con escala en Cádiz.

Un par de días más tarde intentó verla de nuevo. Esperó su momento y en cuanto se aseguró que Manolo se había marchado para un buen rato asaltó de nuevo la propiedad.

—¡Pssh! ¡Pssh! —siseó Cayetano oculto tras unos matojos para atraer la atención de Mercedes. En cuanto esta se apercibió, corrieron los dos a su sitio de encuentro.

—Hola, Cayetano —saludó a la vez que se prendía de su cuello y le daba un largo y apretado beso.

En cuanto se separaron él comenzó a contarle, no había tiempo que perder, quedaban muy pocos días para decidir antes de que partiese el barco desde su muelle en Cádiz:

—Anteayer nos pudo la pasión y no hablamos de nada, ¡y me gustaría contarte tantas cosas!... Tengo una huerta en Argentina, chacra le dicen allí. Después de un duro año he conseguido encontrar una, es grande, once *lanzás*[18] de tierra, suficiente para garantizarnos el futuro.

»Me costó un infierno dejarte, Mercedes. Y después tuve que hacer una travesía por ese mismo infierno hasta llegar a General Roca, donde encontré la

huerta, allí la tiene también mi primo Juan. El viaje, las condiciones infrahumanas en Buenos Aires y los duros meses de trabajo solo, hasta conseguir la primera cosecha, merecieron la pena si ahora podemos vivir los tres allí, una nueva vida en un lugar nuevo y en plena expansión—. Mercedes frunció el ceño cuando escuchó lo que acababa de ofrecerle Cayetano—. Pero por fin ya está todo bien, debo volver pronto, en breve hay que comenzar a preparar la tierra de nuevo; ten en cuenta que la época del año allí es distinta, cuando aquí es verano allí es invierno.

»Quiero que os vengáis conmigo, las dos, tú y la niña. Comenzaremos allí un nuevo caminar, todos juntos.

Mercedes quedó en absoluto silencio. Se confirmaban los temores que la asaltaron días antes. No venía para quedarse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cayetano ante tal actitud.

Mercedes continuaba en silencio, no soltaba palabra. Llevaba un año arrepentida de su forma de proceder y sin embargo ahora era incapaz de pronunciar palabra alguna.

—¿Qué ocurre, Mercedes? —volvió a insistir Cayetano, esta vez con un tono más apocado—. ¿Hay algún problema? Por tu recibimiento de anteayer pensé que te ilusionaría mi propuesta.

Mercedes comenzó a llorar a la vez que continuaba sin romper ese inquietante silencio. A Cayetano le extrañó aquella situación y comenzó a inquietarse.

—Me estás preocupando. ¿Qué ocurre? ¿No te vienes conmigo? ¿Por qué no dices nada?

Después de un largo silencio, roto solo por los suspiros entrecortados que producía Mercedes con su llanto, esta se decidió a hablar, y lo hizo para explicarle que no podía marcharse con él. Que la perdonase pero que quería que se marchase. Que necesitaba estar sola.

Aun sin comprender qué había ocurrido para ese cambio tan drástico en solo unos días, con el deseo de continuar bombardeándola a preguntas y muy a su pesar, se calló y le hizo caso. Se marchó, cabizbajo, como si el peso del mundo se hubiese apoyado sobre sus hombros. Él venía de Argentina con dudas, dudas que rondaron su cabeza muchas veces durante todo ese tiempo, ya que no había recibido carta alguna de ella desde que marchó, pero que se disiparon después del recibimiento que tuvo días antes: esa manera de entregarse, de apropiarse, solo podía ser de alguien que estaba profundamente enamorada.

Ella mientras tanto retornaba a su mecedora, volvía a su ensimismamiento, a su estado de amargura anterior. No dejaba de llorar y maldecirse una y otra vez repitiéndose: «No se lo puedo decir, no se lo puedo decir»…

Capítulo XXII El desarraigo

Apoyado sobre la barandilla del barco, Cayetano, al que la fría brisa del mar en la cara le ayudaba a disimular las lágrimas, lloraba desconsolado. De ninguna manera esperaba realizar el viaje de vuelta en tales circunstancias. El primero fue duro pero la ilusión le puso el árnica necesario para aliviar el dolor y proporcionarle las fuerzas necesarias. Esa ilusión motora del mundo… la que te permite llegar hasta las metas más lejanas e inaccesibles, esta vez le había abandonado. Intentó varias veces más ver a Mercedes antes de partir pero esta se negó rotundamente, no quiso darle más explicaciones.

Ahora no podía ni siquiera plantearse la vuelta. Todos sus ahorros los había invertido en ese frustrado proyecto de futuro para él y su nueva familia al que se vio arrastrado por un golpe de mala suerte. Esta iba a resultar una travesía tremendamente dura. Si ya le costó un infierno dejarla, si ya le costó dejar todo la primera vez, ahora se presagiaba mucho peor.

Después de tantos días de penurias entre el barco y el tren llegó por fin a General Roca. Iba mal, tan mal que decidió pasar primero por la chacra de su primo, cerca del río. Necesitaba hablar con alguien de su fracaso.

—Hola, Juan.

—¿Qué te ocurre, Cayetano? ¿Por qué vienes tan serio? ¿Vienes solo?

—¡No me quiere, Juan!... ¡No me quiere! —Se le rompió la voz y terminó derrumbado—. Me echó de su casa y rechazó venirse conmigo. No sé qué voy a hacer. Vine dándole muchas vueltas durante el viaje pero poco puedo hacer, nada más que una *jechuría*[19]. No tiene ningún sentido seguir aquí pero tampoco me puedo marchar; invertí todos mis ahorros en esta huerta.

—No digas tonterías, Cayetano. Todo se arreglará. Ya hablaréis más adelante, no desesperes. Deja pasar un tiempo.

—¡No sé! Ha sido muy desconcertante. La vi tan animada… tan contenta de verme que no entiendo ese cambio de actitud en unos días.

Después de desahogar las penas con la familia durante bastante tiempo y sin haber conseguido consuelo alguno que le aliviase a pesar del esfuerzo de su primo, decidió marchar a su casa. No consiguió deshacerse de la pesada carga que sobre su alma había traído desde España.

Cayetano marchó hacia su chacra poco convencido de las alternativas que le ofrecía el primo. Le costaba trabajo impulsar el cuerpo en aquella dirección, como si este hiciera resistencia porque no quisiese llegar nunca. Sabía que a partir de ese momento el nuevo garabato que le hacía la vida le obligaría a empezar de nuevo y no le apetecía en absoluto. Presentía tiempos difíciles.

Una vez que llegó a su casa, y antes de entrar, descansó un momento sobre el banco que tenía en un lateral de la puerta y observó la tierra. Su tierra… la mala hierba que había crecido durante este mes y sin darse cuenta, como las alondras levantan el vuelo cuando acechan el peligro, él había vuelto

a volar hasta ese momento en que Mercedes le dijo que no, que se marchase. Trataba de entender, pero su mente no veía luz, no tenía capacidad y entre dudas se encontraba de nuevo mirando los terrones de tierra y pensando en el futuro que tenía por delante. El desarraigo, que durante un año apenas notó gracias a la ilusión que lo alimentaba, hacía mella en él ahora. Lo sentía arañarle el alma, había perdido sus raíces… y las ganas de volver a encontrarlas, y por otra parte tampoco se sentía argentino. Ni españoles ni italianos, precisamente los más numerosos en el proceso de inmigración, fueron bien recibidos por los argentinos, que preferían colonos de otros países europeos como Francia, Alemania o Suiza. Así que en estos momentos se sentía un alma en pena sin ningún lugar donde enraizar, porque si el desarraigo siempre resulta duro, cuando has nacido en el sur de España, en Cádiz, con la idiosincrasia del pueblo andaluz, lo es mucho más. Solo contaba en esta tierra con el apoyo de algunos familiares y amigos que también eran inmigrantes.

Nada conseguía tranquilizarlo. Quizás el laboreo de la tierra, que tendría que comenzar en unos días, lo consiguiese. El duro trabajo que tenía por delante haría que el tiempo pasase rápido y el devenir del tiempo es buena medicina para cicatrizar las heridas del alma.

Capítulo XXIII Paseo entre álamos

Abandonó todo, incluso el aseo personal. Un hombre como él, apuesto y atractivo, desatendió su aspecto y solo se dedicó a trabajar la tierra. Una tierra a la que, aun sin ser suya, destripaba con la yunta y abría surcos con el arado para depositar los granos que darían la próxima cosecha. A pesar de ello, lo hacía casi de manera inconsciente, como un autómata, solo aplicaba los conocimientos adquiridos en la huerta de sus padres durante años, pero sin ilusión alguna, con su cabeza vacía… Estaba sin estar.

A pesar de la soledad en la que se encontraba, dejó de visitar a la familia, y así pasaban los meses: sus bestias, su perro y su trabajo en el campo. De esta manera vio pasar el invierno, la primavera… cada vez más abstraído. La enorme herida recibida no terminaba de cicatrizar. Es más, parecía que aquel día en el que Mercedes le comunicó que no se iba con él, le transmitió además algún tipo de virus hemorrágico, porque lejos de cicatrizar, al menor roce que le proporcionaba los recuerdos, la herida volvía a sangrar. Aunque él respetaba los deseos de Mercedes y se había hecho promesa de olvidarla, de olvidar todo lo relacionado con ella, incluso su retoño, era demasiado doloroso y le resultaba imposible cumplir la promesa. Hasta que no lo consiguiese no pondría a cero el contador de la vida para así poder comenzar con un nuevo proyecto.

Habían pasado muchos meses cuando recibió la visita de su familia. Tío, primos y los hijos de estos, acudieron en ayuda de Cayetano, que tenía una ardua tarea por delante. La última cosecha, a pesar de sus quemas de rastrojos al atardecer para así generar la cantidad de humo suficiente y evitar las heladas, resultó arruinada por estas y eso les hizo ver que era el momento de cercar toda su chacra con álamos, como tenían ya la mayoría de los chacareros. Serían de un tamaño medio, suficiente para que delimitaran su terreno y les proporcionase una cortina de protección contra las heladas y los vientos que, aunque con menor fuerza a como soplaban en la meseta patagónica, llegaban y estropeaban las cosechas, sobre todo las de los frutales, complemento indispensable para la plantación.

Su tío Ramón era el que llevaba más años allí, de hecho llegó poco antes de la gran inundación y allí se casó y tuvo a sus hijos. Una hija de este, Marta —la más pequeña— y las hijas de Juan se encargaron de preparar el asado para el momento de la comida. Había que reponer fuerzas y esa era una práctica habitual entre los originarios y los inmigrantes. Preparaban un buen fuego junto a una rejilla en el mismo suelo, y cuando este estaba en su punto desplazaban bajo la carne las mejores ascuas para darles ese punto perfecto que no todos eran capaces de proporcionarle.

Mientras los hombres continuaban con la labor del cercado para tratar de

aprovechar al máximo la luz solar, las primas hablaban bajo la sombra de un árbol que estratégicamente había dejado Cayetano junto a la casa. Las hijas de Juan conocían el motivo de la actitud de Cayetano, pero Marta no, ya que el contacto entre parientes allá era escaso y muy reservado. Cada familia se dedicaba a sus labores y solo de vez en cuando quedaban para hacerse una visita.

—¿Qué le pasa a Cayetano? Siempre está muy serio y como amargado —quiso saber Marta.

—Tuvo un problema de amores allá en España y es el motivo por el que está así de introvertido e incluso irascible.

La curiosidad propia de la adolescencia hizo que Marta continuase con su ansia de información:

—¿Qué pasó?

—Es una larga historia que él no quiso contar. Algún día, cuando supere este mal de amores, os dará cuenta de ella.

—Pero contáme algo. No me dejés con la duda —insistió con el deje argentino propio de quien había nacido allí.

—Solo puedo decirte, y esto no debes hablarlo con nadie, que tuvo un amor allá, en San Fernando, que era una mujer casada y que tuvo una pelea con el marido y por ello debió huir. Aprovechó que mi padre venía acá por la ruina en la que estaba sumida nuestra nación y él se vino con nosotros.

»Después, al año, fue a por ella, pero esta le dijo que no se venía con él… Y ese es el motivo por el que está así.

—¡Pobre! ¡Qué historia más triste!

Marta quedó apenada por la situación de su primo y pensó en hablar con él para tratar de animarlo. Pero eso sería en otro momento. Ese día terminaron muy tarde las labores y consecuentemente acabaron todos muy cansados.

Al día siguiente, domingo, volverían de nuevo para tratar de dejar terminada la cerca y plantados todos los álamos que en poco tiempo proporcionarían la protección que necesitaba para la chacra. Esa jornada terminaron antes el trabajo y mientras sentados en la delantera de la casa degustaban unos mates[20], Marta le preguntó:

—Cayetano, ¿Querés que vayamos una tarde y demos un paseo hasta el río?

—No, Marta. Gracias, pero no tengo ganas.

—Dale, primo. Te vendría bien un paseo. No podés seguir así.

Ante la insistencia de la prima, Cayetano terminó accediendo.

—Bueno, no te aseguro nada, pero quizás el próximo domingo podamos darlo.

Marta quedó satisfecha al igual que el resto de familiares allí reunidos, ya que veían en ese paseo una pequeña luz, como aquellas que proporcionan los faros ante la profunda oscuridad del mar, y un posible comienzo de ese cambio que necesitaba darle a su vida.

Pasada la semana Cayetano revisaba la plantación de álamos cuando vio aparecer por la entrada de la chacra a su prima Marta, que vivía muy cerca. Era quince años más joven que él pero a pesar de su juventud, de su adolescencia, tenía el aplomo y la sensatez de una persona madura.

Traía una especie de cesto con algunas viandas para pasar un rato a la orilla del río Negro, que por aquella zona tenía muchos meandros y pozones. Resultaba peligroso para el baño pero bonito para el paseo.

Cayetano no estaba muy convencido para dar aquel paseo y no le encontraba sentido alguno, aunque él no le encontraba últimamente sentido a nada, ni siquiera aceptaba su situación. Defendía ante su familia que se encontraba bien y que no necesitaba nada más.

—¡Buenos días, primo! ¿Dispuesto a dar ese paseo?

—No sé, Marta. No me apetece.

—¡Dale! Traje algo para comer cuando lleguemos. ¡Dale! ¡No te va a hacer mal!

—Bueno, está bien. Ya que te has molestado en venir haré el esfuerzo.

Emprendieron el camino entre chacras mientras se protegían del sol con las alargadas sombras que proporcionaban los álamos de las lindes. Poco rato después llegaron al río. Se sentaron a su orilla. El día estaba precioso; un cielo azul se dejaba acariciar por el manto verde que producía la frondosa vegetación que desde la ribera del río lo besaba. El viento, siempre presente, se había vestido de manera más cálida y suave ya que en esta ocasión soplaba del norte.

Marta aprovechó un momento en que los dos, sentados alrededor del pequeño mantel, hicieron un silencio para tratar de profundizar en el problema de Cayetano. Durante el camino habían venido hablando de temas banales, rutinarios, relacionados con las familias y las cosechas.

—Primo… ¿Por qué sos así de mañoso? El primo Juan dice que antes no eras así.

—No quiero hablar de eso, Marta.

—Estás masticando sueños[21] y llevás demasiado tiempo así. No has mejorado y la familia anda muy preocupada por vos.

—Te agradezco el interés, Marta. Pero no me apetece hablar de eso.

—Dale, hombre. Te hará bien. Queremos ayudarte.

Cayetano quedó en silencio. Observaba los remolinos que hacía el agua en su decidido avanzar hacia el Atlántico y tras unos minutos en los que parecía no estar en ningún sitio y apercibiéndose de lo insistente que era su prima, se decidió a hablar.

—La mujer que amo, por la que inicié esta aventura, quedó en España y ahora me encuentro en tierra extraña, solo y sin poder ni querer volver.

—Sos joven, primo. Acá vas a encontrar alguna linda argentina que te hará feliz y si no fuera así vas a juntar la plata necesaria para poder volver a España.

—Ahora solo quiero trabajar y trabajar hasta caer rendido. No tengo otras

pretensiones.

—¿Pero qué fue lo que te pasó? ¿Por qué no te quiso acompañar?

—Es una larga historia, prima. Y eres muy joven aún para entenderla.

—No soy tan joven. Ya tengo quince años.

—Bueno, te cuento pero no quiero que lo pregones por ahí. No quiero que mi historia ande de boca en boca.

Durante unas horas hablaron y hablaron sin parar. Cayetano, que llevaba mucho tiempo sin ánimos para dar a conocer lo que le había ocurrido, dio rienda suelta a su lengua… En el fondo necesitaba soltar todo aquel lastre que llevaba a pique su vida. Necesitaba, aún sin saberlo, que alguien le prestase su tiempo para poder desahogarse.

Es cierto que mejoró algo su estado de ánimo, pero el daño causado por tan magno despecho hacía que de poco sirviese la sana intención de su prima.

Llevaba demasiado tiempo sin escribirle a sus padres. El desarraigo y el desamor hacían que no abriese siquiera las cartas que recibía desde España. Las depositaba en un cajón, y en él las telarañas del olvido daban buena cuenta de ellas.

En San Fernando la familia sufría su pérdida; llevaban una eternidad sin saber de él. Aunque ellos le escribían con cierta regularidad no obtenían respuesta alguna. Todos andaban muy preocupados, pero sobremanera su hermana Carmen, que se sentía algo culpable por no haber servido de puente con Mercedes, y Josefa, la más pequeña, que no comprendía muy bien lo que ocurría, pero que estaba segura de haber perdido a su hermano por el sufrimiento que observaba en sus padres.

Sabían de él gracias a la correspondencia que recibían los padres de Juan. En ella su primo los ponía al día de la situación en la que se encontraba Cayetano.

Tal fue su desapego que tuvo que enterarse por su primo de que su padre había fallecido tras una larga enfermedad. Un cáncer de laringe acabó con él. Tras esta triste noticia sintió un ahogo impresionante. Algo le removió tanto su conciencia que le hizo leer toda la correspondencia que tenía encarcelada en la telaraña del olvido.

Otro duro golpe que vino a agravar aún más su situación. Ni la ayuda de su joven prima, ni el apoyo de la familia le animaban a recuperar su vida. Las malas cosechas, una tras otra. La irrupción de los bolicheros[22] —la mayoría españoles e italianos, que montaron sus boliches para vender los productos necesarios para los inmigrantes y que manipulaban la inflación y depreciación de los productos en origen—, provocaba que no pudiese afianzar su situación económica mientras que la de su primo Juan crecía y crecía. La tierra era prácticamente la misma, las inclemencias del tiempo también, solo el estado de ánimo diferenciaba a uno del otro, suficiente para que Cayetano bajase los brazos. Para vencer las adversidades no solo es necesario echarle coraje, poner el ímpetu preciso, también son necesarios resultados… y a él desde que

llegó todo le salía mal.

Capítulo XXIV La mecedora que acunaba la ilusión

Manuela, en su avanzada madurez —su madre había fallecido hacía ya unos años y su padre las había dejado unos años antes—, se encontraba sentada junto a la ventana, en la mecedora de mimbre de la abuela. Aquella que guardaba la ausencia de su madre, la mecedora que acunaba su ilusión, en la que tantas veces la observaba balancear el cuerpo con cadencia mientras mantenía la mirada perdida en Dios sabe qué parte del universo. Miraba al exterior igual que ella. Trataba de saber hasta dónde llegaba su madre navegando por ese vacío inmenso, pero le resultaba imposible. Su hija Maribel, que solía pasar con ella los fines de semana, se encontraba sentada a su lado leyendo un libro y al verla así, tan abstraída, le preguntó:

—¿Qué te ocurre, madre?

Maribel era la única mujer de entre sus hijos, los otros tres eran varones. Era profesora de Primaria y con la que tenía más confianza. Aun así Manuela era de naturaleza muy reservada, quizás el ambiente que vivió en su casa durante la infancia le influyó.

—Nada, hija —le respondió tras un enigmático silencio—. Pensaba en tu abuela... En lo triste que vivió toda su vida.

—No creo que fuese tristeza, madre. Ella lo tenía todo: hijos, esposo, tierras, no pasó necesidades. Probablemente pudiera ser su forma de ser, hay muchas personas que nacen con ese semblante serio.

—¡No, Maribel! Fue una vida de amargura. ¿Sabes?...

Manuela decidió liberarse de parte de la carga que su madre le traspasó cuando ella ya no se sentía con fuerzas para continuar soportándola sola:

—Un día como el de hoy, estaba mi madre sentada en esta mecedora, como hacía a diario. Con el pelo blanco y un vestido negro por el luto del abuelo y yo ahí, justo donde estás tú ahora. Las manos arrugadas de tanta lucha con la vida agarraban los brazos de la mecedora. Hacía poco que el abuelo había fallecido y me dijo: «Manuela, ahora que tu padre ya no está quiero contarte una historia que me pesa demasiado y no quiero llevármela yo sola hasta la tumba. Tú me has visto durante todos estos años. He respetado a tu padre y le he ayudado en todo lo que ha necesitado… pero yo jamás he sido feliz a su lado». —Quedó unos minutos en silencio; trataba de liberar la angustia que hacía que a las palabras les costase trabajo tomar vida—: «Nuestro casamiento —me siguió confesando— fue de compromiso entre nuestros padres y solo nos trajo problemas desde el principio. Yo realmente estaba enamorada de otro hombre al que conocí años antes y al que, por mis miedos y mis indecisiones, dejé marchar».

—¿Qué dices, mamá? ¡Pobre abuela! —manifestó Maribel.

—¡No me interrumpas! Que estoy mayor y puedo perder el hilo, y no quiero que pierdas detalle. Continuó diciéndome la abuela: «Cayetano se

llamaba, y era un hombre bueno, muy apuesto y amable, muy cariñoso y atento. Lo conocí varios años antes que a tu padre, en la Velada, justo antes de marcharse a la mili y cuando volvió me encontró casada. Yo ya tenía asumido mi sino pero él no lo aceptó, e intentó por todos los medios cambiarlo. Me insistía para que dejase a tu padre y me fuese con él a otro lugar, a rehacer nuestras vidas»…

A estas alturas de la conversación, a Maribel, que permanecía absorta totalmente en lo que su madre le estaba contando, le brillaban ya los ojos de una manera especial. Manuela continuó en su voz evocando recuerdos de Mercedes:

—Ella siguió con su historia: «Él venía todos los días a verme, aprovechaba el momento que tu padre iba al mercado a vender las hortalizas y se colaba por un portillo del chumbal. Nos veíamos en el pajar; desde ahí podíamos divisar la cancela de entrada a la huerta, y entre cariño, ternura y atenciones me fui perdiendo hasta caer rendida de nuevo a su amor»… Tu abuela hizo un alto —aclaró Manuela a su hija— porque la congoja no la dejaba hilvanar palabra. Las lágrimas le corrían mejilla abajo y tuve que acercarle un vaso de agua para que pudiese continuar, hasta que confesó: «Fruto de ese amor naciste tú».

—¿Puedes comprender la sensación que me causó oír aquello? En esos momentos las dos llorábamos a moco tendido.

Si en aquel instante las dos lloraban, en este no era menos. Manuela dejaba caer una densa lágrima por su arrugada mejilla y Maribel, que llevaba ya un rato regando las suyas se levantó, muy emocionada por lo que estaba escuchando, dejó su libro sobre la mesa camilla y se sentó en el suelo al tiempo que se apoyaba en el regazo de su madre.

—Después de unos minutos de absoluto silencio tu abuela continuó diciendo: «Cuando quedé preñada de ti, tu padre, que era muy celoso, creyó ver una tarde a Cayetano por los alrededores de la huerta y cuando llegó a casa me dio una paliza brutal. Casi me mata. Poco le importó que tú estuvieses en mi vientre, y de casualidad, mientras caminaba por la ciudad para que me viese un médico, encontré a Cayetano. Cuando me vio en esas condiciones —continuó mi madre— fue a la huerta y tuvo una tremenda pelea con tu padre, con tan mala suerte que en una de las caídas tu padre se clavó una bierga que estaba en el suelo. Quedó muy malherido, entre la vida y la muerte durante mucho tiempo y Cayetano tuvo que desaparecer por un tiempo». Maribel, yo la tuve que interrumpir porque no daba fe de lo que me contaba: —Pero madre, ¿cómo no me ha contado usted esto antes?—. Y ella me volvió a decir: «No me interrumpas, deja que termine… Él marchó a Argentina con su primo Juan y antes de partir se llegó por aquí, quería que me fuese con él. Que empezásemos una nueva vida allí. Juntos los tres, porque tú nacerías allí. Ahí fue donde mis miedos y mi indecisión me jugaron una mala pasada y no fui capaz… Lo dejé marchar solo».

—¡Pobre abuela! —apuntilló de nuevo Maribel, que aprovechó una ligera

pausa que hizo Manuela en su relato para así soltar un poco la tensión que le aprisionaba el pecho.

—Sí. Pobre abuela… por eso te decía que su tristeza, su semblante, estaban más que justificados —aprovechó la pausa para refrescar su garganta con un poco más de agua—. Pero ahí no quedó todo. Traté de decirle algo y no me dejó terminar la primera palabra. Lloraba con tanto sentimiento como si quisiese reparar su error, y me mandó a callar colocándose el dedo índice sobre los labios: «¡Pssh!… He derramado por él todas las lágrimas que había que derramar y más. Hasta quedarme seca. Todos los días me sentaba aquí a esperarlo, en esta mecedora que acunaba mi ilusión cada día. Aquel que está allí, ¿lo ves? — me dijo mientras señalaba con el dedo índice el *vallao* que delimitaba la huerta—. Aquel es el portillo por el cual se colaba todas las tardes. Pero nunca más vino. ¡Bueno!... sí. Vino una vez más». Se paró un momento y mirándome con mucha ternura me dijo: «Eres *clavaíta* a él. Ya desde chiquitita te parecías mucho… Como te iba diciendo, vino otra vez. Tenías tú un añito, vino a ver a sus padres y a intentar de nuevo que nos marchásemos con él y tuve que volver a decirle que no. No lo entendió y lo intentó varias veces pero ante mis negativas se marchó y ya no supe más de él». Yo le pregunté qué porqué le dijo otra vez que no, si ella deseaba resarcir el error del que llevaba un año arrepintiéndose. Y me dijo: «Yo estaba de nuevo preñada, de tu hermano Francisco. Estaba ya de dos faltas y fui incapaz de decírselo. Aunque tu padre y yo solo manteníamos las apariencias, él me obligaba a mantener vida matrimonial. Me la reclamaba como una obligación de esposa según la santa madre Iglesia, y como consecuencia, y a pesar de que yo me evadía y fijaba mi vista en el techo olvidándome de lo que él hacía, llegaron tus hermanos. A partir de ese momento desapareció de mi vida y ahora que ya no está tu padre y no puedo faltarle, me gustaría saber de él. ¿Dónde está? ¿Cómo le ha ido la vida?». Pero la pobre murió sin conseguir ninguna noticia sobre su amor. Le ha tocado vivir una vida muy triste.

—Una vida muy triste y muy sacrificada, una tremenda historia de amor de una época declive y machista que bien podría escribirse en una novela — comentaba Maribel a su madre mientras le hacía una carantoña en la mejilla y se secaba el manantial de lágrimas que le había provocado el oír de viva voz esa tremenda historia.

—Al igual que tú… derramé muchas lágrimas mientras le escuchaba, con su voz entrecortada por la emoción, relatarme sus sentimientos, confesar el pecado que llevaba purgando toda una vida. Muchos días desde aquel momento me siento en esta mecedora para tratar de ponerme en su piel, tratar de comprender el sinsentido de su vida, la crueldad de los padres en aquellas fechas que anulaban totalmente la voluntad y los derechos de sus hijas por el mero hecho de ser mujer. De hecho, yo vivo aquí de prestada, los herederos de la huerta son tus tíos. En fin, tratar de sentir lo que ella vivió.

»Ahora, pasado el tiempo, es a mí a la que me gustaría conocer a quien, según ella, es mi padre. Me gustaría saber de él antes de mi muerte. Eso es lo

que tenía en mi cabeza cuando me has preguntado que qué me pasaba. ¿Qué podría hacer? ¿Hablar con sus hermanos o familiares? A eso es a lo que llevo tiempo dándole vueltas en mi cabeza.

Capítulo XXV Iglesia Mayor parroquial

A Maribel, desde aquella charla con su madre se le despertó una inquietud en su interior, una especie de alarma que le recordaba cada cierto tiempo que algo tenía que hacer para darle esa satisfacción a su madre. Tenía ya una edad avanzada y no merecía quedarse sin saber del que posiblemente fuese su padre. Aquel relato le había llegado tan hondo que necesitaba encontrar la forma de poder ayudarla. Ella, a pesar de su formación, no se veía capacitada para iniciar una investigación de esta índole. Ni siquiera sabía por dónde comenzar.

En uno de los descansos en la escuela donde ejercía como maestra desde hacía unos años, se reunió con un compañero y amigo, profesor de Historia. Aprovechó el tiempo de recreo mientras se tomaban un café para trasladarle su inquietud. Le hizo ver la necesidad que tenía de encontrar referencias de unos familiares que emigraron a Argentina a principios de siglo, por supuesto sin contarle el fondo de la historia. También le confesó que no tenía ni idea de por dónde comenzar, si es que se podía empezar por algún sitio. ¡Había pasado tanto tiempo! ¡Tenía tan pocos datos!

Él le comentó que no tenía experiencia en este tipo de búsquedas, pero que solo era cuestión de seguir un patrón. Le explicó los procedimientos que aplicaba en otras investigaciones con motivo de su carrera: era historiador reconvertido a maestro de EGB por la crisis de los noventa. Le apuntó que en primer lugar, salvo que tuviese buenas relaciones con sus familiares directos y que estos quisiesen aportarles la información que tuvieran, podía acudir al Registro Civil y recabar la información que de él allí hubiese. También podía ir a las distintas parroquias e investigar en sus archivos; tienen registros de nacimientos, matrimonios y fallecimientos desde épocas muy remotas, casi desde que se comenzaron a crear los registros, hacía unos cuatrocientos años. Toda la documentación que pudiera recoger sería muy positiva para hilvanar esta historia.

Y por último le explicó que podía apoyarse en las nuevas tecnologías, Internet y las redes sociales, en pleno auge. Seguro que habría cantidad de bases de datos accesibles con listados de emigrantes y todo lo que rodeó a aquella aventura argentina de principios de siglo. Le orientó para que siguiera los procedimientos adecuados, para que contactase con organismos oficiales argentinos o incluso españoles.

Por muy fácil que pareciese lo que este le explicaba, aquello se le presentaba bastante complicado, pero aferrándose a su forma de ser, luchadora y emprendedora, anotó cuanto su compañero le indicó para construir una guía que le sirviera al menos para poder comenzar.

Aprovechaba cualquier momento que su profesión le dejaba libre para consagrarse a la investigación, aunque por muchas horas que le dedicaba poco

o nada avanzaba. Le resultaba muy complicado, solo la perseverancia le aportaba algo de esperanza.

Confiaba en que en unos meses, en los que le llegaría la tan deseada jubilación, podría dedicarse en cuerpo y alma a su nuevo objetivo, proporcionarle momentos de felicidad a su madre, a la que le hacía más falta que nunca ya que el progreso se comía de un tremendo bocado las raíces de su historia. Hacía poco le había llegado a sus hermanos una oferta irrechazable para la venta de su huerta. Ya las de su entorno habían claudicado. Incluso habían empezado a construir bloques de viviendas que dejaban su terreno encerrado entre gigantes de hormigón. En unos meses tendría que dejarlo todo y buscarse una vivienda adecuada para navegar plácidamente y con viento a favor hacia el final de su horizonte.

Pasados unos meses consiguió localizar una página web correspondiente al Registro Civil de Buenos Aires. A través de la página podía enviar un formulario con la consulta que necesitase y mediante el cual le responderían al correo electrónico que ella aportase. Pensó que por fin veía algo de luz y escribió la consulta:

Buenas tardes:

Les escribo el presente correo para realizarles una consulta sobre una persona que emigró a Argentina a principios de siglo. Se llamaba Cayetano Rodríguez Terciora y emigró en una fecha cercana al primer decenio.

¿Disponen de algún tipo de consulta a través de Internet? Si no es así agradecería cualquier información al respecto.

Un cordial saludo.

Maribel Muñoz Domínguez

Ese día se levantó con una enorme sonrisa de la mesa de trabajo donde tenía instalado su ordenador. Pensaba que por fin había encontrado una vía para localizar alguna información. Ahora solo esperaba que le respondieran con prontitud para poder continuar su investigación.

Tal alegría le causó que mientras tomaban la merienda se lo contó a su madre, que por esas fechas vivía con ella: sus hermanos ya habían vendido la huerta y Manuela aún no había encontrado una vivienda adecuada.

—Madre, tengo algo que comentarte. He iniciado una investigación para conseguir localizar a Cayetano.

La felicidad que le provocó a la anciana oír aquellas palabras fue como si una fuente celestial le irradiase el rostro; su hija no le había comentado nada sobre que iba a iniciar alguna investigación.

—¿Qué dices?

—He contactado con el Registro Civil de Buenos Aires, en Argentina y ahora solo estoy a la espera de su respuesta.

—¡Qué alegría me has dado, hija!

—Bueno, madre… es solo el principio, aún queda mucho por investigar.

—Ya lo sé, hija. Pero tú eres muy *espabilá*, seguro que lo encuentras.

Maribel quedó con una sonrisa de oreja a oreja, máxime cuando veía la alegría reflejada en la cara de su madre.

En paralelo inició una investigación a través de las redes sociales. Esta opción era más complicada si cabía, por varios motivos. En primer lugar sería como encontrar una aguja en un pajar y en segundo lugar en Argentina —como en la mayoría de los países del mundo— solo se utiliza el primer apellido, el paterno, y en muchas ocasiones las mujeres casadas toman como primer apellido el de su marido, lo que dificultaría aún más cualquier seguimiento.

Entró en Facebook. Aunque se había creado hacía relativamente poco tiempo, sus usuarios habían crecido exponencialmente y se dedicó a localizar personas que se apellidasen Rodríguez y viviesen en Argentina, y comenzó a enviarles a todos el mismo mensaje por el chat de esta red social.

> *Buenas tardes:*
>
> *Trato de localizar a personas que puedan ser familiares de un emigrante español que marchó a Argentina hace muchos años, a principios de siglo. Era de San Fernando, provincia de Cádiz, y se llamaba Cayetano Rodríguez Terciora, ya debe de haber fallecido. ¿Podría ser Ud. un familiar?*
>
> *Un saludo y disculpe el atrevimiento.*

Envió cientos, pero pasaban los días y no recibía respuesta alguna. Observaba los mensajes enviados y se daba cuenta de que muchos de ellos no habían sido entregados, otros habían sido leídos pero no respondidos, y esperaba… esperaba que llegase el día en que sonase la flauta, en que alguien valorase el fondo de la consulta y se dignase a responder. Algo tremendamente difícil en estos tiempos en los que la desconfianza a los mensajes desconocidos que navegan por Internet era mayúscula.

Mientras, recibió un correo electrónico del director del Registro Civil de Buenos Aires con la respuesta de que harían lo que les fuese posible, pero que el registro no estaba digitalizado, por lo que la pesquisa tendrían que hacerla a mano, y que en cuanto tuviesen información contactarían con ella. Le aportó una dirección de correo electrónico para que solicitase ayuda a otro organismo: se trataba del Archivo Histórico Municipal de Buenos Aires, al que de inmediato reenvió el mismo correo que días antes había enviado al Registro Civil.

En una de sus sobremesas, ese tiempo en el que se encontraba más tranquila y relajada y por ende más concentrada para dedicarse a esta ardua tarea, recibió un escueto mensaje por Facebook de una de las cientos de

personas a las que se los había enviado, de una tal Josefa Rodríguez:

> *Señora Maribel, lamento decirle que no soy la persona que está buscando. Suerte.*

Este mensaje le produjo un tremendo desánimo ya que llevaba meses esperando alguna respuesta por este medio. También recibió correo electrónico del Archivo Histórico Municipal, casi en la misma línea que el del Registro Civil. El director del organismo se dirigía a ella explicándole que no tenían digitalizado el registro y que tratarían de poner a alguien a localizar información sobre la consulta, pero que resultaba muy complicada y que si la encontraban contactarían con ella. Esa respuesta, por la experiencia que le había aportado esta investigación, significaba que no conseguiría información por ese medio tampoco.

Terca y obsesiva a veces, no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer, y aunque no tenía mucha fe en esta nueva consulta se acercó al archivo de la iglesia Mayor. Solo existían dos parroquias en San Fernando con archivos históricos de sus feligreses, la castrense de San Francisco y la iglesia Mayor, así que se presentó en esta última y solicitó información sobre esa persona… y mira por dónde esta vez sí sonó la flauta. En la partida de bautismo, en el margen izquierdo, aparecía una anotación:

> *Contrajo matrimonio en la parroquia de San Miguel Arcángel en Roca (Río Negro) el 10 de enero de 1918, con Marta Busto, siendo testigos Ramón Rodríguez y Luis Rodríguez.*

Este hallazgo le supuso una inyección de vitalidad para continuar con la búsqueda, búsqueda que ya estaba a punto de dejar en el cajón de los imposibles. Ahora disponía de más datos por dónde continuar. Sabía que residiera donde residiera, se casó en General Roca, una población en la frontera norte de la Patagonia argentina, en la provincia de Río Negro, que ya Maribel se había encargado de localizar y ubicar gracias al uso de las nuevas tecnologías. Así que probablemente vivió allí a partir de una fecha.

Maribel aprovechó este hallazgo para investigar un poco sobre esa ciudad y sobre los pormenores de su fundación. Por momentos más impresionada a medida que descubría temas sobre aquella tierra, las campañas de repoblación promovidas por el Gobierno argentino y todo lo que aconteció antes y durante el asentamiento, la expoliación de esos territorios a los originarios del lugar, cientos de miles de personas asesinadas, capturadas y esclavizadas, y en el mejor de los casos obligadas a migrar a zonas más inhóspitas donde malvivir. Se percató de que todavía hoy, en muchos casos, continúan siendo

maltratados y denigrados. Y se informó que en la actualidad, todas esas prácticas forman parte de lo que se define como delito de genocidio por parte de la Convención sobre Crímenes de Lesa Humanidad de la Organización de Naciones Unidas.

Estos descubrimientos, aun sin conseguir nuevas noticias sobre Cayetano, le ponían el vello de punta y la animaban a querer conocer más de esta historia.

Capítulo XXVI Los barros de la historia

Maribel continuó escarbando en los barros de la historia y poco a poco fue extrayendo tesoros. Una de las páginas web que le habían recomendado era la del Centro de Estudios Migratorios de Latinoamérica (CEMLA) ubicada en Buenos Aires y a través de la cual consiguió un nuevo dato. Introdujo la información de Cayetano y aparecieron tres registros, por lo que dedujo que, aparentemente, realizó tres viajes, dos a Argentina y uno a España.

Salieron de Cádiz. Su primo Juan y sus sobrinas le acompañaron en el primer viaje a bordo del transatlántico Infanta Isabel de Borbón. Un año más tarde volvió a España a bordo del vapor gemelo al anterior, el Reina Victoria Eugenia, que sería el mismo que una semana más tarde tomaría para el viaje de vuelta a la Argentina… Esa fue posiblemente la última vez que vino a España.

Días antes Maribel avisó a su madre de que iba a hablar con los familiares, que quizás ellos le pudiesen aportar alguna información, pero Manuela se negó en redondo, no quiso que se inmiscuyera a la familia. A pesar del tiempo que hacía de aquello, le preocupaba mucho el qué dirán. En ese caso prefería quedarse sin saber de él.

Pasados unos días de este último descubrimiento, Maribel, que hizo caso omiso a su madre, contactó con una familiar directa de Cayetano. Esta le trasladó que durante algún tiempo se había carteado con unos primos, y que la última carta de la que ella tenía constancia hablaba del fallecimiento de Cayetano: ya mayor tuvo un infarto que no fue capaz de superar… unos meses antes del fallecimiento de Mercedes, la abuela de Maribel.

Consiguió contactar con esos primos a los que les solicitó más información. Si se carteaban con él algo más debían saber, pensó, y en efecto le proporcionaron esa última carta donde se les comunicaba la triste noticia y el encargo de que se la hicieran llegar al resto de su familia española. Esa misiva le sirvió a Maribel para continuar su investigación de familiares allá en Argentina, pero de poco más sirvió, ya que la persona a la que habitualmente iban dirigidas las cartas había fallecido. Esas reliquias, papeles rellenos de amor, de agradecimiento a sus raíces y testigos de la historia, se habían perdido tras su muerte, cartas que hubiesen resultado muy útiles para conocer más de su andadura por aquellas tierras lejanas.

Resultaron ser noticias interesantes para la investigación pero dolorosas para dárselas a conocer a su madre. Aun así debía hacerlo. Ella quería saber, necesitaba saber.

Esa tarde, recién terminada la merienda, Maribel decidió hablarle a

Manuela de los avances que había realizado en la investigación:

—Madre, he conseguido nuevos datos sobre Cayetano.

—¡Qué bueno, hija!

—No son buenas noticias. —Realizó una breve pausa para observar la reacción que ese comentario provocaba en su madre—. Hizo tres viajes, he conseguido saber en las fechas y en los buques en los que embarcó… Marchó a Argentina y al año volvió.

La anciana la interrumpió.

—Eso fue cuando yo nací, me lo dijo mi madre.

—Sí, después a los pocos días volvió a marchar y parece que no volvió más.

—Esa era la pena que tenía mi madre… No tuvo oportunidad para rectificar su error.

—Se casó allí años más tarde, en 1918. En la parroquia de San Miguel de la ciudad de General Roca.

—¿Sí? ¡Entonces rehízo su vida!

—Sí. La mala noticia es que falleció, lo hizo unos meses antes que la abuela. Murió de un infarto.

Manuela quedó en silencio durante unos minutos, digiriendo la noticia a la vez que sus párpados algo descolgados dejaban correr alguna lágrima… de esas densas que suelen fluir de unos ojos maltratados por el paso del tiempo, tan densas que le costaban trabajo salir por el lagrimal, sobre todo cuando se trataba de hechos del pasado. Ella sabía que su hija Maribel daría con él, con su familia, pero también que no podría conocerlo, pues simplemente por la edad ya habría fallecido, como había muerto también su madre.

—Gracias, hija. Yo sabía que lo encontrarías, pero no esperaba que me causase tanto dolor el saber de él. Tu abuela me repitió varias veces una frase que él le refirió: «Me costó un infierno dejarte», Y esa es la sensación que siento yo ahora mismo… me costó un infierno encontrarle. No tenía que haberte dicho nada y sí haberme quedado con las dudas, al menos lo mantendría vivo en mis pensamientos.

—Madre, no te pongas así. Es normal que estés desencantada ahora, pero lo esperabas, sabías que por su edad ya habría fallecido. Pero quédate con lo positivo; podrás saber cómo vivió, en qué trabajó, dónde formó su familia y tantas cosas más. No te preocupes, que yo continuaré con la investigación para que averigües lo más posible de su vida.

—No, hija. Déjalo ya. No quiero que continúes con esa búsqueda.

Maribel se abrazó a su madre y tras unos momentos en los que trató de asimilar los sentimientos de esta, le insistió varias veces en que no le haría mal saber más de él, sino todo lo contrario. Pero era evidente que para la mujer resultó suficiente el hecho de saber que la persona que según su madre, era su padre, había fallecido de un infarto años antes que su madre, que había rehecho su vida y que tendría otra familia… Con eso se daba por satisfecha y le insistió a su hija para que dejase la investigación.

Esta le trasladó que se quedase tranquila, que dejaría la búsqueda como ella quería... a pesar de que ahora era a Maribel a quien se le había despertado el gusanillo por saber lo más posible de esa tremenda historia.

Capítulo XXVII Las nuevas tecnologías

El tiempo fluye rápido por más que queramos detenerlo y habían pasado ya unos meses desde que Maribel le comunicase a su madre las últimas pesquisas que había hecho. Se encontraba con unas amigas en un bar de copas ubicado en la Plaza del Rey, en la Gran Vía, y oyó el sonido de un mensaje que le había llegado al móvil. Era un tono distinto a los que estaba habituada de Facebook o WhatsApp, y aunque no era persona de estar todo el día enganchada a las nuevas redes sociales este le llamó la atención y decidió mirarlo.

> *Disculpe. No presto atención a este tipo de mensajería en mi celular y justo ahora decidí leerlo. Sí, podría ser. Mi abuelo se llamaba Cayetano y llegó de España.*

Había respondido un tal Pedro Rodríguez al mensaje que envió Maribel por la mensajería de Facebook hacía ya muchos meses.

Ella quedó impactada: hacía tiempo que había abandonado la investigación y no esperaba que después de tantos meses nadie respondiese a sus mensajes. No era normal que en redes sociales alguien tardara tanto en contestar, pero podían haberse dado varios motivos: que no tuviera instalada la mensajería de Facebook, que solo chateara con conocidos o que lo hubiera visto y la desconfianza le aconsejase no hacer caso.

El caso es que ella quedó bloqueada. No sabía qué hacer: tenía unas ganas locas de responderle pero al mismo tiempo estaba en una reunión de copas con sus amigas y le parecía una descortesía. Optó por guardar el móvil y continuar con la reunión, pero entre sorbo y sorbo, entre frase y frase, se acordaba del mensaje del tal Pedro… y deseaba de manera fehaciente que la noche acabara para marchar a su casa.

Horas más tarde Maribel adujo dolor de cabeza para dar por terminada la reunión de amigas. Caminó de la manera más acelerada posible hacia su casa: marchaba nerviosa solo de pensar en el día de mañana, ese día en el que por fin podría hablar con el tal Pedro. Iba ilusionada, pensaba en que realmente fuese familiar de Cayetano y en la alegría que le ocasionaría a su madre, a pesar de que esta ya no quería que investigase más.

Llegó a su casa, se puso cómoda, se desmaquilló y a pesar de ser más de la una de la madrugada, era verano y hacía un intenso calor, decidió dejar correr el agua fresca de la ducha por su piel para rebajar algo la temperatura corporal y que le facilitase conciliar el sueño. Se dejó caer sobre la cama pero en ese momento de letargo, previo al sueño, cuando pasan de manera rápida las situaciones vividas durante el día, había una que se repetía una y otra vez: el mensaje de Pedro, y, ni corta ni perezosa decidió, a pesar de la hora que era,

asaltar el teléfono y responder al hombre por la misma mensajería de Facebook.

Hola, Pedro. Me alegro de que por fin alguien haya respondido a mi mensaje. ¿Sabe usted?... Escribí cientos de ellos.

Cayetano embarcó en el vapor Infanta Isabel de Borbón, marchó a Argentina con su primo Juan Busto a principios del siglo pasado, se casó en la parroquia de San Miguel, en General Roca, el 10 de enero de 1918 con Marta Busto. Si continúan cuadrándole estos datos hágamelo saber. Y gracias por contactar.

Esperaba impaciente que Pedro reaccionase al mensaje y respondiera. A ella no le importaba la hora, lo había consultado y sabía que Argentina tenía con España un desfase horario de cinco horas, por lo tanto allí serían algo más de las ocho de la tarde. Ojeaba el Facebook y el WhatsApp y de vez en cuando miraba el chat de Facebook para ver si al menos Pedro estaba activo, o si había visto el mensaje. Así se llevó un buen rato, hasta que el sueño le fue venciendo.

Habían pasado unos minutos cuando ya los párpados se daban por vencidos y claudicaban, despidiéndose del día para darle la bienvenida a la noche. Fue entonces cuando la sorprendió el sonido de un nuevo mensaje. Maribel dio un salto y se sentó en la cama al momento que apoyaba su espalda sobre el cabecero. Tomó el móvil y miró con ansia. Era él, había respondido.

—Hola, Maribel. Tenés razón. Esos datos concuerdan con los de mi abuelo. ¿Qué parentesco tenés con él?

—Buenas noches. No sabe usted la alegría que me da.

—¿Cuál es el motivo de tanta alegría?

—Es una larga historia que con tiempo le compartiré. ¡Si desea escucharla!

—Por supuesto que sí. Y más ahora que me dejás con una curiosidad expectante.

—De momento le diré que es una linda historia. Mi madre me pidió investigar sobre el paradero de Cayetano, sobre cómo le fue la vida y sobre todo donde vivió. Mi abuela y él tuvieron de jóvenes una preciosa amistad.

—¿Sí? Me sorprende y me despertás las ganas de conocer su historia.

—¿Él ha vivido en General Roca todo este tiempo?

—Sí. Estuvo allá en Buenos Aires durante unos meses, cuando llegó, pero al tiempo bajó a Río Negro; acá en Roca alquiló una chacra de cinco hectáreas cerca del río y se dedicó al cultivo de frutales y verduras.

—¡Qué suerte que haya contestado! Mi madre se va a llevar una tremenda alegría. Me gustaría saber todo lo posible sobre él. Si le parece bien.

—Te voy a dar toda la información que quieras mientras yo lo sepa. Pero mejor lo dejamos para otro día. Hoy se hace tarde.

—Por supuesto. Aquí son las dos de la madrugada, muy tarde, allí algo

más temprano pero tarde también… Según verifiqué son cinco horas menos, ¿no?

—Así es. Pero para mí acá son las dos también, ya que estoy en estos momentos en Barcelona.

—Disculpe, sí que es tarde. Qué bien que esté en España. Ya hablamos otro día. Buen descanso.

—Dale. Para vos también. Cariños.

Con este mensaje con acento argentino se despidieron y Maribel continuó por un rato sentada en su cama, apoyada sobre ese cabecero, con una sonrisa cómplice que no sabía definir muy bien el porqué de la misma. No tenía claro si el motivo era de satisfacción por haber llegado hasta aquí en su ardua investigación, por haber encontrado la aguja en el pajar o si era por la alegría que le daría a su madre en cuanto se levantase.

Quedó pensativa. El chat le había espantado el sueño e hizo que su pensamiento volase rumbo a la Patagonia, esa vasta extensión de terreno del que hasta ahora solo ubicaba en Argentina, pero que nunca despertó su interés. Trataba de imaginar cómo sería el tal Pedro, cómo sería el resto de familiares, dónde vivirían y de qué subsistirían, y se preguntaba también si sería una familia muy extensa ya que tres generaciones en aquella inhóspita tierra aislada de todos y de todo podrían haber fomentado una natalidad importante.

Especulaba con pedirle amistad en Facebook en cuanto amaneciese, aunque por otra parte no se atrevía. Pensaba que era demasiado atrevido. Recapacitaba sobre lo útil que le había resultado esa red social, una herramienta tan criticada últimamente por la sociedad.

El sueño le fue venciendo poco a poco hasta que quedó rendida al sopor del verano.

Horas más tarde, amanecido el día, preparó el desayuno para ella y su madre. Se sentaron en la terraza, un balcón abierto a la bahía que en estas fechas resultaba un placer a los sentidos. Unas vistas preciosas de las salinas y de la Bahía con Cádiz al fondo y un frescor traído por la brisa de poniente que atenuaba un poco el calor de la noche anterior.

Se puso un café con leche y una rebanada de pan de campo con aceite de oliva virgen de la sierra de Cádiz, un manjar llegado desde Zahara de la Sierra, y a la madre le puso un descafeinado con leche y otra rebanada de pan, esta vez integral con mantequilla, más acorde a su avanzada edad.

Apenas dio el primer sorbo comenzó a contarle la experiencia del día anterior.

—Madre, ayer me ocurrió algo.

—¿Qué dices, niña? ¿Qué te ha pasado? —respondió Manuela algo preocupada.

—¡No! ¡No! Nada malo.

—Ya me habías asustado.

—No, verás… Estaba con mis amigas tomando unas copas y recibí un mensaje en el móvil. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Era un tal Pedro y lo más interesante… nieto de Cayetano.

—¿Qué dices? ¡Ay, ay, ay! ¿Cómo ha sido eso? ¿No te dije que no investigases más?

—Sí, y dejé toda búsqueda. Pero por lo visto este era uno de los cientos de mensajes que envié y ahora que lo ha visto… me ha respondido.

Manuela quedó durante un momento en silencio mientras daba cuenta de un buche de café y un mordisco a su tostada, e inmediatamente preguntó. Su cara lo decía todo.

—Y… ¿qué te ha contado? ¿Te ha dicho algo de su abuelo?

—No, mamá. Simplemente hemos hablado de algunas cosas, las justas y necesarias para corroborar que efectivamente era el nieto de Cayetano. ¡Ah! Sí, me dijo que su abuelo había arrendado una huerta de cinco hectáreas y que vivió en ella con la siembra de verduras y frutales, tal como hacía aquí.

—¡Qué alegría, hija! ¿Seguirás en contacto con él?

—Sí. No te preocupes. Te mantendré informada de lo que vaya descubriendo. Él está ahora en Barcelona, desconozco si es que vive ahí o que ha venido de vacaciones o por trabajo.

Capítulo XXVIII Voluntad y perseverancia

Maribel dejaba correr las horas pero se mostraba inquieta, miraba el móvil a cada momento, deseaba que Pedro contactase de nuevo con ella. Curioseaba la mensajería de Facebook y a veces lo veía conectado, al poco desconectado, después lo volvía a ver en línea… pero no se arriesgaba a dar ella el paso, no quería incordiar, no fuera que este hombre se arrepintiera y no colaborase más con la investigación. Realmente a nadie le gusta que investiguen sobre tu familia y más si no lo conoces de nada.

Así pasó todo el día y fue en la noche, tarde ya, sobre la media noche, cuando el sonido de «nuevo mensaje» sonó en el móvil de Maribel, que ya se encontraba descansando en la cama. Cuando no salía y dado que su madre se acostaba temprano ella hacía lo propio y aprovechaba esos momentos de relax para dedicarlos a vivir vidas ajenas. Era una lectora empedernida, una devoradora de libros, y en este preciso momento disfrutaba una obra publicada hacía poco tiempo que hablaba precisamente de la ciudad donde se encontraba Pedro, *La sombra del viento*, de Carlos Ruiz Zafón.

—Hola, Maribel. Disculpe que no la contacté antes, pero estoy de vacaciones en España y tengo todo el tiempo ocupado. ¡Hay tanto que ver! Hoy estuve en la Sagrada Familia… ¡Impresionante!

—Hola, Pedro. ¡Qué bueno! Sí. Barcelona es espectacular y esa obra de Gaudí es lo más.

—Así es. Ya llevo unos días por acá… Pasado mañana me voy a Córdoba y después terminaré en Sevilla.

—¡Qué bien! Bonito y completo viaje de vacaciones, aunque Córdoba y Sevilla es mejor visitarlas en primavera, ahora hace mucho calor.

—Sí, pero estamos muy lejos, tanto que cuando nos decidimos tiene que ser así. Y decime, ¿dónde dejamos la conversación? ¿Qué más querés saber?

—¡Ah, bueno!... Cualquier cosa que recuerde de él y que me sirva para conformar su persona. ¿Cómo era? ¿Dónde vivió? ¿Qué familia tuvo?

—¿Y vos cómo estás interesada en esos datos?… ¿Cuál es tu interés?

—Como ya le expliqué, mi abuela y él fueron muy buenos amigos. Bueno, fueron más que amigos. Fue una tremenda historia.

—Sí, ya me contaste. Pero describir esa historia por acá es algo complejo. Si me das el celular la llamo y lo hablamos mejor.

Maribel sintió dudas por un momento, pero enseguida reaccionó. —Sí, claro, anótelo, es +34 693…—. Tras pasarle el número de teléfono quedó a la espera de que este le llamase.

Minutos más tarde Pedro hizo sonar el móvil y tras la presentación comenzaron una extensa charla en la que Maribel le contó con todo lujo de detalles lo que había ocurrido casi cien años atrás. Era tarde, pero la historia era tan interesante que ninguno de los dos se percató de ello.

—Si esta historia es como vos me la contaste eso quiere decir que su madre y mi padre podrían ser hermanos de padre. ¡Impresionante! ¡Impresionante!

—Sí, una historia de amor que duró poco pero que resultó muy intensa. Una lástima que la vida juegue estas malas pasadas. La historia es cíclica y en los periodos de vacas flacas siempre hay quien pierde. Casi siempre los mismos.

—¡Uy! Son las tres de la madrugada, se nos pasó el tiempo muy rápido. Dejémoslo por hoy. Seguiremos hablando.

—Sí, disculpe. Se nos hizo tarde. Buenas noches.

—No tenés la culpa, fue la historia… Cariños.

Se despidieron por esa noche, aunque dejaron entrever que ambos estaban interesados en continuar hurgando en la historia.

Dos días más tarde volvió a recibir un WhatsApp de Pedro, que le decía que él ya estaba en Córdoba y que llevaba razón con relación al calor. Le quedaban por pasar tres días allí y otros tres en Sevilla. Ella le respondió que Córdoba también era preciosa y con mucha historia, que entre sus piedras y rincones se dieron cobijo durante siglos distintas civilizaciones.

La mujer le pasó algunas recomendaciones, cosas que no debería dejar de ver en las dos ciudades y le emplazó a que en la medida en que pudiese, cuando los paseos monumentales y el fin principal le permitiesen un rato de tranquilidad, continuasen con la historia.

Volvieron a pasar varios días sin hablar. Comprensible. El viaje le absorbía todo el tiempo y fue mientras estaba ya en Sevilla cuando a Maribel volvía a sonarle el WhatsApp.

—Buenas tardes, Maribel. ¿Podés hablar?

Maribel respondió con un escueto sí, y a los pocos segundos sonaba el móvil. Después de saludarse reanudaron la conversación. Hablaron largo y tendido de la historia de los dos. El calor de Sevilla en agosto y a las cuatro de la tarde no dejaba otra opción que estar recostado sobre la cama del hotel. En un momento de la conversación, Pedro le expuso que había contado la historia a su padre y que a este le había causado una gran impresión. Le informó de que él sabía que tenía familia en San Fernando pero que perdieron la dirección hacía muchos años y jamás volvieron a contactar. Y le contó que esta historia no la conocía aunque sabía algo de ella. Y también le dijo que desde el momento en que se la contó a su padre este estaba todo el tiempo solicitándole más información.

—Dejemos de momento a Mercedes y háble me un poco más de Cayetano le solicitó Maribel y Pedro continuó narrándole lo que él conocía de la historia de su abuelo.

—Era un hombre bueno, demasiado, aunque también tenía su genio, era bastante mañoso a veces. Pero ese genio le sirvió de poco durante los primeros años de su llegada a la Argentina. El desarraigo no le sentó bien y

estuvo muy abatido durante demasiado tiempo, al menos eso me trasmitieron, pero una vez conocida esta historia probablemente el motivo fuera otro, no solo el desarraigo.

»A los pocos años intimó con una prima que se preocupaba mucho por él, era mucho más joven que mi abuelo, ella empezó a preocuparse por su estado y le insistió mucho en dar paseos al río, se acercaba por la chacra a darle conversación y así por varios años hasta que al final se casó con ella.

»Lo cierto es que, según nos trasmitieron los mayores, consiguió cambiarle el semblante y, según Juan, parecerse más al Cayetano que vivía en España. A pesar de que Marta tenía la mitad de edad que él y de ser menor de edad, su padre, Ramón, dio la autorización para el enlace y efectivamente se casaron en la iglesia que me comentaste, en la parroquia de San Miguel Arcángel, allá en Roca. Siempre hablaron de lo estupenda que resultó la boda.

»Aun así continuaron siendo años muy duros, las cosechas no eran todo lo buenas que él esperaba y a duras penas conseguían aguantar. Sus tres primeros hijos murieron al poco de nacer. Un hecho que los afectó demasiado. Pensaba que estaban tocados por una maldición. La vida no terminaba de recompensarles por tanto esfuerzo. Pero a partir de un momento su destino cambió… Las cosechas comenzaron a serles favorables, fueron años de bonanza y, además, esta vez sí consiguieron que los hijos sobrevivieran, lo que provocó que el matrimonio se consolidase y la prosperidad comenzó a ser una realidad. Tuvo cinco hijos vivos, los varones se dedicaron a la agricultura y las mujeres se casaron y cada una tomó su destino, excepto la más pequeña. Quedó soltera y al final fue quien lo cuidó, ya que su esposa, Marta, mi abuela, murió muy joven y lo dejó solo para cuidar a sus pequeños retoños. Se tenía que dedicar a las labores de la chacra, así que los cuidados de todos, mayores y menores, recayeron en su hija mayor, que todavía era muy chiquita. Cayetano les repetía a sus hijos y nietos cada vez que podía, que nunca olvidaran de sus familiares españoles.

—¡Qué interesante! Mi madre desconocía todo esto que me cuenta. Se llevará una gran alegría cuando mañana se lo refiera.

—Mejor no le diga nada. Se lo contaré yo mismo, si no le parece mal. El viaje está a punto de terminar y realmente estamos muy cerca, a poco más de una hora. Tomaré el tren y si le parece les hago una visita y así nos conocemos.

A Maribel se le nubló la vista, no podía creer lo que le había dicho Pedro. Estaba claro que su madre se llevaría una gran sorpresa.

—¡Sí! ¡Por supuesto! Me parece una idea genial. Avíseme a la hora que llegará y me acercaré a la estación a recogerle.

Sobre las once de la mañana Maribel y Manuela se acercaron a la vieja estación. La maestra le había pedido a su madre que hiciera el favor de acompañarla, que venía una amiga de Sevilla. Una pequeña mentirijilla para conseguir darle la sorpresa.

Y vaya si se la dio. El tren llegó puntual y como si de un hormiguero humano se tratara comenzaron a bajar personas que se desperdigaban por doquier. No distinguía a ningún hombre solo con las características que este le había aportado. Esperó hasta que salieron todos y quedó con cara de circunstancias. Miraba a su madre y esta le preguntaba si no había llegado su amiga cuando por detrás la llamaron:

—Buenos días. ¿Maribel?

Maribel se volvió y efectivamente allí estaba.

—Buenos días. ¿Pedro?

—Sí. Les presento a mi padre, Francisco Rodríguez.

Maribel quedó perpleja, los ojos se le abrieron a lo más que le permitían los párpados. No sabía nada de que su padre también estuviese con él de viaje y tras esos segundos de descoloque se los presentó a Manuela.

—Madre, son Francisco y… Pedro —anunció mientras señalaba con el brazo extendido a cada uno de ellos—, padre e hijo. Este señor es hijo de Cayetano —refiriéndose a Francisco—. No me esperaba esta grata sorpresa —señaló Maribel dirigiéndose a Pedro. —Desconocía que él también estuviese de viaje con usted.

—Sí. Era un objetivo que tenía de toda la vida. El abuelo les inculcó su amor por España. Cuando hace unos días se enteró de la historia, insistió en venir a conocerte a vos y de camino visitar la tierra de su padre, cosa que no habíamos planteado en el viaje porque perdimos el contacto con la familia.

Después de los saludos tomaron el camino de casa de Maribel: tenían mucho de qué hablar y mucho por enseñarles de esta tierra en la que estarían apenas unas horas.

Una charla amena, como si se conocieran de toda la vida. Manuela preguntaba mientras degustaban unas viandas típicas de La Isla. Ambos respondían con agrado a todo, y también preguntaban. Los dos sentían la necesidad de conocer datos del pasado de sus progenitores.

En una ruta marcada por el escaso tiempo del que disponían, Maribel les enseñó algunas de las zonas más emblemáticas de La Isla. A la par que les documentaba con la historia de la tierra de su padre, les mostraba los lugares. Los paseó por el Real Observatorio de la Armada, les enseñó el majestuoso ayuntamiento, el Teatro de las Cortes y la historia de cuando España fue una isla, la iglesia Mayor, donde encontró un dato importantísimo para que este encuentro se produjese, el Castillo, el Puente Suazo y su resistencia al ejército de Napoleón… Como últimos reductos de nuestras salinas los llevó a la salina San Vicente, de las pocas que quedaban labrando la sal, y tuvieron la suerte de poderla contemplar en pleno laboreo. Les mostró la Empresa Nacional Bazán y la Carraca y para terminar este apresurado *tour* les mostró la ubicación donde su familia tenía la huerta cuando Cayetano partió, ahora ocupada por los depósitos que suministraban el agua de la ciudad.

—Ha sido un paseo instructivo y encantador —le agradeció el anciano Francisco a Maribel, para continuar con una reflexión sobre sus padres, quizás

como alegato final a la necesidad de saber de Manuela—. «El abono del tiempo y la humedad del olvido fueron los condimentos para que brotara un nuevo amor. Pero hasta que este floreció fueron años muy duros». Así me lo contó mi padre. Con el paso del tiempo se convirtió en un bonachón y nunca salió de su chacra, esa que alquiló en terrenos peligrosos, muy cerca del río, donde estuvo ubicado el pueblo viejo, que se había inundado años atrás y que provocó que se tuviera que refundar a unos siete kilómetros al norte, pueblo del que tampoco salió.

»Convertido en un chacarero se sentía muy satisfecho cuando reunía a su familia a la sombra de los árboles. Preparaba asados para los que había desarrollado una estupenda técnica y laboraba su tierra. Nunca se convirtió en un hacendado ricachón, pero trabajó lo suficiente para mantener a su familia. Le costó, pero terminó arraigado a una tierra inhóspita, a una tierra muy lejana del resto del mundo, a una tierra que al final hizo suya.

»Le gustaba matear sin endulzar. Quizás fuera su manera de mantener viva la amargura de no saber el porqué de aquel final. Nunca volvió a hablarle a nadie de Mercedes, aunque seguro la mantuvo en un rinconcito especial de su corazón. Como mantuvo también a mi mamá, que se nos marchó muy pronto. No tuvo suerte con sus amores y partió con el regusto de esa amargura.

»Yo no conocí a mi mamá, Marta. Bueno la conocí, pero a una edad demasiado temprana. Se fue apenas me destetó, cuando tenía escasamente tres añitos. Se nos fue muy joven y para mi papá fue un golpe muy duro —les continuó revelando Francisco—. No recuerdo nada de ella, pero me contaron lo buena y perseverante que era. Mi papá lo repetía hasta el cansancio. La amaba hasta el infinito y su muerte supuso el tener que volver a transitar por aquel infierno del que ella lo sacó. No me extraña que consiguiera sacarlo del pozo en el que él cayó por aquel empujón traicionero que le dio la vida.

Ambos terminaron muy emocionados, se notaba en sus caras los efectos que había causado la historia. El tiempo les derribó el puente de unión entre dos países hermanos, entre unas almas a las que les tocó sufrir la separación y el desarraigo y que por la voluntad de una y la perseverancia de otra habían conseguido reconstruir.

Una nueva amistad que nació sin esperarlo para perdurar en el tiempo y quién sabía si para algo más, porque Francisco —muy impresionado por el descubrimiento que le había llegado de improviso y con una gran inquietud— aconsejado por Pedro, les propuso antes de marchar que se realizaran las pruebas de ADN para determinar si realmente eran hermanos. Los resultados tardan muchos días, por lo que cada uno estaría ya en su país cuando llegasen los mismos. Pero cabía la posibilidad de que lo fueran y esa, ahora, era una prioridad para los dos. Maribel y Pedro también irradiaban felicidad solo de verles las caras a sus padres.

—Sos el artífice de este bonito encuentro —aseveró Francisco dirigiéndose a Manuela—. Su inquietud por saber de su más que probable

padre biológico y la voluntad de su hija por encontrarnos. Eso, y el hecho de que yo eligiera este año para venir a España después de toda una vida esperando, me lleva a la siguiente reflexión: Quizás el destino nos hizo esta jugada para poder apagar el fuego del infierno que soportó nuestro padre cuando tuvo que partir.

Nota del autor

Esta novela que acabas de leer está formada de trozos de vida, unos reales y otros de ficción, pero todos ellos documentados con historias reales de hechos acaecidos en aquellas fechas. Aquí en España y allá en Argentina. Hechos cargados de una gran dureza.

En España existía una situación de ruina y decadencia que sufrían sus ciudadanos tras la pérdida de las últimas colonias de ultramar y que obligó a millones de ellos a tener que migrar en busca de un mundo mejor, por motivos tan diversos como la hambruna o la persecución política. Unas fechas en las que nosotros fuimos los otros, como ocurriera en otros tiempos y circunstancias no muy lejanas.

Y de otra parte unos hechos muy duros que también se llevaron a cabo en Argentina, donde por la codicia de sus gobernantes para crear una nación más grande —al igual que hicieran los españoles siglos atrás y otros dirigentes mundiales a lo largo y ancho de la historia— saquearon, masacraron, asesinaron y esclavizaron a los originarios de aquellas tierras, de aquella árida y desértica zona como era la Patagonia, para después repartirse la tierra entre unos cuantos y repoblarla con españoles, italianos, alemanes y rusos, entre otros. Hechos estos que, como ya se exponía en uno de los pasajes de la novela, hoy día forman parte de lo que se define como delito de genocidio por parte de la Convención sobre Crímenes de Lesa Humanidad de la Organización de las Naciones Unidas.

Somos animales errantes castigados a deambular de un sitio a otro de la tierra, nómadas, como aquellos ancestros, y que como ellos sufrimos en nuestras carnes, además de la dureza de la migración, el recibimiento de quienes, por temor o avaricia, no te aceptan.

Los bisabuelos, ambos, paterno y materno, de mi tío abuelo, Benito Domínguez Franzón —que vivió una experiencia similar a esta que acabas de leer y a quien trata de rendir homenaje esta obra—, provenían de Génova, concretamente de Sestri Ponente, desde donde también tuvieron que migrar a San Fernando (Cádiz) huyendo del invasor, en esta ocasión, Napoleón.

La historia se repite con demasiada frecuencia; por más que queramos evitarlo, es cíclica, y por ello esta obra trata de ser un modesto homenaje a los millones de personas que, por un motivo u otro, tienen que dejar su tierra, sus raíces, y vagar por el mundo con riesgo de sus vidas para conseguir volver a enraizar en otra zona donde haya trabajo, buena tierra y libertad. En definitiva, una calidad de vida que en sus lugares de origen no pueden encontrar.

Agradezco a Liliana Mabel Herrera Domínguez, Hugo Herrera Domínguez (El H) y Mónica Domínguez, familiares que reencontré al otro lado del océano Atlántico, su aportación para que esta historia tenga más veracidad. Al Museo Histórico Regional Lorenzo Vintter de General Roca en las personas

de Ramiro Hernández, director y museólogo y Juan Francisco Cerutti, historiador, por su aportación de datos sobre aquella ciudad y la Patagonia de aquella época… por haber sido mis ojos en la distancia.
Este proyecto no habría llegado a buen fin de no haber sido por la ayuda de algunas personas a las que les agradezco su aportación: Belén Peralta, comunicadora, correctora y escritora gaditana, Antonio Díaz González, escritor de San Fernando, Trini Hormigo Valencia, psicóloga, Vanesa y Alicia Pavón Linares, mis hijas, todos ellos lectores cero y a la vez aportadores de ideas y correccio-nes que con gusto he aplicado a esta obra, y a la reconocida chef bonaerense María Laura Cristiano por su ayuda en los diálogos argentinos.

Y a vosotros, los que habéis terminado de leerla, gra-cias por la confianza depositada, y mi deseo de que os haya gustado este modesto homenaje a tanto sufrimiento.

Alfonso Pavón Benítez.

Notas

[←1]

Güichi.- Localismo. Pequeña taberna típica de San Fernando donde solo se servían vinos. Habitualmente adosados a los ultramarinos.

[←2]

Chiquita.- Localismo. Pequeño vaso de vino, habitualmente con el fondo muy grueso.

[←3]

Vallao.- Localismo. Separación entre propiedades que en esta zona se hacía habitualmente con tunales o chumbales.

[←4]

Tajea.- Localismo (de atarjea). Red de canales que se utilizan en las huertas para el riego de las tablas de sembrados. Heredado de la época andalusí.

[←5]

Estero.- Localismo. Una de las partes en que se divide una salina: de hecho es la más grande y sirve para el suministro de agua a los cristalizadores y a la vez es donde se cría el exquisito pescado de estero.

[←6]

Despesque o despesca.- Localismo. Acción de extraer el pescado del estero al final de la temporada de extracción de la sal.

[←7]

Hormiguilla.- Localismo. Chico o chica de 8 o 9 años que en las salinas guiaba a los burros cargados de sal desde los cristalizadores hasta el montón.

[←8]

Salao.- Localismo. Salado (*Limoniastrum monopetalum*): Tipo de arbusto que se crían en las salinas y que por sus características más leñosas se utilizaban para hacer fuegos.

[←9]

Candray.- Embarcación pequeña con dos proas que en las marismas de Cádiz se utiliza para el transporte de arena o de sal.

[←10]

Bierga.- Localismo. Biergo, horca: Apero de labranza con puntas de madera o acero que se utiliza para amontonar o airear diversos materiales sueltos como paja, mieses, excrementos.

[←11]

Zoleta.- Localismo (azada, azadón, zapa): Herramienta utilizada en agricultura que sirve para remover o cavar la tierra, formada por una chapa rectangular de acero con el canto afilado y un mango de mader

[←12]

Tata.- Localismo. Se les llama así cariñosamente a las tías.

[←13]

Anguilla.- Localismo (anguila): Pez teleósteo, fisóstomo, comestible, sin aletas abdominales, de cuerpo largo y cilíndrico y piel resbaladiza, que vive en los ríos, caños y esteros.

[←14]

Malón.- Arg. (voz mapuche): Irrupción o ataque inesperado de indígenas.

[←15]

Cañaílla.- Gentilicio. Denominación popular para los habitantes de San Fernando. El origen de este gentilicio, que comparten los habitantes de esta población con el de *isleño*, está en el molusco del mismo nombre, cañadilla o cañaílla (Murex brandaris), que es muy común en la zona.

[←16]

Chacarero.- (En Argentina): Persona que es dueña o que trabaja en la chácara o chacra.

[←17]

Alpatacos.- (Prosopis alpataco, algarroba). Es una especie arbórea muy espinosa de Sudamérica, habita en zonas semiáridas del centro de Argentina y de Patagonia.

[←18]

Lanzá.- Localismo. (Aranzada): Equivalente a 0,4472 hectáreas de terreno agrícola.

[←19]

Jechuría.- Localismo (fechoría): Mala acción, la mayoría de las veces hacia uno mismo.

[←20]

Mate.- (Ilex paraguariensis): Es una infusión hecha con hojas de yerba mate, planta originaria de las cuencas de los ríos Paraná, Paraguay y el curso superior del río Uruguay. Estas plantas previamente secadas, cortadas y molidas forman la yerba mate, la cual tiene sabor amargo debido a los taninos de sus hojas. Esta infusión, propia de aquellos lugares desde época precolombina, pronto fue aceptada por los inmigrantes al igual que hicieran allá por el siglo XV los primeros colonos.

[←21]

Estás masticando sueños: Arg. Dicho que se utiliza para personas que están ensimismadas o que no afronta ni encara los problemas.

[←22]

Bolichero.- Arg.: Trabajador o dueño de un boliche, establecimiento comercial o industrial de poca importancia, sobre todo dedicado al despacho de bebidas y comestibles.